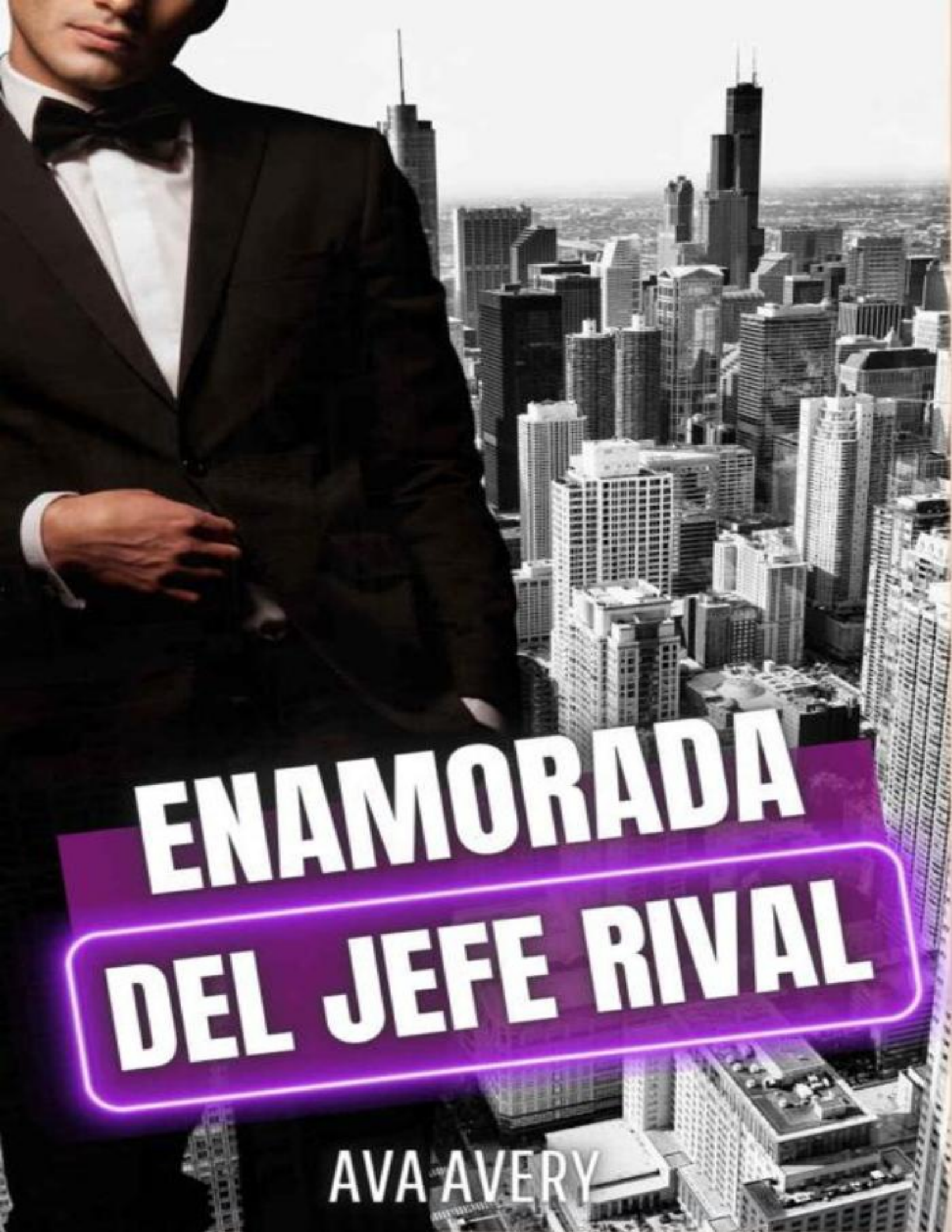

ENAMORADA
DEL JEFE RIVAL
AVA AVERY

Enamorada del jefe rival

DE ENEMIGOS A AMANTES

LOS IRRESISTIBLES ABOGADOS MULTIMILLONARIOS DE NUEVA YORK

LIBRO TRES

AVA AVERY



Índice

Libro y Capítulo Gratis Para Ti

1. Kennedy
2. Jameson
3. Kennedy
4. Jameson
5. Kennedy
6. Jameson
7. Kennedy
8. Jameson
9. Jameson
10. Kennedy
11. Jameson
12. Kennedy
13. Jameson
14. Kennedy
15. Jameson
16. Kennedy
17. Jameson
18. Kennedy
19. Jameson
20. Kennedy
21. Jameson
22. Kennedy
23. Jameson
24. Kennedy
25. Jameson
26. Kennedy
27. Jameson
28. Kennedy
29. Jameson
30. Kennedy
31. Jameson
32. Kennedy
33. Jameson
34. Kennedy
35. Jameson
36. Kennedy
37. Jameson
38. Jameson
39. Kennedy
40. Jameson
41. Kennedy

42. Jameson

Epílogo – Kennedy
Resumen de la serie
Mis novelas de un vistazo
Libro y Capítulo Gratis
Antes de partir

Primera edición en español: junio 2024
Copyright © Ava Avery
Cover/Portada del libro: Gráficos con licencia de depositphotos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS:

HAGA CLIC AQUÍ

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin
Facebook: avaavery.autorin
Ava en TikTok: @avaavery.books

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS PARA TI

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capitolo extra del secondo volume** di questa serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este **código QR:**

Download Here

CAPÍTULO 1

Kennedy

ME REGAÑÉ a mí misma por no haber salido antes para mi cita. Precisamente en mi primer día en el juzgado me estaba arriesgando a llegar tarde. Todo por culpa de mi lentitud. Debería haber sabido que el ajetreado tráfico de Nueva York no tendría nada que ver con el tranquilo tráfico suburbano de Fort Myers Beach.

Salté apresuradamente del taxi y me apresuré a subir los enormes escalones de piedra del imponente juzgado. Sin embargo, con mis tacones altos, resultó mucho más difícil de lo que había previsto. Hice todo lo posible por mantener el equilibrio y parecer lo más elegante y agraciada posible.

Sin embargo, no subí uno de los escalones superiores y tropecé peligrosamente. Siguiendo un acto reflejo, solté las carpetas que sujetaba con fuerza contra mi pecho y vi conmocionada cómo las hojas se alejaban con el viento, para no volver.

—Maldita sea —siseé torpemente y eché a correr tras los papeles voladores.

La gente que me rodeaba esquivaba hábilmente los papeles mientras volaban por el aire y se precipitaban al suelo, sin pensar en ayudarme a recogerlos.

—Bienvenida a Nueva York, probablemente la ciudad más cálida y servicial de Estados Unidos —murmuré enfadada, agachándome para recoger los documentos esparcidos por el suelo.

—Te acostumbrarás enseguida, créeme —sonó una risita divertida por encima de mí, en respuesta a mis palabrotas en voz baja.

Al mismo tiempo, dos zapatos marrones de diseñador perfectamente pulidos se deslizaron en mi campo de visión.

Eché la cabeza hacia atrás y miré enfadada a la voz de los zapatos de diseñador. Un hombre de unos treinta años, elegantemente vestido, me miró con ojos brillantes y una sonrisa arrogante.

—¿Te parece gracioso? —le espeté, empujando enérgicamente las últimas hojas de papel que aún tenía extendidas delante de mí hacia la carpeta.

—En absoluto. Sólo estoy disfrutando de la vista —respondió el desconocido, tendiéndome la mano en actitud desafiante.

—¿Qué tipo de vista? —repliqué, mirando a mi alrededor con irritación. Ignoré hábilmente su mano.

Yo no diría que las vistas de la concurrida y sucia calle con sus hileras de puestos de comida fueran bonitas.

Giré la cabeza hacia el desconocido que seguía delante de mí y mi mirada se detuvo involuntariamente en su cinturón, que ahora estaba justo delante de mi cara.

Tragué saliva y me sonrojé discretamente. La risa silenciosa del desconocido me dijo que

acababa de darse cuenta de *mi mirada*. Y él sabía que yo lo sabía. Es más, estaba claro que disfrutaba viéndome avergonzada.

Le aparté la mano indignada de un manotazo y me enderecé lo más elegantemente que pude.

—Qué lástima. Me habría gustado disfrutar de esta maravillosa vista un poco más —bromeó el desconocido con despreocupación y me guiñó un ojo descaradamente.

Le lancé al guaperas lo que esperaba que fuera una mirada desdeñosa y me di la vuelta para marcharme.

—¿Por qué no dejas de hacerte la ofendida y te quedas quieta un momento? —me llamó.

Hice caso omiso de sus palabras y fijé la mirada en el juzgado que tenía delante, a pocos pasos de distancia.

Me sobresalté cuando, de repente, apareció a mi lado de la nada.

—¿Tal vez podría bajar una marcha, señorita...?

—No tengo tiempo. Tengo una cita —le dije sin aminorar la marcha ni detenerme siquiera.

—¿En el juzgado?

Le miré de reojo.

—Sí. En el juzgado.

—¿Tienes problemas?

—Si me entretienes más tiempo: sí los tendré.

—¿Qué has hecho?

—Eso no es asunto tuyo.

—Soy abogado. Puedo ayudarte.

—No puedes.

—¿Estás segura?

—Estoy bastante segura.

—De acuerdo, entonces. Si cambias de opinión, llámame. Cuando quieras. Tengo buenos contactos y gano casi todos los casos. Además, te olvidaste esto cuando empezaste tu precipitada huida.

El chico guapo y seguro de sí mismo me puso delante de las narices su tarjeta de visita y un montón de papeles. *Mis papeles*. Al parecer, los rescató del aire mientras yo seguía ocupada arrastrándome de rodillas y recogiendo los folios del suelo.

Vacilante, los cogí y me obligué a decir un *gracias* neutro.

El desconocido sonrió con picardía y se inclinó hacia mí para que su aroma masculino y penetrante a iris, almizcle e incienso me llegara a la nariz.

—Algunos neoyorquinos son muy cariñosos y seguros de sí mismos —me susurró al oído—. Yo, por ejemplo. Si me llamas, estaré encantado de demostrarte *lo cariñoso* que puedo llegar a ser.

—¿Normalmente sueles tener éxito con esta estrategia? —resoplé burlona y me encaminé hacia la entrada del edificio, tratando de reprimir el agradable cosquilleo que sentía en el oído.

El guaperas me siguió el ritmo sin esfuerzo y me escrutó de reojo con diversión.

—¿Qué estrategia? ¿Y por qué *normalmente*? Sólo soy tu salvador en una emergencia a quien le encantaría volver a verte. Así que, piénsatelo.

—Gracias. Pero paso —comenté secamente.

—¡Ay! Eso duele. ¿Puedo preguntar por qué?

—No tengo tiempo para hombres.

—¿En serio? ¿Eres lesbiana? Hay que reconocer que esa idea es bastante cachonda.

Jadeé indignada y respondí en contra de mi buen juicio.

—No, *no* soy lesbiana. Pero tengo un juguete a pilas muy fiable, cuya habilidad y resistencia eclipsan fácilmente las de cualquier hombre.

—Fascinante —suspiró el desconocido, impresionado—. ¿Te gustaría hablar más de ese tema conmigo? ¿Con una copa de vino? ¿Esta noche?

Puse los ojos en blanco, molesta, y coloqué el bolso y el maletín en la cinta transportadora de la puerta de seguridad.

—No. No quiero. Ni esta noche ni ninguna otra. De verdad, tengo que irme ya.

Sin girarme para mirarle, me alejé decidida, esperando que no me alcanzara.

Afortunadamente, en ese momento, un caballero mayor llamó a ese hombre bello de voz profunda y seductora, y entabló conversación con él. Aproveché la oportunidad para escabullirme de su campo de visión y concentrarme en lo que había venido a hacer: mi trabajo.

CAPÍTULO 2

Jameson

ME DESPEDÍ de mi colega y busqué la sala para la vista de ese día.

Si todo iba según lo previsto, estaría de camino a mi despacho diez minutos después. Justo a tiempo para comer con Damian y Landon, y discutir los planes para el fin de semana.

Silbando alegremente, entré en la espaciosa sala de paneles de madera maciza oscura y tomé asiento en el lado del abogado defensor. No había nadie más en la sala aparte de mí. Fruncí el ceño, miré el reloj y tamborileé impaciente sobre el borde de la mesa.

No me molesté en abrir el bolso y extender el expediente sobre la mesa.

¿Qué sentido tenía?

De todos modos, ganaría el caso enseguida.

Normalmente no me molestaba con casos simples y banales como éste. Pero como Clifford Sanders pertenecía a la alta sociedad neoyorquina y era uno de nuestros clientes más importantes, lo hacía con gusto. Al fin y al cabo, era dinero fácil y un cambio respecto a los casos más difíciles que solía negociar.

—Señor Sharp —me saludó la juez, que entró en la sala, con un brusco movimiento de cabeza.

Me incorporé e intenté que no se notara mi expresión de aburrimiento.

—Me alegro de verle, juez Shannon. ¿Vamos a empezar el caso sin la fiscalía?

La juez Shannon empujó el labio inferior hacia delante, concentrada, y hojeó sus papeles.

—No. Aquí dice que la fiscalía nos envía a la señorita Duran para llevar el caso.

—¿Duran, ha dicho? —arrugué la nariz.

El nombre no me sonaba. No era normal. Porque en lo que se refería a los tribunales de Nueva York, estaba bien conectado e informado.

—Así es. Kennedy Duran —confirmó la juez Shannon.

—¿Conoce a la señorita Duran?

La juez negó con la cabeza.

—No, aún no hemos tenido el placer. Es nueva. La nota al margen dice que la trasladaron a Nueva York desde Florida.

—Interesante —murmuré y reprimí una sonrisa de satisfacción.

Una nueva colega de la soleada y relajada Florida, que no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas en Nueva York, jugaba perfectamente a mi favor. En estas circunstancias favorables, puede que ni siquiera tardara diez minutos en salir de esta sala como el ganador de hoy.

—Siento llegar tarde —dijo una voz femenina detrás de nosotros.

Oí el rápido repiqueteo de unos tacones sobre el parqué y me giré con curiosidad.

—Señorita Duran. Qué amable de su parte honrarnos —saludó la juez Shannon en tono

cortante.

La juez Shannon no toleraba la impuntualidad en sus audiencias, razón por la cual Kennedy Duran no lo tendría fácil con ella hoy.

En realidad debería alegrarme por ello. Pero la visión angelical de la rubia sentada en la silla de la fiscal hizo que se me cayera la mandíbula de asombro.

—¿Tú? —solté antes de poder contenerme.

Kennedy Duran levantó la cabeza y me miró al menos con tanto asombro como yo a ella.

—¿Tú? —repitió—. ¿Qué demonios haces aquí?

Me aclaré la garganta y me pasé la mano por el pelo con un movimiento tembloroso.

—Como he dicho antes, soy abogado.

—Ah, sí, eso es. También mencionaste que tienes buenos contactos y que puedes ganar casi cualquier caso, ¿verdad? —Kennedy se giró, extendiendo los documentos arrugados delante de ella con concentración.

Los documentos que ella recogió del suelo y que yo pesqué del aire.

Los documentos sobre mi caso.

Sobre *nuestro* caso.

Ella era la maldita fiscal.

De todas las personas en el mundo.

Mierda.

—Bien. Si ya os conocéis, podemos saltarnos las bromas de cortesía e ir al grano —refunfuñó la juez Shannon, cogiendo el expediente que tenía delante.

Dejé que mi mirada recorriera al atractivo ángel sin darme cuenta. El pelo largo y rubio le caía por los hombros y le llegaba hasta la estrecha cintura de avispa. Sus ojos azul celeste recordaban a una perfecta y despejada mañana de verano en la costa de Florida. Y aquellos labios. El brillo de labios color cereza les daba un brillo tan seductor que quise saborearlos de inmediato y ampliamente. Por no hablar de cómo intentaba disimular su menuda estatura con unos tacones vertiginosamente altos, que me excitaban.

Aunque ahora estaba sentada en la mesa de fiscal con una bata negra y sin forma, yo sabía muy bien la preciosa silueta que se escondía debajo. La forma en que se arrodilló ante el tribunal con su ajustada falda lápiz y su delicada blusa de seda, mirándome confundida, aún me producía escalofríos.

—¡Sr. Sharp! ¿Quiere presentar su caso o no? —la voz molesta de la juez me sacó de mis ensoñaciones eróticas.

—Por supuesto, señoría —me apresuré a decir y me puse en pie—. Como todos sabemos, el señor Sanders es un ciudadano honorable y un generoso benefactor de la ciudad de Nueva York. Lamenta profundamente este pequeño percance y me ha dado su palabra de honor de que no volverá a ocurrir. Y yo le creo. Teniendo en cuenta la reputación de integridad del señor Sanders y la exorbitante congestión de los tribunales de Nueva York, ruego que se desestime el caso aquí y ahora y que se multe al señor Sanders.

Arriesgué una fugaz mirada de reojo en dirección a Kennedy Duran, esperando interpretar su expresión. Los fiscales con los que solía tratar accedían a mi petición sin pestañear y me agradecían en secreto que les ahorrara trabajo innecesario en sus ya abarrotadas mesas.

Al parecer, Kennedy Duran era la excepción. Porque el ángel rubio ladeó la cabeza con disgusto y me miró con sus ojos azules, de los que salieron destellos beligerantes en mi dirección.

—¿Señorita Duran? Su respuesta —le indicó la juez para que hablara.

—Honorable presidenta, no comparto la opinión de mi estimado *colega*. Independientemente de si el señor Sanders es una celebridad neoyorquina o no, e independientemente de si da a la ciudad generosas donaciones o no, conducir bajo los efectos del alcohol no es un delito trivial. Puede que el Sr. Sanders no haya causado ningún daño humano en su accidente, pero ¿por qué debería ser tratado de forma diferente a cualquier otro ciudadano de la ciudad de Nueva York? Recordemos la Declaración de Independencia estadounidense, que afirma que todos los hombres son iguales ante la ley. Que yo sepa, no se mencionan excepciones monetarias o relacionadas con el estatus.

—Dios mío, Kennedy. ¿En serio estás intentando sacar aquí la *Declaración de Independencia*? —siseé irritado—. No comparemos peras con manzanas, por favor. El Sr. Sanders embistió un parquímetro. Y no mató a nadie.

—Esta vez, no —respondió ella con los labios apretados—. ¿Y si la próxima vez atropella a alguien? Entonces será culpa *suya*, Sr. Sharp, porque le pagó para escapar de la ley.

Exhalé con rabia.

—¿En serio? Baja una marcha.

—No soy *yo* quien debería bajar una marcha, sino su cliente, Sr. Sharp. Atravesar borracho una zona de 50 km/h a 80 km/h y derribar un parquímetro es sin duda una señal de advertencia que no debemos ignorar.

—¿Y qué sugiere?

—Revocación del permiso de conducir. Examen de aptitud para conducir. Servicio comunitario.

—*¿Por favor, qué?* —Por segunda vez esa mañana, mi mandíbula cayó al suelo con fuerza.

Esta mujer claramente no era un ángel. No. Kennedy Duran era más bien el diablo disfrazado de ángel.

Aunque, dada la frialdad glacial que ahora habían adquirido sus ojos azules, probablemente podría describirse como una reina de hielo.

Nada en su mirada me recordaba a una mañana despejada de verano en Florida. Sus ojos me recordaban al hielo eterno y despiadado del Ártico.

CAPÍTULO 3

Kennedy

ME ALEGRÓ VER que mi demanda borró la sonrisa de suficiencia del abogado.

Jameson Sharp. Socio de *Knight, West & Sharp*. Eso decían los archivos.

Un abogado estrella de Nueva York, seguro de sí mismo y muy bien pagado.

Cómo detestaba a ese tipo de abogados. Los que creían que se podía comprar el camino a la justicia. El tipo de gente que creía que todo en la vida tenía su precio.

¡Pero no conmigo!

Clifford Sanders, a pesar de su reputación en Nueva York, condujo por la ciudad estando borracho y perdió el control de su coche. Eso no era para risas. Y semejante infracción no se barrería bajo la alfombra con una multa laxa, que Sanders pagaría fácilmente con su caja chica. ¿Y si Sanders volviera a correr borracho y la próxima vez atropellara a una persona en vez de a un parquímetro? Si entonces saliera a la luz que la fiscalía encubrió el flagrante disparo de advertencia, todos estaríamos metidos en un buen lío.

Aparte de poner en peligro mi puesto de trabajo, se trataba de una cuestión de principios.

Clifford Sanders debería mostrar remordimiento por su ofensa. Debería explicarse. Adoptar una postura ejemplar. En lugar de eso, envió a su abogado, al que pagó quinientos o seiscientos dólares por hora para que le resolviera este desagradable asunto.

Típico.

En los últimos años me estuve encontrando con muchos casos como este en Florida. Y como cada vez, lucharía por la justicia. Nada ni nadie podría detenerme. Ni siquiera un apuesto abogado estrella con una sonrisa de suficiencia, un ego desmesurado y una seductora voz.

—*¿Qué quiere decir?* —repliqué al abogado estrella en cuestión—. ¿Por qué me mira como si acabara de decirle que pido la pena de muerte para su cliente, señor Sharp? Lo que pido es absolutamente justo y razonable.

—¿Absolutamente justo y razonable? Tiene una idea loca de lo que es justo, Kennedy. Lo que pide no es absolutamente justo y razonable, es absolutamente excesivo y desproporcionado.

—¿Quién lo dice? —repliqué.

—Eso es lo que *yo* digo. Y todos los presentes en esta sala estarán sin duda de acuerdo conmigo.

Jameson Sharp se giró hacia la juez y la miró desafiante.

Suspirando, la juez sacó un bolígrafo e hizo una nota en el expediente del caso.

—Tal y como yo lo veo, ustedes dos tienen mucho de qué hablar. Así que pospondremos el asunto hasta esta tarde. Mientras tanto, espero que puedan llegar a un acuerdo sobre el Sr. Sanders. De lo contrario, el tribunal decidirá.

—¿En serio? —Jameson Sharp exhaló molesto y miró al techo, sacudiendo la cabeza.

—Un poco más de respeto, señor Sharp. ¿Puedo recordarle dónde estamos? —le amonestó la juez—. Le veré esta tarde. A las diecisiete en punto. Buenas tardes.

Con estas palabras, se levantó y salió de la sala acompañada por el alguacil y el secretario.

Junté mis documentos arrugados y me esforcé por ignorar a Jameson Sharp. Por desgracia para mí, resultó ser todo un reto con su mirada penetrante, que podía sentir claramente clavada en mí.

—*¿Ya estás satisfecha?* —me llamó desde el otro lado del pasillo.

Me pasé el pelo por encima de los hombros y rebusqué el móvil en el bolso.

—¿Satisfecha? No puedo decir exactamente que lo esté. Todavía no he ganado.

—Oh, de eso se trata para ti. Se trata de ganar. Eres nueva en la ciudad y crees que necesitas hacerte un nombre. Te diré una cosa: si te obsesionas con pequeñeces como ésta, nunca marcarás a lo grande.

Me giré hacia Jameson Sharp, que estaba apoyado en la mesa de defensa con los brazos cruzados, y lo fulminé con la mirada.

—No me interesa ganar ni hacerme un nombre. Sólo me interesa que se haga justicia.

—Error. Quieres dar ejemplo. Eres una de esas fiscales sobrecargadas de trabajo, mal pagadas y frustradas que están consumidas por la envidia y malgastan toda su energía en hacer daño a gente que está mejor que ellos.

—No sabe absolutamente nada de mí, señor Sharp. Así que no se apresure a juzgarme —dije con sorna y me metí la carpeta con los documentos bajo el brazo.

Jameson Sharp levantó las manos en señal de rendición y se apartó de la mesa. Hábil como una pantera, se acercó a mí con una sonrisa de superioridad.

—Tienes razón, Kennedy —ronroneó—. No sé nada de ti, excepto que puedes caminar fácilmente sobre tacones de doce pulgadas y que te gusta hacerlo con un vibrador. ¿Por qué no vamos a comer juntos y me cuentas qué más debería saber de ti?

Su comentario descarado me hizo sonrojar involuntariamente, lo que él agradeció con una sonrisa burlona.

—Gracias, pero paso. Ya tengo una cita para comer.

—Lástima. —Se encogió de hombros con pesar y se acercó un paso más a mí para que su *aftershave* masculino me llegara de nuevo a la nariz—. Si no vas a comer conmigo, ¿cuándo quieres que hablemos del caso, Kennedy? Tenemos que llegar a un acuerdo antes de las diecisiete.

Lo empujé y me dirigí a la salida. Necesitaba desesperadamente un poco de aire fresco. El aire de Nueva York me estaba volviendo loca. Sobre todo cuando estaba impregnado de un toque de iris, almizcle e incienso que me nublaba la mente.

—No me moveré de mi posición, Sr. Sharp. Así que si no quiere aceptar mis condiciones, no tenemos nada que discutir y nos volveremos a ver en el juzgado esta tarde. Le deseo mucho éxito.

CAPÍTULO 4

Jameson

—¿CÓMO te fue en el juicio? ¿Ya le has dado la buena noticia a Clifford? —me saludó Landon West, mi colega y socio del bufete, cuando volví a nuestra oficina en el corazón de Manhattan.

Respondí a su pregunta con un gesto desdeñoso de la mano y me dirigí a mi despacho, donde tiré el bolso a un rincón y me despeiné.

—¿Qué pasa, Jameson? —Landon entró en mi despacho detrás de mí y cerró la puerta—. ¿Por qué estás de mal humor?

—Porque tengo que volver al juzgado más tarde para continuar con el caso de Clifford. Me está fastidiando toda la agenda. Es una completa pérdida de tiempo.

Landon me miró sin comprender.

—¿Tienes que volver al juzgado? ¿Por el parquímetro estropeado? ¿Por qué?

—Porque la nueva fiscal se ha empecinado y cree que tiene que demostrar su valía a mi costa.

—¿La nueva fiscal? ¿Quién se supone que es?

—Kennedy Duran. De Florida.

—*¿De Florida?* ¿Quién se muda voluntariamente de Florida a Nueva York?

Asentí con la cabeza.

—Sí, exactamente. ¿Qué persona normal hace eso? ¿Quién cambia voluntariamente la playa y el mar por el ruido y el smog de la ciudad? Nadie. Probablemente haya algo más que eso.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Un permiso de conducir suspendido, un examen para idiotas y servicios comunitarios.

Landon se echó a reír.

—¡No habla en serio!

—Eso es lo que le dije. Pero no quiso ni oír hablar de ello.

—¿Y ahora?

—La juez Shannon dijo que debíamos llegar a un acuerdo esta tarde. Pero Kennedy Duran no está dispuesta a comprometerse. Así que en vez de eso estaremos perdiendo nuestro valioso tiempo y negociando de nuevo más tarde.

—Eso es realmente molesto.

—Dímelo a mí.

—¿Así que no nos acompañas a Damian y a mí a comer?

Sacudí la cabeza con pesar.

—Tengo que recuperar el tiempo que perderé esta tarde gracias a Kennedy Duran. Así que me saltaré la comida y trabajaré un poco.

—Lo siento, tío. Pero estoy seguro de que ganarás el caso más tarde y entonces podrás regalarte una tarde relajante en *Deep Desire*.

Ante la mención de *Deep Desire*, mi humor mejoró un poco. Llevaba años frecuentando el elegante bar con sus preciosas bailarinas y era íntimo amigo de la dueña, Meredith Remy.

Siempre que necesitaba bajar revoluciones, visitaba el elitista club masculino y observaba a las hermosas bailarinas mover sus sensuales curvas al ritmo de la música.

En el pasado, Damian y Landon, mis dos socios del bufete y mejores amigos, me acompañaban allí a menudo. Pero desde que Damian y Landon abandonaron el mercado, preferían pasar las veladas con Grace y Violet, sus queridas compañeras.

Así que de nuestro antiguo trío de mujeriegos sólo quedaba yo, un soltero incondicional que ayudaba diligentemente a las mujeres de Nueva York a satisfacer sus necesidades. Decidí que esa noche no sería una excepción. Después de este día tan improductivo, me vendría bien la distracción física.

Landon se marchó poco después para reunirse con Damian y almorzar en nuestro restaurante favorito. En lugar de unirme a ellos y prepararme para el fin de semana con una buena comida con mis compañeros como todos los viernes, me enterré en los expedientes de los casos en los que había planeado trabajar por la tarde.

Mi resentimiento hacia Kennedy Duran crecía cada hora que pasaba. Era un animal de costumbres y no me gustaba que la gente interrumpiera mi ordenada y cuidadosamente planificada rutina diaria. Y menos por nimiedades ridículas.

Gracias a la terquedad de Kennedy Duran, esa tarde perdería al menos una o dos horas en el tráfico de Nueva York después del trabajo. Por no hablar del tiempo perdido en la sala del tribunal.

En cuanto mi agenda me lo permitiera, haría averiguaciones sobre la nueva fiscal del *Distrito Sur de Manhattan*. No podía imaginarme que la implacable reina de hielo hubiera cambiado voluntariamente la soleada Florida por la opaca jungla neoyorquina.



Poco después de las tres y media de la tarde, me dirigí al juzgado por segunda vez ese día.

Como era de esperar, el tráfico estaba atascado en todos los cruces y yo avanzaba a paso de tortuga por las bulliciosas calles de Manhattan. En momentos como ese lamentaba no haber seguido el consejo de Damian de conseguir un chófer. Porque mientras yo estaba atascado en el tráfico en mi Ford Mustang de 1969 y no avanzaba ni un milímetro, podía sentarme y relajarme con un servicio de chófer y hacer llamadas telefónicas importantes o trabajar en los expedientes de los casos.

Si Kennedy Duran y yo volvíamos a cruzarnos en el futuro, quizá tendría que reconsiderar mi actitud al respecto.

Al cabo de una eternidad, el juzgado y el aparcamiento adyacente aparecieron a la vista. Visiblemente molesto, metí el coche en una de las codiciadas plazas de aparcamiento y marché hacia el pomposo edificio de arenisca con la estatua de hierro fundido de *Justitia* por lo que esperaba que fuera la última vez esa semana.

Esta vez no me encontré con una linda hada con una ajustada falda lápiz en la escalinata del juzgado, persiguiendo deliciosamente sus documentos volando por el aire antes de arrodillarse humildemente ante mí.

Reprimí los pensamientos indecentes de la seductora Kennedy Duran arrodillada frente a mí, recogiendo las páginas del expediente de su caso. *El* expediente que no me di cuenta de que era una copia de mi propio expediente.

En lugar de eso, me centré en la inabordable reina de hielo con sus exagerados principios, que me sometió a un juicio gélido.

Eso fue suficiente para desviar mi hambrienta libido y reunir mi espíritu de lucha.

No iba a dejar que la gélida reina de hielo me catapultara fuera del juego, eso era seguro.

No me importaba lo guapa que estuviera con sus tacones de doce centímetros.

CAPÍTULO 5

Kennedy

CRUCÉ la extensa oficina diáfana de la Fiscalía del *Distrito Sur de Manhattan* y me abrí paso entre las masas de gente que permanecían en los pasillos de las parcelas durante la pausa del almuerzo, charlando alegremente entre sí sobre el fin de semana que se avecinaba.

Como acababa de empezar a trabajar para la Fiscalía de Nueva York esa semana, aún no conocía a nadie, así que llegué a mi despacho, que tenía la suerte de no tener que compartir con nadie, sin que nadie me molestara.

En los tres años que llevaba trabajando como fiscal, trabajé sin descanso y me gané mis privilegios dura y honradamente. Esto incluía tener mi propio despacho, una comodidad que no debía subestimar.

—Kennedy, ¿cómo te fue en el tribunal?

Mi jefe, el fiscal jefe del *Distrito Sur de Manhattan*, asomó la cabeza por la puerta y me dedicó una sonrisa confiada.

Me aparté tímidamente un mechón de pelo detrás de la oreja izquierda, sin saber qué responder.

¿Podría calificarse de bueno el resultado de esta mañana?

—Estás dudando, Kennedy —dijo mi jefe—, ¿Por qué?

Fruncí los labios y crucé las manos sobre la mesa que tenía delante.

—Yo diría que no ha ido ni bien ni mal. Como esta mañana no hemos podido llegar a un acuerdo en el juzgado, nos volveremos a reunir esta tarde.

Mi jefe enarcó las cejas, sorprendido. Cerró la puerta tras de sí y se sentó en la silla de visitas frente a mí.

—Cuéntame más, Kennedy —preguntó, echándose hacia atrás y esperando.

—En realidad no hay mucho que contar. El abogado de la otra parte quería barrer el caso bajo la alfombra y multar a Sanders.

—¿Y tú?

—Insisto en el programa completo. Inhabilitación para conducir, prueba de aptitud para conducir y servicios a la comunidad.

Mi jefe sonrió y se puso a limpiar sus gafas.

—¿Cómo reaccionó Jameson a tu petición?

—*¿Jameson?* ¿Conoces personalmente al Sr. Sharp?

—No puedes pasar del bufete de abogados *Knight, West & Sharp* de Nueva York, Kennedy. También se les conoce como los *Tres Mosqueteros* o los *Golden Boy*s. No sin razón. Todo lo que tocan suele convertirse en oro puro. Apuesto a que Jameson no esperaba que te defendieras.

—Podría decirse que no —suspiré—. ¿Crees que mi exigencia es excesiva?

Henry, mi jefe, volvió a ponerse las gafas y pensó un momento en mi pregunta.

—Sabes, Kennedy, me gusta dejar que mis empleados decidan por sí mismos qué batallas quieren librar y qué batallas quieren evitar para ahorrar fuerzas, tiempo y energía. Sólo tú debes saber cuánto tiempo y esfuerzo quieres invertir en este caso y si puedes permitírtelo. Porque el trabajo sobre tu mesa no va a ser menor. Y con todo respeto: no tengo intención de desperdiciar tu talento en casos pequeños en el futuro. Los casos de pequeño calibre como éste sólo servirán para prepararte para los grandes casos del Shark Tank de Nueva York.

—En otras palabras: ¿Quieres que ceda y me rinda?

—Eso te lo dejo a ti. Puedes dar por hecho que Jameson Sharp ni cederá ni dará su brazo a torcer. Decide tú misma hasta dónde quieres llegar.

Asentí en silencio y me recosté en la silla.

—Lo pensaré, gracias.

—Preguntarte cómo te ha ido, y si ya te has instalado en Nueva York sería un poco prematuro, ¿no?

De hecho, hace sólo tres semanas que me había mudado a Nueva York. Me di dos semanas para mudarme a mi piso y resolver todos los trámites antes de empezar a trabajar en la oficina del fiscal del *Distrito Sur de Manhattan* a principios de esta semana.

Sin duda, estaba experimentando una especie de choque cultural, ya que las relajadas vibraciones costeras de Florida eran tan diferentes del ajetreo y el bullicio de la megametrópolis del noreste de Estados Unidos como la noche del día.

Sin embargo, sabía exactamente dónde me metía cuando solicité el trabajo en Nueva York.

Bueno, digamos que más o menos.

Porque vivir y trabajar en Nueva York ha sido hasta ahora mucho más difícil que pasar aquí unos días de vacaciones. Pero con el tiempo me acostumbraría.

Al fin y al cabo, mi sueño siempre había sido mudarme a Nueva York. Y ahora que ese sueño se había hecho realidad, iba a vivirlo a tope.

—¿Kennedy?

Parpadeé, sorprendida, y levanté la vista del bloc de notas.

—Estoy a gusto en Nueva York. Todo encajará con el tiempo, estoy segura —respondí evasivamente, envolviendo mi vaga afirmación en una sonrisa afirmativa.

—Me alegra oírlo. Si necesitas ayuda o no sabes qué hacer, siempre puedes llamarme. Tienes mi número.

Mi jefe se levantó y se despidió dando tres golpecitos en mi mesa y deseándome buena suerte.

Si lo que acababa de contarme sobre Jameson Sharp y su bufete era cierto, parecía que me vendría bien.

Sabía que *Knight, West & Sharp* era uno de los bufetes de abogados más prestigiosos de la ciudad, pero no tenía información más detallada sobre el trío *Golden Boys*.

Ya era hora de cambiar eso. Al fin y al cabo, el saber es poder.

Si no quería caer en los tribunales esa tarde con las banderas ondeando, necesitaba saber quién era mi oponente y cómo podía derrotarle.



Tres horas después, cerré el maletín y el navegador de Internet. Me levanté y giré la cabeza con

el cuello tenso.

Lo averiguado sobre el bufete de abogados *Knight, West & Sharp,* y concretamente sobre Jameson Sharp, confirmaba lo que Henry había dicho.

Jameson Sharp estaba acostumbrado a ganar. Su historial podría describirse como intimidatorio en el mejor de los casos. El hombre no descansaría hasta ganar. Había que desconfiar de abogados como él. Porque le hincaban el diente a un caso como un león a su presa recién matada.

Sin embargo, yo no era inferior a él en este aspecto. Yo también estaba hecha del mismo molde. No me intimidaban ni me impresionaban los hombres como Jameson Sharp.

Al contrario. Consideraba mi deber mostrarles sus límites.

¿Por qué?

Porque nadie más lo había hecho. Porque nadie más se atrevía a hacerlo. Y porque, de lo contrario, en poco tiempo viviríamos en una sociedad completamente depravada y aprovechada.

Con un espíritu de lucha renovado y una misión claramente definida, me subí a mis zapatos de tacón y me quité la americana de la silla. Cogí mi bolso y guardé con cuidado los expedientes del caso. De ninguna manera iba a arriesgarme a arrodillarme ante Jameson Sharp por segunda vez.

Si alguien iba a arrodillarse esta tarde, ése era Jameson Sharp.

Porque eso es exactamente lo que iba a hacer: ponerlo de rodillas y hacer justicia.

CAPÍTULO 6

Jameson

CUANDO ENTRÉ en la sala esa tarde, la reina de hielo ya estaba en su asiento, hojeando atentamente los documentos que tenía delante.

—Es mucho trabajo para un caso tan pequeño —comenté mirando por encima de su hombro.

Se sobresaltó y se dio la vuelta.

—¿Por qué demonios andas a hurtadillas como un ladrón?

—No lo hago.

—Creo que sí.

—¿Y ahora qué? ¿Me vas a condenar también a trabajos comunitarios, a la privación del derecho a conducir y a un examen de conducir? ¿O me vas a castigar a escondidas con una pena de cárcel?

—Muy gracioso, Sr. Sharp.

—Hablando de gracioso, ¿quieres volver a hablar de la sentencia antes de que la juez entre en la sala y los dos hagamos el ridículo delante de ella?

—¿Aceptas mi alegato?

Dejé el maletín sobre el escritorio y lo abrí con una sonrisa.

—No. No lo acepto.

—Entonces no tenemos nada de qué hablar.

—¿Qué tal una multa y una donación adicional a una organización benéfica?

—¿Donación en lugar de servicio comunitario?

—Sí. La organización social se beneficiaría mucho más de una donación.

—¿Por qué no me sorprende esta sugerencia? —resopló enfadada—. No se pueden comprar servicios comunitarios, señor Sharp. Hay que hacerlos.

—Tomaré eso como un *no*. De acuerdo, entonces. Dejemos que la juez decida sobre este asunto—, respondí encogiéndome de hombros y cruzando los brazos delante del pecho, esperando.

Poco después, la juez Shannon entró en la sala acompañada por el secretario y el alguacil. Nos miró significativamente a Kennedy Duran y a mí.

—¿Cuál es la situación? ¿Habéis llegado a un acuerdo?

Miré fijamente a Kennedy, que me sostuvo la mirada con habilidad.

—No, señoría —dijo sin dejar de mirarme—. Ambos nos atenemos a las sentencias que acordamos por la mañana.

La juez Shannon me dedicó una leve sonrisa por encima del borde de sus gafas.

—Vaya, vaya, vaya. Los signos y las maravillas siguen ocurriendo, Sr. Sharp.

—Puesto que doy por sentado que resolverá este asunto en interés del Estado de Nueva York,

juez Shannon, confío plenamente en su criterio en este asunto —contraataqué con una sonrisa infantil que sabía que no fallaría.

—De acuerdo. —La sonrisa implícita de la juez Shannon se convirtió en una mueca de complicidad ante mi comentario—. Ya que ustedes dos no pudieron llegar a un acuerdo, yo tomaré la decisión. Clifford Sanders será amonestado y multado con cincuenta mil dólares. También pagará los gastos de reparación del parquímetro y las costas del proceso. Que conste, Sr. Sharp, que si su cliente vuelve a conducir borracho y me entero, no dejaré pasar el asunto. Considere esto una tarjeta amarilla y la única advertencia. No habrá una segunda tarjeta amarilla. ¿Está claro?

—Claro como el agua —respondí, intentando mantener un tono serio.

—Señorita Duran —la juez se dirigió ahora a Kennedy—, hago honor a su compromiso. Entiendo que es usted una defensora de la justicia. Yo también lo soy. Sin embargo, pronto descubrirá que en Nueva York tenemos problemas mucho mayores que un parquímetro estropeado y una celebridad zumbada que calculó mal el radio de giro de una calle poco iluminada. Entiendo su preocupación, sobre todo por el riesgo de reincidencia.

—Entonces, ¿por qué lo deja ir tan a la ligera? —preguntó Kennedy, visiblemente decepcionada.

—Porque hay casos mucho más drásticos acumulándose en mi mesa. Casos que necesitan mi atención con más urgencia. Si acepto su sentencia, el Sr. Sharp apelará. Entonces acudirán todo tipo de expertos, testigos y periodistas. El caso puede incluso terminar frente a un jurado. Eso le cuesta tiempo y dinero al Estado. No tenemos ni lo uno ni lo otro. Así que, como le dije al Sr. Sharp, esta vez haré la vista gorda. Si Clifford Sanders vuelve a ser culpable de algo así, le caerá todo el peso de la ley.

Kennedy Duran se mordió el labio inferior con resignación y guardó silencio. La observé furtivamente por el rabillo del ojo.

—¿Puedo suponer que no apelará, señorita Duran?

Kennedy levantó la vista y clavó en la juez una mirada pensativa.

—¿Señorita Duran? —preguntó la juez Shannon con impaciencia.

—De acuerdo —suspiró hoscamente la reina de hielo, evitando mirar en mi dirección.

—Estupendo. Con esto concluye el asunto.

La juez Shannon se levantó y abandonó la sala con un gesto seco de la cabeza. El alguacil y el secretario la siguieron.

Esperé en silencio hasta que Kennedy Duran guardó la carpeta de documentos en su bolso y se levantó. Entonces aproveché mi oportunidad.

—¿Tomamos un café y hablamos de ello? —le ofrecí.

—¿De qué? Has ganado. Tu cliente está a salvo. Eso es lo que querías. No sé de qué más hay que hablar —respondió secamente.

—Podría hablarte de la lamentable situación de Nueva York para que entiendas por qué casos como el de Clifford Sanders se deciden ilegalmente a tus ojos.

—Gracias, pero la verdad es que ya he oído bastante por hoy —Kennedy Duran me desairó de nuevo y se alejó resueltamente por el pasillo.

Ahogué un silbido de admiración mientras sus caderas oscilantes hacían palidecer de envidia a los ángeles de *Victoria's Secret*.

Se puso la bata negra sobre el brazo, mostrándome, involuntariamente, su atractivo trasero, que seguía envuelto en la ajustada falda lápiz de la mañana. Su larga melena rubia le caía sobre los hombros y rebotaba burlonamente bajo su enérgica entrepierna.

Me eché hacia atrás y saboreé el espectáculo. La fantasía prohibida de Kennedy Duran contoneándose lascivamente para mí con sus tacones de infarto en la barra de pole dance de *Deep Desire* me hizo tragar saliva.

La reina de hielo me estaba excitando. Era fría como el hielo y caliente como el infierno al mismo tiempo. Una combinación muy interesante que nunca antes había experimentado.

¿Volveríamos a enfrentarnos en la pista en el futuro?

Una parte de mí esperaba que sí.

Cuando la puerta se cerró tras Kennedy Duran, me saqué el móvil del bolsillo e informé a Landon y Damian del resultado del juicio de esa tarde. Luego llamé a Clifford Sanders para darle la buena noticia.

Satisfecho, salí de la sala una vez terminado mi trabajo y decidí celebrarlo invitándome a un original perrito caliente neoyorquino en uno de los camiones de comida que había no muy lejos del juzgado.

CAPÍTULO 7

Kennedy

DECEPCIONADA Y ENFADADA, salí del juzgado y me dirigí hacia las hileras de camiones de comida para matar mi frustración con un donut glaseado.

Estaba furiosa. Enfadada por haber perdido el caso. Enfadada porque la justicia había sido pisoteada ante mis ojos. Enfadada por estar en desacuerdo con las costumbres de la legislatura de la *Gran Manzana*.

Sabía que tenía que darme tiempo para asentarme y acostumbrarme a cómo iban las cosas, pero me molestaba no haber podido salirme con la mía en mi primer caso.

Me quedé ahí como una idiota. Como una niña de cole ignorante a la que reprenden delante de toda la clase, con Jameson Sharp sentado en primera fila.

Qué montón de basura.

Por alguna razón desconocida, parecía que quería quedar bien en su presencia. Y eso también me enfadó. Porque en realidad no debería importarme lo que Jameson Sharp pensara de mí.

Acepté agradecida el donut y lo mordí con fuerza. El dulce azúcar que corría por mi boca me tranquilizó al instante. Para mi vergüenza, tenía que confesar que sentía debilidad por el azúcar industrial. Otras personas recurrían al alcohol cuando estaban estresadas o enfadadas, pero yo recurría a los postres.

Sin embargo, como siempre le explicaba a mi hija lo malo que era el azúcar industrial para su salud, mis tentempiés a escondidas siempre me hacían sentir como una miserable hipócrita, que predicaba una cosa para hacer exactamente lo contrario en secreto.

Pensar en mi hija me hacía mirar el reloj con horror. Si quería llegar a tiempo a su colegio, tenía que darme prisa.

Me limpié improvisadamente los dedos pegajosos y me apresuré hacia el paso de peatones más cercano. A esas horas, un taxi me dejaría irremediablemente atrapada en el tráfico. El metro sería estrecho e incómodo, pero podría evitar el tráfico nocturno y las calles congestionadas.

Me detuve ante el semáforo peatonal y miré la luz roja que indicaba a los peatones que esperaban que se detuvieran impacientemente. Cuando el semáforo cambió a verde, salí corriendo tan rápido como me permitían mis tacones.

Un instante después, sentí que algo duro me golpeaba y caí al suelo. Raspé el asfalto caliente, con la blusa rota y el alquitrán sucio clavándose en mi piel. A mi alrededor se oían bocinazos salvajes y gritos acelerados, de los que sólo entendía algunos fragmentos. Aturdida, me quedé inmóvil y traté de orientarme. Pero todo me daba vueltas.

—¿Kennedy? —una voz familiar y alarmada sonó por encima de mí.

Parpadeé e intenté enfocar la mirada. Efectivamente, Jameson Sharp apareció sobre mi cara, arrodillado a mi lado y mirándome con preocupación.

—¿Puedes entenderme?

Su rostro se desdibujó ante mis ojos en un bamboleo lechoso e indistinto. Cerré los ojos y volví a abrirlos, pero seguía viendo sólo su contorno sombrío.

—¿Dónde está la ambulancia? —le oí gritar enérgicamente—. ¿No puede ir más rápido?

Sentí sus manos sobre mi cuerpo, tanteándome y yo me dejé. Alguien me llamó por mi nombre y me hizo una serie de preguntas. Intenté responder, pero tenía la garganta tan seca y polvorienta que apenas pude articular palabra.

—¿A dónde la llevan? —oí preguntar a Jameson desde la distancia.

—Al hospital *Sur de Manhattan* —le contestó alguien—. Tendrá que quedarse allí hasta que la hayamos examinado a fondo. ¿Es usted pariente? ¿Es usted de la familia?

Abrí los ojos con pánico al oír la palabra *familia* e intenté con todas mis fuerzas incorporarme.

—Tranquila —me saludó una voz tranquilizadora y me empujó de nuevo a la camilla en la que estaba tumbada—. Mantén la calma. Todo va bien. Te llevaremos con nosotros y te ayudaremos.

Miré confundida a mi alrededor. Era evidente que me habían metido en una ambulancia. Jameson estaba de pie junto a la puerta, hablando en voz baja con uno de los paramédicos.

—Jameson —grité lo más fuerte que pude.

A pesar de mis esfuerzos, mi grito sonó más como un susurro urgente. Pero Jameson lo oyó. Giró bruscamente la cabeza hacia mí y subió a la ambulancia.

Me miró con preocupación.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —balbuceé—. Diles que no puedo ir al hospital. Tengo que ver a Reagan.

—Kennedy —suspiró Jameson—, te han dado una buena paliza. *Tienes* que ir al hospital.

—Pero Reagan me está esperando… —protesté, sintiendo que se me llenaban los ojos de lágrimas— no puedo dejarla sola.

—Yo cuidaré de Reagan, ¿vale? —se ofreció Jameson.

—Tenemos que irnos. Por favor, salga, señor —una voz autoritaria detrás de Jameson le instó a marcharse.

—Un momento —respondió Jameson bruscamente, girándose hacia mí—. Dame tu dirección, Kennedy. Yo me ocuparé de Reagan.

—Pero…

—No te preocupes. Hablaré con el administrador del edificio. Lo arreglaré. Te lo prometo.

Respiré hondo mientras una oleada de náuseas me invadía.

—*31 West Hampton Street* en Manhattan —conseguí decir con dificultad.

Un carraspeo impaciente sonó de fondo.

—¿Podemos irnos entonces? Estamos bloqueando todo el tráfico.

—Ya voy —respondió Jameson disculpándose, apretándome la mano con confianza—. Voy a ver cómo está Reagan y te llamo después. No tienes por qué preocuparte. Todo está bajo control. Concéntrate en mejorar.

Me dedicó una sonrisa afirmativa y saltó de la ambulancia.

Le miré preocupada. *¿No te preocupes por mí? ¿Todo está bajo control?*

En absoluto. Nada estaba bajo control. Al contrario. Todo estaba fuera de control.

¿Cómo podía no estar preocupada?

Pero tal como estaban las cosas, tenía que aceptar mi situación por el momento y esperar que Jameson cumpliera su palabra. Por desgracia, me resultaba muy difícil, como demostraban

claramente las lágrimas de desesperación que brotaban de mis ojos.

—Voy a inyectarte algo para el dolor. La medicina te cansa un poco. Así que no te sorprendas si te duermes —volvió a decir la voz suave y tranquilizadora.

Un segundo después, sentí una inyección en el brazo. Los párpados se me pusieron pesados y, por más que me resistí, pronto caí en un profundo sueño inducido por la droga.

CAPÍTULO 8

Jameson

OBSERVÉ LA AMBULANCIA hasta que desapareció al doblar la esquina y luego volví a centrar mi atención en el agente de policía que estaba apuntando lo sucedido.

Un taxista, que tenía especial prisa, no creyó necesario detenerse ante el semáforo en rojo, sino que cruzó a toda velocidad el cruce justo cuando el semáforo para peatones se puso en verde y Kennedy, que también parecía tener prisa, se metió en la calzada. El taxi le pegó a la altura de la cadera y la tumbó brutalmente al suelo.

Como el camión de comida donde quería comprar mi perrito caliente estaba en el lado opuesto de la calzada, fui testigo involuntario de este desagradable accidente.

La visión de la menuda y ligera mujer girando por el aire como una pelota de tenis en el impacto, para golpear con fuerza el suelo segundos después, me conmocionó incluso a mí: un neoyorquino empedernido.

Aunque apenas conocía a Kennedy, me sentí obligado a ayudarla.

Me aseguré de que la atendieran bien en el hospital utilizando mis contactos y me cercioré de que el taxista dijera la verdad a la policía: que él había provocado intencionadamente el accidente.

Cuando el policía terminó su informe, cogí su tarjeta de visita y me dirigí a mi coche. Había perdido el apetito.

También tenía que ir a casa de Kennedy a cuidar de su gato. ¿O Reagan era un perro?

Lo pensé. ¿Kennedy era más de gato o de perro?

Pensativo, abrí el coche e introduje en el móvil la dirección que me dió Kennedy.

Veinte minutos más tarde, me detuve frente a un edificio que sorprendentemente se parecía muy poco a un bloque de apartamentos.

Volví a cotejar la dirección del móvil con la que me dio Kennedy. No había ninguna duda. El edificio de enfrente era la dirección que Kennedy me susurró en la ambulancia. ¿Era posible que se hubiera equivocado? Dios sabe que no me sorprendería, en su mal estado y bajo la influencia de los analgésicos.

Me agaché y leí lo que ponía en el cartel de color bronce pegado a la enorme verja de arenisca con las puntiagudas vallas de seguridad.

Eleanor D. Roosevelt Middle School, decía en letras garabateadas.

Sacudiendo la cabeza, aparqué el coche en un hueco libre de la acera y salí.

Una niña pequeña, de unos diez u once años, estaba delante de la puerta del colegio. Llevaba el pelo largo y rubio recogido en una trenza. Llevaba el uniforme de la escuela y no dejaba de mirar hacia arriba con sus ojos azul mar.

Una mujer mayor salió de la escuela y se acercó a la niña con el ceño fruncido.

—¿Todavía no ha llegado tu madre?

—No. Seguro que la han vuelto a retener en el trabajo —refunfuñó la niña rubia con malhumor.

—Hmm. —La mujer mayor se acarició melancólicamente la blusa de cuello alto—. Por desgracia, tampoco puedo localizarla en su teléfono móvil, Reagan, y en su oficina tampoco saben dónde está.

—¿Reagan? —me uní a la conversación sin que me lo pidieran— ¿Acabas de llamar *Reagan* a esta chica?

La señora mayor me miró con suspicacia y rodeó a Reagan con el brazo de forma protectora.

—¿Por qué le interesa esto, señor...?

—Sharp. Jameson Sharp. Soy abogado. Y si esta joven es Reagan Duran, la hija de la fiscal Kennedy Duran, entonces estoy aquí para recogerla, me parece.

Metí la mano en la chaqueta y le di a la señora mayor mi tarjeta de visita.

Mientras ella inspeccionaba la tarjeta de visita, hice todo lo posible por controlar mis expresiones faciales. Porque, obviamente, Reagan no era el gato de Kennedy. Ni tampoco su perro. ¿Era realmente *su hija* esta niña tan torpe?

Calculé que Kennedy Duran tendría unos treinta años. Eso significaría que había dado a luz a la tierna edad de diecinueve o veinte años. Esta idea no encajaba en absoluto con la imagen estricta y ambiciosa que yo tenía de la fría fiscal.

La señora mayor bajó mi tarjeta de visita y entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Por qué le ha enviado la señorita Durán a recoger a su hija? No me lo informó.

—Señora… —empecé y miré a la señora mayor expectante.

—White —respondió ella—. Elizabeth White. Soy la jefa de la oficina de la escuela.

—Señora White, siento tener que decirle esto, pero Kennedy Duran ha sufrido un accidente. Ha...

—¿Y mi madre? —me interrumpió Reagan, asustada.

—Nada malo. Está bien —me apresuré a decir, aunque en realidad no tenía ni idea de si eso era cierto—. Está en el hospital. La están examinando. Por eso hoy no pudo recogerte ella misma, Reagan.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué tipo de accidente fue? —preguntó Elizabeth White, visiblemente preocupada.

—Un accidente de tráfico. Un taxi.

Elizabeth frunció el ceño con desaprobación.

—Estos taxistas sin cabeza van a peor cada año.

—Quiero ver a mi madre —volvió a hablar Reagan.

—No creo que eso sea posible ahora. Pero podemos llamar juntos al hospital para saber cómo está y cuándo puedes visitarla. ¿Qué te parece?

—Vale —asintió y jugó nerviosamente con su trenza rubia.

—¿Qué va a hacer esta tarde, señor Sharp? Reagan tiene once años. Es demasiado joven para quedarse sola en casa. Si la señorita Duran pasa la noche en el hospital, su hija necesitará un sitio donde quedarse hasta que le den el alta.

Miré a Reagan, que me miraba insegura a mí y a la señora White.

Por desgracia, yo sabía de niños lo mismo que de derecho penal nepalí: nada de nada.

Para mí no tenía sentido que los pasearas como a un perro ni que les llenaras los cuencos de comida para que no se murieran de hambre, pero ¿qué hacías exactamente con ellos?

¿Qué había que hacer con una niña de once años?

No tenía ni idea.

—Me llevaré a Reagan a mi casa. Siempre que ella quiera —expliqué, dispuesto a someterme a mi destino y haciendo coincidir la mirada inquieta de Reagan con la mía.

¿Por qué demonios le prometí ciegamente a la reina de hielo que cuidaría de Reagan en lugar de preguntar quién o qué era Reagan en realidad?

Pero una promesa era una promesa. Así que ahora tendría que aceptarlo y hacer de canguro a la hija de Kennedy esa noche, en lugar de relajarme en *Deep Desire* y disfrutar de un lascivo baile erótico con las sexys bailarinas.

No había mejor manera de empezar el fin de semana.

¡Maldita sea!

CAPÍTULO 9

Jameson

DESPUÉS DE QUE LA SRA. White comprobara que yo era quien decía ser y que la historia del accidente de Kennedy no era una mentira, me entregó a la hija de Kennedy con la conciencia tranquila.

—¿Puedo sentarme delante? —me preguntó Reagan, caminando decididamente hacia la puerta del copiloto.

—Si me estás pidiendo permiso, eso debe significar que normalmente no te lo permiten, ¿verdad?

Sorprendida, Reagan se miró las puntas de los zapatos, haciéndome sonreír involuntariamente.

—Te diré una cosa: hoy haremos una excepción. Pero no se lo digas a tu madre, ¿vale?

Reagan asintió con entusiasmo y abrió la puerta del pasajero. Condujimos en silencio hacia el *Upper East Side*.

Para ser sincero, me sentía bastante abrumado con mi situación actual. No sabía de qué hablar con una niña de once años. Y ése era el menor de mis problemas. No sólo me faltaban temas de conversación, sino que también carecía de experiencia en los gustos de nutrición y moda de los niños de once años.

Como Kennedy no me dio la llave de su piso y no quería molestar innecesariamente a la administración del edificio, tuve que llevar a Reagan a mi casa donde podría pasar la noche en la habitación de invitados. Sin embargo, difícilmente querría dormir con su uniforme escolar. Y en cuanto a las necesidades alimentarias de los adolescentes en ciernes, no tenía ni idea qué eran. ¿Era Reagan demasiado mayor para pasta con ketchup y palitos de pescado?

—Oye, escucha, ¿qué tal si nos pasamos por el centro comercial para que puedas comprar algo de ropa y cualquier otra cosa que necesites?

—¿De compras? —la cara de Reagan se iluminó de repente.

—No tengo nada en casa que te quede bien, así que sí.

—Genial.

Asentí, satisfecho, y giré hacia el *New York Mall*.

—¿Podemos llamar primero a mi madre para saber que está bien? —me preguntó Reagan mientras aparcaba el coche en el parking.

—Claro. No sé si podrás hablar con ella, pero quizá una de las enfermeras pueda darnos alguna información.

Marqué el número del hospital y me pusieron en contacto con la sala donde Kennedy estaba ingresada.

Como era de esperar, me dijeron que aún la estaban examinando y que hoy no sería posible

hablar con ella por teléfono. Tras unos minutos de insistencia, en el hospital al menos me dijeron que Kennedy no había sufrido heridas graves y que mañana sabrían más.

Medio tranquilizada, Reagan entró trotando en el centro comercial a mi lado y estudió detenidamente el tablón de información de la entrada, en el que figuraban todas las tiendas del centro comercial.

—Aquí encontraremos lo que buscamos. Sígueme —me ordenó y se dirigió decidida hacia la segunda planta.

La seguí y reprimí una sonrisa divertida.

De repente, la niña sonaba sospechosamente como su madre.

Dos horas más tarde, ya tenía las manos llenas de bolsas. Reagan enumeró una tienda tras otra y me aseguró que necesitaba todas las cosas que le estaba comprando para la noche y la mañana.

Por supuesto, a la segunda tienda me di cuenta de que no era así, pero la dejé salirse con la suya porque esperaba que las compras la distrajeran de sus preocupaciones por Kennedy.

—Si sigues comprando así, tendremos que hacer una parada y meter las cosas en el coche. No voy a caber por ninguna puerta con todas estas bolsas —bromeé.

—Sólo una compra más y tendré todo lo que necesito —se apresuró a decir. —¿Cenamos después en el patio de comidas?

—Me parece un buen plan —coincidí con ella, secretamente satisfecho de que mi problema con la comida pareciera resolverse por sí solo.

Reagan terminó su frenesí de compras en la siguiente tienda a la que fuimos y con otra bolsa de la compra en mis manos.

Metí las bolsas en el maletero y me reuní con ella en la zona de comidas, donde se decidió por una pizza, una Coca-Cola y un batido. Me imaginaba que a Kennedy no le impresionaría esta dieta tan poco saludable. Pero era viernes por la tarde y la pequeña tuvo un día ajetreado. Definitivamente no intentaría convencerla de que se comiera una ensalada, sino que pedí una pizza de pepperoni y una Coca-Cola para acompañarla.

—¿De qué conoces a mi madre? —me preguntó Reagan mientras comíamos.

—Somos compañeros de trabajo

—¿Colegas de trabajo? Pero eres abogado. Eso significa que trabajas en contra de mi madre.

—Yo no lo diría así. Creo que ambos trabajamos por la misma causa. Es sólo que a veces tenemos puntos de vista diferentes sobre lo que está bien y lo que está mal.

—Ya veo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué dejasteis Florida? ¿Qué os trajo a Nueva York?

—Mi mamá dice que el trabajo en Nueva York es una gran oportunidad para ella.

—¿No tenía un gran trabajo en Florida?

—Sí, creo que sí. Pero lleva hablando de Nueva York desde que tengo uso de razón. Le encanta esta ciudad.

—¿Y a ti? ¿Te gusta Nueva York?

—Es diferente. Echo de menos el mar.

—Sí, puedo entenderlo muy bien —respondí sinceramente, porque el mar paradisíaco de Florida no tenía punto de comparación.

Decidí no indagar más, ya que me parecía inapropiado preguntarle a la pequeña Reagan por su madre mientras estaba herida en el hospital.

—¿Nos vamos? —le pregunté mientras se limpiaba la boca y tiraba la basura a la papelera.

Asintió con la cabeza y me siguió hasta el coche.



Una vez en mi piso, Reagan miró asombrada a su alrededor y se acercó a la ventana del salón, que ofrecía una vista despejada del horizonte de Nueva York.

—Debes de ser un abogado muy bueno si vives así.

—Supongo que estoy bien —respondí, llevando el botín de su maratón de compras a mi habitación de invitados.

Reagan me siguió con el resto de las bolsas y me miró suplicante.

—¿Podemos volver a llamar a mi madre al hospital?

Suspiré y acaricié la cabeza de la niña con pesar. Me daba mucha pena. Me habría encantado llevarla enseguida con su madre al hospital, pero sabía que no era posible. Así que me recompuse y puse cara de seguridad.

—No creo que nos digan nada diferente a cuando llamamos anteriormente. Pero qué te parece la siguiente sugerencia: ahora te vas a dormir rápido y mañana, cuando te despiertes, llamamos enseguida a la planta de tu madre y hablamos con ella. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Reagan afirmativamente—. Me parece bien.

CAPÍTULO 10

Kennedy

EL SONIDO de una puerta al abrirse y el roce de unos pies en el suelo me hicieron abrir los ojos. Aquella mañana me costó mucho esfuerzo levantar los párpados. Era extraño. Era un movimiento simple y un reflejo que normalmente realizaba sin esfuerzo.

—Señorita Duran. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

Una voz desconocida entró en mi conciencia, poniéndome en alerta. Por fin conseguí abrir los ojos del todo y miré directamente a la cara de un señor mayor vestido con una bata blanca y el pelo grisáceo.

—¿Quién es usted? —Giré la cabeza irritada y descubrí a otras personas de distintas edades, todas vestidas con batas blancas.

—Soy el doctor Stevens. Y estos son mis colegas que me acompañan en mis rondas.

—¿Doctor Stevens? ¿Rondas?

—Señorita Duran, está usted en el hospital. Anoche sufrió un accidente de tráfico y fue ingresada en el Hospital *South Manhattan*.

—*¿Anoche? ¿Ayer?* —grité aterrada y me incorporé.

Mi cabeza casi implosiona con el movimiento brusco y una serie de estrellas bailaron salvajemente delante de mis ojos.

—Cuidado, señorita Duran. Ha sufrido una conmoción cerebral, entre otras cosas. Con esto no se juega.

—Mi hija. ¿Dónde está mi hija? Si estoy aquí desde ayer, ¿quién la recogió del colegio? Todavía no conocemos a nadie en Nueva York, y...

—Su hija está con su compañero, Srta. Duran. Un tal Jameson Sharp, que ha telefoneado varias veces desde ayer para interesarse por su estado.

Me puse la mano en el pecho, donde mi corazón martilleaba salvaje e irregularmente contra mi caja torácica, y respiré hondo.

El doctor Stevens tenía razón. Ante la mención de Jameson, mis recuerdos del accidente del día anterior volvieron lentamente en pedazos.

Jameson prometió cuidar de Reagan y me aseguró que lo tenía todo bajo control. Por lo que me dijo el doctor Stevens, parecía que cumplió su palabra.

—¿Puedo hablar con el señor Sharp, por favor? Necesito saber que mi hija está bien —le pregunté al doctor Stevens y busqué mi teléfono.

—Por supuesto, señorita Duran. Pero primero me gustaría discutir los hallazgos con usted. Después, seguro que podemos concertar una llamada con el señor Sharp y su hija.



Media hora más tarde, yacía desanimada en la cama del hospital, frotándome las sienes adoloridas con cansancio. Me diagnosticaron una conmoción cerebral, una contusión en la cadera, un esguince de tobillo y un montón de rozaduras.

Con esas lesiones, fácilmente estaría de baja una semana. Comenzando mi nuevo trabajo en Nueva York. Y justo después de haber pinchado mi primer caso.

¿Podría ser peor?

Sí, podría de hecho.

Porque Reagan y yo vivíamos en el tercer piso de un anticuado pero elegante edificio del *West Village*. Sin ascensor.

¿Cómo iba a subir y bajar tres tramos de escaleras todos los días con un tobillo torcido y una cadera magullada, por no hablar de acompañar a Reagan a su colegio a menos de veinte minutos de distancia? Era imposible.

Además, no conocía a nadie en Nueva York como para pedirle semejante favor. Y no quería confiar mi hija a alguien que hubiera encontrado en un anuncio de trabajo anónimo o en Internet.

Estaba jodida. Estaba claro.

La enfermera entró en la habitación y me entregó mis pertenencias en una bolsa de plástico. —¿Señorita Duran? Aquí tiene su bolso. ¿Quiere que la ayude con la llamada?

Me sacudí los pensamientos sombríos y lo cogí.

—Gracias por el ofrecimiento. Pero no es necesario.

—Recuerde no esforzarse demasiado. Con una conmoción cerebral, se cansará rápidamente si se concentra mucho en algo. Así que, por favor, limite el uso de su teléfono móvil a esta única llamada.

—De acuerdo —respondí, rebusqué en mi bolso la tarjeta de visita de Jameson, que me dio cuando nos conocimos, y tecleé su número de teléfono en mi móvil.

—¿Hola? —contestó al primer timbrazo.

—Hola, soy Kennedy Duran.

—¡Kennedy! Por fin. ¿Cómo estás?

Quizás me lo estaba imaginando, pero Jameson Sharp sonaba enormemente aliviado, casi emocionado, al saber de mí.

—Bien, gracias. ¿Cómo está mi hija? ¿Puedo hablar con ella?

—Por supuesto que puedes. Un momento.

Oí un crujido y escuché la voz distante de Jameson hablando con alguien para avisarle de que estaba al teléfono.

—¿Mamá? —contestó Reagan unos instantes después.

—Reagan, cariño —suspiré aliviada—. Menos mal. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Jameson me recogió del colegio y me dejó pasar la noche en su casa.

—Es muy amable por parte de Jameson. Por favor, no le causes ningún problema, cariño, ¿de acuerdo?

—¿Qué clase de problemas? Me conoces, ¿verdad?

—Por eso —sonreí—. ¿Te gusta estar en casa de Jameson? ¿Te llevas bien con él?

—Tiene un piso increíble. Mucho más grande que el nuestro y con una vista increíble del horizonte de la ciudad. Realmente tienes que verlo. Y anoche fuimos de compras y comimos pizza en el patio de comidas.

—¿Comer pizza?

—Oh, mierda. No debería habértelo dicho. Lo siento, Jameson —chistó Reagan, pillada desprevenida.

Oí a Jameson reír de fondo y, a pesar de mi dolor, no pude evitar sonreír.

—No pasa nada, Reagan. ¿Por qué no le preguntas a tu madre cómo está y cuándo puede volver a casa?

—¿Has oído, mamá?

—Sí, cariño. Estoy bien. No te preocupes. Esta tarde volveré a hablar con el médico e intentaré que me den el alta hoy.

—¿Vendrás a recogerme entonces?

—Bueno, ya sabes, cariño, es un poco complicado. ¿Quizá me vuelvas a pasar a Jameson para que pueda hablarlo con él?

—Vale. ¿Puedo ir a verte hoy?

—Por supuesto. Lo arreglaré con Jameson.

—De acuerdo. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, ratoncita.

Hubo otro susurro al otro lado de la línea cuando Reagan le pasó el teléfono a Jameson y él contestó.

—Me alegra saber que estás bien dadas las circunstancias. Me diste un gran susto, Kennedy.

—Obviamente no me va muy bien como *neoyorquina novata*. Tanto profesional como personalmente —suspiré resignada—. Gracias por cuidar de Reagan. Te lo agradezco de verdad.

—Ni lo menciones. Y en cuanto a Nueva York: esta ciudad no se conquista en un día. No empezaron con buen pie. Pero eso sólo significa que a partir de aquí sólo puede ir cuesta arriba.

—No estoy tan segura de eso —volví a suspirar.

—¿Y eso por qué? ¿Qué está pasando?

—Para ser sincera, ahora mismo no sé qué hacer.

Durante los minutos siguientes, le conté a Jameson Sharp los retos a los que me enfrentaba y mis ideas sobre cómo superarlos.

Cuando terminé, Jameson dejó salir el aire de sus pulmones ruidosamente.

—Reagan y yo te visitaremos hoy a mediodía. Luego hablaremos de qué hacer a continuación. Lo resolveremos.

—*¿Nosotros?* No quiero seguir molestándote con mis problemas, Jameson. Ya has hecho más por mí de lo que pueda recompensarte.

—Bueno, si he entendido bien tu explicación, Kennedy, supongo que no tienes más remedio que confiar en mí. Te veré a la hora de comer entonces.

CAPÍTULO 11

Jameson

ME QUEDÉ en la puerta de la luminosa habitación de pacientes y vi cómo Reagan corría hacia su madre y se arrojaba en sus brazos.

La pálida y distante reina de hielo devolvió el ferviente abrazo y abrazó a su hija con fuerza. Los ojos le brillaban de lágrimas.

—Siento mucho no haber estado ayer a tu lado, cariño —susurró abatida.

—Eso no importa. Jameson es muy majo. Me recogió, me dejó sentarme delante, me compró pizza y Coca-Cola y me dejó ver la tele. Incluso tomé café.

—¿Perdona? —el horror se extendió por la cara de Kennedy.

—Lo del café fue un accidente —me apresuré a decir—. Y en cuanto al resto, teníamos un acuerdo, jovencita.

Reagan se tapó la boca con la mano y soltó una risita de disculpa.

—Lo siento, Jameson. He vuelto a cotorrear.

—Aparte de tu palabrería, ¿le has causado a Jameson algún otro problema, querida?

—Por supuesto que no.

—Se ha comportado de manera ejemplar —coincidí con Reagan.

—Señorita Duran.

Me giré hacia la puerta y escruté al médico de unos cincuenta años que entró en ese momento en la habitación del hospital.

—Veo que ha podido volver a abrazar a su hija.

El médico se acercó a mí y me estrechó la mano.

—Usted debe de ser Jameson Sharp, la pareja de la señorita Duran.

Me aclaré la garganta ante la mirada interrogante de Kennedy.

—Así es. Ese soy yo.

—Básicamente, su pareja puede ser dada de alta. Sin embargo, debe tomárselo con calma. No debe exponerse a ninguna tensión. La cadera magullada y el tobillo torcido son una cosa, pero la conmoción cerebral es de un calibre completamente diferente.

—Ya veo. Me aseguraré de que cumpla las normas.

El médico asintió satisfecho y volvió su atención a Kennedy.

—Una conmoción cerebral no es ninguna broma, señorita Duran. Si no se lo toma con calma, empeorará su estado. Le ordeno que permanezca en cama al menos una semana.

—Pero, ¿cómo se supone que...? —empezó Kennedy.

—Podemos arreglárnoslas —la interrumpí y agradecí al doctor sus esfuerzos.

—Cuídese, señorita Duran. Y tómeselo con calma —advirtió a Kennedy por última vez antes de firmar la nota de alta y salir de la habitación.

—¿Te he oído mal? ¿Realmente pretendiste ser mi pareja? —Kennedy siseó tan pronto como el doctor estuvo fuera del alcance del oído.

—Si no, no me habrían dicho nada de tu estado —respondí encogiéndome de hombros.

Kennedy puso los ojos en blanco y se echó hacia atrás.

—Sea como fuere. Esto es un gran problema —se señaló las heridas y frunció el ceño con preocupación.

—*No* lo es. Reagan y yo lo solucionamos hace tiempo. La llevaré al colegio la semana que viene y volveré a recogerla. La escuela de Reagan no está lejos de mi oficina. Así que no hay problema en dejarla allí y traerla de vuelta a casa.

La cara de Kennedy Duran se desencajó ante mi oferta.

—¡No, eso es imposible! No es posible.

—¿Y por qué no?

—No nos conoces de nada. ¿Por qué aceptarías estas circunstancias?

—Eso es cierto sólo en parte. Apenas *te* conozco, Kennedy. Pero sí conozco a tu hija. Y me cae bien. Así que estoy encantado de ayudarla si necesita mi ayuda.

—Pero tu horario de trabajo no encaja con las clases de Reagan.

—Déjeme eso a mí.

—Pero yo...

—Kennedy —la interrumpí pacientemente— dijiste que no conocías a nadie en esta ciudad a quien pudieras pedirle un favor así. La buena noticia es que te lo ofrezco por *iniciativa* propia. Así que no tienes que pedírmelo. Y tal y como yo lo veo, eso me convierte en tu mejor y única opción.

Kennedy se mordió el labio inferior y me miró con escepticismo.

—¿Por qué nos ayudarías? ¿Qué ganas con ello?

—¿Qué gano yo? Me aseguro de que tu hija reciba la educación que necesita para convertirse algún día en una fiscal tan suspicaz y testaruda como tú.

—Fiscal no. Voy a ser juez —intervino Reagan—. Prefiero tomar decisiones que discutir.

Las comisuras de los labios de Kennedy Duran se crisparon divertidas mientras acariciaba el pelo de su hija.

—De acuerdo. De acuerdo, acepto. Gracias, Jameson.

—De nada. ¿Nos vamos?

Kennedy dio la vuelta a las sábanas, pero luego se detuvo y se sonrojó.

—¿Pasa algo?

—Mi ropa se rasgó en el accidente y no puedo salir de aquí con esta delgada bata.

—Ayer te compramos algo —intervino Reagan, acercándose a la silla donde antes había colocado la bolsa de ropa.

—Realmente piensas en todo.

—Jameson. Lo compró él.

Kennedy abrió la bolsa y sacó la ropa interior y los mullidos pantalones beige y la sudadera a juego.

—Parece que eres un experto en ropa de mujer. Esto es exactamente de mi talla —dijo levantando una ceja escrutadora.

—Qué puedo decir... me gustan las mujeres —respondí encogiéndome de hombros.

—Te tomo la palabra.

—¿Quieres que te ayude a cambiarte? —le ofrecí.

—No, gracias. Reagan puede ayudarme con eso.

—Bien, esperaré fuera de la puerta de la habitación mientras tanto.

Cinco minutos más tarde, la puerta se abrió y Kennedy entró cojeando en el pasillo, apoyándose en su hija.

Dada la temblorosa constelación, temía que Kennedy volviera a caer en cualquier momento.

—Espera, voy a por una silla de ruedas.

—Eso no es necesario.

—Sí, lo es, Kennedy. Lo es. Se supone que debes tomártelo con calma, ¿recuerdas?

—Cómo podría... no dejan de recordármelo.

—Bueno, tendrás que acostumbrarte a partir de ahora. Te guste o no.

CAPÍTULO 12

Kennedy

EL ELEGANTE COCHE de época de Jameson se detuvo en un aparcamiento no muy lejos de nuestro edificio.

Antes de que pudiera abrir la puerta y salir, Jameson se apresuró a ayudarme y me sostuvo mientras salía.

Me sentía muy avergonzada por la situación. Sobre todo por pedirle tanto a Jameson Sharp, ya que apenas nos conocíamos, y ya que nuestros encuentros anteriores fueron todo menos armoniosos.

Pero tenía razón en una cosa: si no nos hubiera ofrecido su ayuda, ahora estaría en un buen aprieto.

Porque aunque mi jefe siempre me insistía en que le llamara si necesitaba algo, no podía decirle que iba a estar ausente al menos una semana después de trabajar para él sólo una semana y encima pedirle que me echara una mano durante ese tiempo.

No. Quería vivir de forma independiente y autodeterminada. Precisamente por eso le di la espalda a Florida y acepté el trabajo en Nueva York.

A la inversa, eso significaba que no podía llamar a Florida para pedir ayuda. Aunque mi madre se habría subido sin duda al siguiente avión para ayudarme, eso habría provocado inevitablemente que mi padre se enterara de mi situación. Y yo no quería eso.

Así que no tuve más remedio que aceptar la oferta de Jameson Sharp.

Reagan me quitó las llaves y abrió la puerta de nuestro bloque de apartamentos. Cuando llegamos a la escalera, mis ojos recorrieron las docenas de escalones y me hicieron tragar saliva.

Eso iba a doler mucho, era seguro. Ya me dolían la cadera y el pie con cada paso normal. Si levantaba la pierna para subir los numerosos escalones, el dolor se multiplicaría muchas veces.

—Oh, mierda. Se me había olvidado por completo que no hay ascensor —gimió Jameson, revolviéndose el pelo.

—Me las arreglaré —le aseguré y puse valientemente el pie en el primer peldaño de la escalera.

Una oleada de dolor sordo me recorrió el cuerpo y me hizo estremecerme instintivamente.

—Veo claramente en tu cara lo bien que te las apañas —murmuró Jameson con desaprobación—. Esto no funciona así.

Reagan tiró de la camisa de Jameson, haciendo que se inclinara.

—¿Qué pasa, Ronald?

Ella soltó una risita y pinchó a Jameson en el costado.

—No me llames así.

—¿Por qué no? Te llamas como él, ¿no? Ronald Reagan, cuadragésimo presidente de los

Estados Unidos.

—Fue idea del abuelo.

—Reagan —le recordé— no lo hagas.

—Lo siento, mamá.

—Chicas, no es ningún secreto que vuestra familia parece tener preferencia por los presidentes americanos a la hora de elegir vuestros nombres. Así que no seáis tan tímidas.

—Es complicado —intervine—. Concentrémonos en cómo llegar al tercer piso.

Reagan volvió a tirar de la camiseta de Jameson.

—Tienes que cargarla, Jameson.

—De ninguna manera —me apresuré a dar un paso atrás.

—Tu hija tiene razón. Si no, ¿cómo vas a subir ahí?

Jameson dio un paso hacia mí y cerró la brecha que nos separaba.

—¿Me permites?

—Soy demasiado pesada.

—Eres un peso ligero, Kennedy. Puedo hacerlo con facilidad, créeme.

Antes de que pudiera protestar más, Jameson ya me había puesto una mano en la parte posterior de la rodilla y otra en la espalda y me había levantado.

—¿Te duele? —preguntó ansioso.

—No —gemí con dificultad.

No le dije que sus fuertes manos sobre mi cuerpo eran de todo menos dolorosas. Avergonzada, aparté la cara de él y me concentré en los pasos que dábamos juntos. Esperaba sinceramente que no se diera cuenta de los puntitos que su aliento caliente dejaba en mi piel.

Después de lo que me pareció una eternidad, que en realidad fueron probablemente sólo dos minutos, por fin llegamos a la tercera planta y a nuestro piso.

Jameson se encargó de llevarme hasta la puerta del piso y me sentó en el sofá.

—¿Quieres un vaso de agua? —le pregunté, sintiéndome terriblemente culpable.

—Con mucho gusto.

—Te lo traeré.

Reagan saltó alegremente hacia la cocina, dejándome a solas con Jameson, que me miró escrutadoramente.

—¿Vas a estar bien?

Asentí con la cabeza.

—Gracias, sí.

—¿Y para ducharte y comer? ¿Puedes ducharte sola? ¿Y tienes suficiente comida en casa, o debería traerte algo?

—Puedo pedir la compra por internet. Y Reagan puede ayudarme con la colada.

—¿Analgésicos?

—La enfermera me los preparó para el fin de semana. Tengo que conseguir nuevos medicamentos el lunes.

—Dame la receta. La llevaré conmigo cuando recoja a Reagan del colegio el lunes.

—Jameson… —suspiré— por favor, no te sientas obligado a tomarte todas estas molestias por mí.

—¿De qué otra forma vas a conseguir medicamentos recetados? ¿Vas a deslizarte por la barandilla y cojear hasta la farmacia más cercana?

Apreté los labios y guardé silencio.

—Kennedy, nos harías la vida mucho más fácil a los dos si aceptaras mi ayuda sin reservas.

—Pero me siento mal por ello.

—No tienes por qué. A tus ojos, puedo ser un abogado sin escrúpulos, avaro y que pisotea la justicia. Pero eso no significa que vaya a dejarte de lado. Después de todo, necesito a alguien con quien batirme en duelo en los tribunales. Los otros fiscales siempre me dejan ganar tan fácilmente. Eso es terriblemente aburrido.

—¿Así que ganar es aburrido?

—Cuando te dan la victoria, con el tiempo se convierte en aburrido, sí.

—No te voy a dar ni una sola victoria. Puedes asumirlo.

—No esperaba otra cosa de ti, Kennedy.

Reagan volvió con un vaso de agua en la mano y se lo entregó a Jameson.

—Tu botín de compras sigue en el coche. ¿Quieres ayudarme a subirlo? —le preguntó mientras terminaba su vaso.

Reagan asintió con entusiasmo y siguió a Jameson escaleras abajo.

Aproveché el breve espacio para respirar hondo.

Tal vez Jameson Sharp no era un gilipollas tan arrogante y egoísta como supuse al principio. El hecho de que nos ayudara a Reagan y a mí de un modo tan natural y sencillo me hizo tragarme el resentimiento que albergaba contra él y darle una segunda oportunidad.

CAPÍTULO 13

Jameson

EL LUNES POR LA MAÑANA, cuando aparqué delante del bloque de apartamentos de Kennedy y Reagan, ésta ya me estaba esperando.

Me saludó alegremente y se sentó en el asiento del copiloto como si nada.

—¿Y si tu madre nos está mirando ahora por la ventanilla y te ve subir delante, Ronald?

—No seas aguafiestas, Jameson.

Me reí.

—Créeme, Ronald. Si hay algo que no soy, es un aguafiestas.

—En ese caso, puedo quedarme delante. Y no me llames siempre Ronald.

—Entendido, Ronald Reagan. ¿Lista para la escuela?

—La verdad es que no. Pero, ¿tengo elección?

Miré de reojo a la niña de las coletas rubias a lo Pippi Calzaslargas.

Jugueteaba con la cremallera, ensimismada, con los labios delineados.

—¿No te gusta ir al colegio?

—¿Conoces a alguien a quien le guste ir al colegio? —preguntó ella, como si esa suposición fuera tan descabellada como equiparar Corea del Norte a una democracia.

—¿No disfrutas aprendiendo cosas nuevas en clase?

—No, es aburrido.

—¿Pero debe ser divertido con tus compañeros?

—Todavía no conozco a muchos. Pero me he apuntado al equipo de voleibol. Es lo que solía jugar en Florida. Y me gusta mucho como juegan las chicas allí.

—Bueno, ya ves. El resto irá encajando con el tiempo. Simplemente sé abierta y acércate a la gente sin reservas. Verás que con esta actitud siempre saldrá todo bien.

El resto del camino charlamos sobre la pasión de Reagan por el voleibol y cómo ella era una ávida jugadora de voley playa en Florida. Hablamos de sus asignaturas favoritas y de las asignaturas que le gustaría dejar inmediatamente.

Por extraño que parezca, no me resultó tan difícil hablar con la niña como supuse en un principio. Al contrario. Las conversaciones con Reagan eran siempre una grata distracción de la vida cotidiana y hacían que el tiempo pasara volando.

Me gustaba la niña, que se parecía tanto a su madre cuando hablaba, gesticulaba e incluso hacía muecas. Obviamente, su madre también le transmitió su sentido de la justicia y su interés por la política, porque Reagan sabía lo que hacía sorprendentemente bien para tener once años. También tenía un loco sentido del humor, que yo no sabía si también heredó de Kennedy. Hasta entonces, siempre había visto a su madre desde el lado serio y estricto.

Cuando Reagan bajó del coche y se despidió de mí, casi lamenté que el trayecto hasta el

colegio no hubiera durado más.

—Te veré esta tarde. Diviértete —le dije y esperé a que desapareciera por la verja del jardín delantero del colegio.



—¿Qué tal el fin de semana? —Landon entró en mi despacho y se dejó caer en el sofá del rincón de las visitas.

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Más que bien —respondió con una sonrisa y moviendo las cejas significativamente—. ¿Qué has estado haciendo? O mejor dicho, ¿*con quién* has estado haciendo algo?

Me mordí el labio inferior y eché hacia atrás la silla del escritorio con un suspiro.

—Lo creas o no, no lo he hecho con nadie.

—¿Qué estás diciendo? —A Landon casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿En serio me estás diciendo que no te has enrollado con al menos una tía buena el viernes por la noche, el sábado o el domingo? ¿Qué te pasa? ¿Se te ha caído la polla o qué?

—No —resoplé divertido—. Al contrario. ¿Te acuerdas de la nueva fiscal? ¿Kennedy Duran? ¿Con la que negocié en el caso de Clifford Sanders?

—Claro. La que te hizo la vida innecesariamente difícil. ¿Qué pasa con ella?

—Tuvo un accidente al cruzar la calle. El viernes. Justo después de que ambos saliéramos del juzgado.

—¿Está muerta?

—Dios, no. Pero está herida y necesita tomárselo con calma. Como es nueva en la ciudad, aún no conoce a nadie. Así que me ofrecí a ayudarla.

—¿Te ofreciste a ayudarla?

—Sí.

—¿Cómo exactamente tengo que imaginarme eso?

—Ella tiene una conmoción cerebral y algunos moretones y esguinces.

—Suena doloroso.

—Es doloroso. Debe tomárselo con calma al menos una semana y guardar reposo.

—¿Y vas a ayudarla metiéndote en la cama con ella y asegurándote de que no se aburra o qué?

Puse los ojos en blanco, molesto.

—No, bicho raro.

—¿Entonces qué?

—Kennedy tiene una hija en edad escolar. Y como se supone que Kennedy no va a salir de su piso esta semana, yo voy a ser el taxi escolar de su hija y cuidaré de ellas de vez en cuando.

—¿Tú y críos?

A esas alturas los ojos de Landon se abrieron tanto que no me hubiera sorprendido que se le hubieran caído los globos oculares al suelo. Inmediatamente después se le cayó la mandíbula.

—¿Tan inimaginable es? —sentí el impulso de defenderme.

—¿Todavía preguntas eso?

Me recosté en mi silla en silencio y le dirigí a Landon una mirada molesta.

—¿Por qué la ayudas?

—Porque no conoce a nadie más a quien pedirselo.

—¿Y eso es todo?

—Por supuesto que eso es todo. ¿No es razón suficiente?

Landon juntó las manos detrás de la cabeza y sonrió.

—¿Qué?

—Nada. Simplemente pensé que no te gustaban las mamás.

—No me gustan.

—¿Así que la nueva fiscal no es un caramelo para los ojos?

—Sí, lo es. Es guapa. Muy guapa. Pero, ¿qué importa eso? No baso mi ayuda en si alguien es guapa o no. ¿Crees que soy tan superficial?

—Por supuesto que no. Pero sí creo que tu abnegado cuidado por la nueva fiscal es muy interesante y muy divertido.

—¿En qué sentido?

—¿En qué sentido? —repetí, mientras Landon se limitaba a escrutarme apreciativamente y seguía sonriendo ampliamente.

—Oh, en nada. Olvídalo —Landon me guiñó un ojo y se levantó.

Sacudiendo la cabeza, le seguí con la mirada mientras salía de mi despacho.

¿A qué demonios venía ese comentario tan críptico? Y luego esa sonrisa de complicidad y suficiencia en su cara...

¿Cuál era su maldito problema?

Aparté los signos de interrogación que la conversación con Landon suscitó en mí e intenté concentrarme en el caso que tenía delante.

CAPÍTULO 14

Kennedy

COMO CADA DÍA desde el accidente, el programa de ese día incluía el maldito cambio de vendajes que siempre posponía unas horas. Exponer, limpiar, desinfectar y volver a vendar las heridas abiertas era doloroso y llevaba mucho tiempo. Sobre todo porque sólo podía llegar a algunos lugares de la cadera que se extendían hasta la parte baja de la espalda con contorsiones que también iban asociadas al dolor.

Dios sabe que no era una quejica, pero ese accidente con el taxi me afectó mucho. Como siempre, cuando pensaba en el accidente, intentaba olvidar lo que podría haber pasado en el peor de los casos y cómo salí tan bien parada.

Como madre, mi prioridad era proteger a mi hija y darle una infancia resguardada y sin preocupaciones. Que un taxi me matara por las prisas y dejara a Reagan sola en este mundo no era, desde luego, mi idea de ser una buena madre.

Me tapé la cabeza con la sudadera y estaba a punto de desabrocharme el sujetador cuando sonó el timbre.

Qué raro. Sólo era la hora de comer. Reagan no volvería del colegio hasta dentro de unas horas. A menos que no se encontrara bien o le hubiera pasado algo.

Alarmada y tan rápido como mi tobillo torcido me lo permitió, cojeé hasta la puerta principal y la abrí de un tirón sin pensar en mi revelador ascensor.

Pero no era Reagan quien me esperaba allí, sino Jameson Sharp.

Sus cejas se alzaron sorprendidas cuando me vio casi sin ropa.

Su mirada lobuna recorrió mi cuello, mis hombros, mis pechos y mi estómago.

Incapaz de moverme, dejé que me bañara como si estuviera paralizada. Aunque había una suave brisa en el hueco de la escalera, el escrutinio de Jameson me hizo sentir tan caliente como el sol del verano de Florida.

—Tiene muy mal aspecto —comentó secamente al verme, apartando la mirada de la parte superior de mi cuerpo para mirarme a los ojos; su comentario impertinente contrastaba fuertemente con el brillo depredador de sus ojos.

—Muchas gracias —resoplé despectivamente y volví al piso cojeando avergonzada, en busca de mi top.

—Kennedy —dijo Jameson, siguiéndome sin ser invitado, en tono de disculpa.

Me giré hacia él, mirándole con rabia.

—¿Qué?

Jameson señaló el punto abierto en mi cadera que se extendía hasta la mitad de mi espalda baja.

—Me refería a *la herida*. No a ti.

—La herida —balbuceé, siguiendo su mirada.

—Sí, la herida. Está bastante mal. El resto es cualquier cosa menos malo. Si no fueras la nueva fiscal, te diría que el resto de lo que veo es hermoso, por no decir adorable. Pero eso me parece inapropiado. Así que prefiero no decirlo —me guiñó un ojo.

Cogí un jersey del tendedero y me lo puse delante del torso para protegerlo de la mirada hambrienta de Jameson.

Y para que mis manos, traicioneramente temblorosas, tuvieran algo a lo que agarrarse.

—¿Por qué andas por ahí con esa herida abierta?

—Porque estaba a punto de cambiarme la venda antes de que aparecieras. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes que trabajar?

—Quería traerte las cosas que me pediste de la farmacia. Como estaba por aquí, pensé que las necesitarías.

Levantó la bolsa, en la que me fijé, y la señaló despreocupadamente con la otra mano.

Miré al techo y maldije en voz baja.

—Lo siento —suspiré—. El techo se me cae encima y me siento terriblemente inútil. Debe estar afectando a mi estado de ánimo.

Jameson sonrió con picardía y dejó la bolsa sobre la mesita.

Ladeé la cabeza y entrecerré los ojos.

—Casi diría que te hace gracia, Jameson.

—No lo hace —me aseguró.

—¿Entonces qué es?

—Pues sí. Se me ocurre una forma sencilla pero muy eficaz de aligerar tu humor en un santiamén.

Abrí la boca y volví a cerrarla. ¿Jameson Sharp acababa de ofrecerme sexo descaradamente?

Con una sonrisa pícara, se plantó delante de mí con su elegante traje y me lanzó una mirada desafiante desde sus brillantes ojos verde bosque que me hizo girar la cabeza.

Me aclaré la garganta y me esforcé por mantener un tono firme al responderle con la mayor calma posible.

—Con el debido respeto, Jameson, no creo que te gustara acostarte conmigo ahora mismo.

La sonrisa de Jameson se ensanchó un poco ante mi comentario.

—No estoy hablando de sexo, Kennedy. No conmigo, al menos. Pero me alegra oír que lo considerarías. Puede que vuelva a ello en cuanto te encuentres mejor.

—No he dicho que lo consideraría —protesté con la cara roja, sólo profundizando el pozo que acababa de cavar para mí misma.

—No lo dijiste, no. Pero estabas pensando en sexo conmigo y tu respuesta a ese pensamiento no fue que el sexo conmigo está absolutamente descartado, sino simplemente que crees que no disfrutaría del sexo contigo en este momento, lo cual, para ser sincero, dudo mucho.

Sacudí la cabeza y me froté la cara.

—No deberíamos tener este tipo de discusiones. Y ahora tengo que ponerme a cambiarme las vendas. Gracias por venir.

—De nada. Mientras esté aquí, estaré encantado de ayudarte a cambiar las vendas.

Levanté las manos en señal de defensa.

—Eso no es necesario.

—Sí que lo es. ¿Cómo vas a llegar a tu espalda sin dislocarla completamente? Yo me encargo de eso. ¿Puedes mostrarme el camino al baño?

La voz autoritaria de Jameson no ofrecía resistencia. Sin embargo, me resistía a doblegarme a

su voluntad. Por otra parte, no se equivocaba. Cambiar las vendas siempre me resultaba un suplicio porque no llegaba bien a las zonas de la espalda. Así que, ¿por qué no iba a facilitarme la vida por una vez y dejar que me ayudara?

Aunque eso significara que inevitablemente me tocaría...

Pero prefería no pensar en eso.

En vez de eso, intentaría imaginarlo como un sapo feo y viscoso en el estanque infestado de algas que no se parecía en nada al príncipe azul del nenúfar.

CAPÍTULO 15

Jameson

—LAS COSAS para el cambio de vendas están en el dormitorio —Kennedy dejó caer las manos en señal de rendición y señaló con la barbilla una puerta a su derecha—. Puedo ver mejor lo que hago delante del espejo grande —añadió, como si tuviera que justificarme por qué me llevaba a su dormitorio.

La seguí sin decir palabra y no pude evitar compararla con las mujeres con las que normalmente pasaba el tiempo.

No había duda de que Kennedy era una mujer excepcionalmente sensual y atractiva. Hasta un ciego lo reconocería. Pero no exageraba sus cualidades físicas. A diferencia de otras mujeres que conocía, Kennedy era reservada, casi tímida en mi presencia.

Al menos en privado.

Después de todo, recientemente me demostró que le gustaba enseñar los dientes en el trabajo.

La reina de hielo parecía esconder muchas facetas diferentes bajo su gruesa capa y me encontré pensando en cómo sería derretir esa dura capa de hielo y revelar a la verdadera Kennedy Duran que había debajo.

—Primero tienes que desinfectarlo con esto, luego aplicar esta pomada y después el nuevo apósito. ¿Puedes hacerlo? —me sacó de mis pensamientos totalmente inapropiados y me tendió una compresa empapada en desinfectante.

—Por supuesto —me aclaré la garganta y la cogí.

Kennedy se giró hacia un lado para poder observarme en el espejo del suelo al techo de su armario mientras yo trabajaba en su cuerpo.

Me arrodillé en el suelo para que mi cara quedara a la altura de sus caderas. Puse suavemente una mano sobre la piel desnuda de su pelvis y con cuidado froté su herida abierta con la compresa en mi otra mano.

Kennedy hizo un gesto de dolor y me hizo parar bruscamente.

—No quiero hacerte daño —dije con pesar.

—Estoy bien —respondió entre dientes apretados y cerrando las manos en puños.

Me pasé tan suavemente como pude por las zonas abiertas de sus caderas y la parte baja de su espalda, haciendo lo posible por ignorar la grácil y agraciada figura de Kennedy.

—Para llegar a tu coxis, necesito bajarte un poco los pantalones. ¿Puedo?

—Vale —dijo roncamente y me observó con los párpados bajos mientras le bajaba los suaves pantalones de jogging, que se ajustaban perfectamente a sus torneadas piernas, hasta la base de las nalgas.

Si esperaba que las heridas de Kennedy cortaran de raíz mi lujuria por ella, me sentí amargamente decepcionado.

A pesar de las heridas que desfiguraban su delicado cuerpo, sentía una innegable atracción que emanaba de esta mujer como un hechizo y me deslumbraba.

Pero, ¿cómo demonios era posible?

Siempre elegía mujeres dispuestas, sin compromiso y sin complicaciones para mis aventuras en la cama. Sexo rápido, sin compromiso y desinhibido era lo que yo buscaba. Lo que quería. Lo que necesitaba.

Una fiscal ágil, poco asertiva y fría, que además era madre de una niña a la que cuidaba con devoción, definitivamente no era lo mío. *De ninguna manera*.

Aparté enérgicamente los sentimientos confusos y me centré en mi tarea de tratar a Kennedy.



—¿A qué te referías cuando dijiste que conocías una forma sencilla pero muy eficaz de levantarme el ánimo en un instante? —preguntó Kennedy inesperadamente cuando dejé la compresa a un lado y cogí el vendaje.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Aquí, en tu habitación?

Me miró desconcertada a través del espejo.

—¿Por qué no?

—Porque la sugerencia puede no ser del todo aceptable socialmente.

—Creía que no se trataba de sexo.

Cerré con cuidado la venda y me enderecé de modo que quedé de pie detrás de Kennedy.

—Combinación equivocada, Sra. Fiscal. No se trata de sexo *conmigo*. Pero sigue tratándose de sexo —le susurré al oído y le subí el pelo por encima de los hombros.

—Tendrás que explicármelo con más detalle —murmuró con voz ronca.

Su respiración entrecortada no se me escapaba y tuve que contenerme con fuerza para no dejar que mis manos se deslizaran por la parte superior de su cuerpo aún desnudo.

—¿Quieres que te hable de sexo? ¿Aquí? ¿En tu habitación?

Ella asintió en silencio.

—De acuerdo —susurré contra su oído y pasé el dedo índice entre sus omóplatos.

—Aunque ahora no tengas mucha movilidad y el sexo apasionado no sea una opción por ahora, puedes tener orgasmos maravillosos de otras formas que te relajen y te levanten el ánimo.

Mi dedo índice recorrió tentadoramente la columna vertebral de Kennedy. Fascinado, observé la piel de gallina que se formaba en su piel bajo mi contacto.

—Tú misma me hablaste de tu vibrador, Kennedy. Sácalo y hazte con él. Regálate tus orgasmos. Deja salir tu lujuria. Es muy importante para tu equilibrio mental.

Kennedy tragó saliva excitada cuando mis labios tocaron la concha de su oreja mientras hablaba.

—Una mujer como tú merece ser complacida.

Kennedy echó lentamente la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, suspirando suavemente. Sus labios estaban ligeramente separados y su lengua se introdujo por el pequeño hueco para humedecer sus labios secos.

Joder.

Si no tiraba de la cuerda inmediatamente, nuestro pequeño, en sí mismo inofensivo juego previo, degeneraría en actividades mucho menos inofensivas en poco tiempo.

Eso no podía ocurrir.

Porque yo no vine aquí para aprovecharme del estado de indefensión de Kennedy Duran para tener sexo.

—Debería irme ya —le dije al oído y di un paso atrás con el corazón encogido—. Si no lo hago, nos tentará a hacer cosas en los próximos minutos de las que podrías arrepentirte más tarde, Kennedy.

—Yo también lo creo —Kennedy contestó tontamente sin mirarme.

En contra de mi buen juicio, la atraje hacia mi pecho y enterré mi nariz en su cuello. Respiré con avidez su dulce aroma a bayas y jazmín.

—Por favor, piensa en mí cuando lo hagas —susurré y me separé de ella para marcharme mientras aún tenía fuerzas para hacerlo.

CAPÍTULO 16

Kennedy

HABÍAN PASADO EXACTAMENTE siete días desde mi accidente y ya me sentía mucho mejor.

Aunque las heridas aún estaban lejos de curarse, al menos podía caminar sin dolor y mis dolores de cabeza y mareos también estaban remitiendo.

Quería volver al trabajo el lunes siguiente. En principio, trabajaría desde casa unos días más. Pero luego tenía que ponerme manos a la obra en la oficina y demostrar que era una fiscal digna. Era innegable que empecé de la peor manera posible. Pero estaba decidida a cambiar las cosas.

Incluso superé mi orgullo y decidí aceptar la oferta de Jameson Sharp de introducirme en el mundo jurídico y en las costumbres de la jungla neoyorquina.

Jameson aún no sabía nada.

Le dije a Reagan que lo invitara a cenar con nosotras la próxima semana cuando estuvieran de camino a la escuela. Por supuesto, esa invitación era principalmente para agradecerle sus esfuerzos desinteresados durante la semana pasada y la ayuda que nos prestó. Pero, al mismo tiempo, quería aprovechar la ocasión para preguntarle si la oferta que me hizo después del juicio perdido seguía siendo válida.

No le había visto en persona desde que me trajo la medicación hacía unos días. No sabía si llamar a esto *afortunado* o *desafortunado*. Porque nuestro último encuentro en mi habitación me dejó profundamente confundida y completamente sin palabras.

Me dejé llevar. En un pequeño momento de debilidad, que debí a las manos cálidas, fuertes y tiernas a partes iguales de este carismático mujeriego sobre mi cuerpo. Y su aliento caliente en mi cuello. Por no hablar de su voz profunda y seductora en mi oído, animándome a satisfacerme.

Gemí de dolor al pensar en nuestro fugaz encuentro íntimo y abrí de un tirón la ventana de la cocina para que entrara un poco de aire fresco.

¿Qué me pasaba? Aparte del taxi...

¿Acaso era por el accidente que de repente albergaba pensamientos tan absurdos? ¿Y todo el tiempo?

Estaba claro que tenía demasiado tiempo libre. Demasiado tiempo para pensar estupideces. Y demasiado tiempo para hacer cosas estúpidas. Cosas que no debería estar haciendo. Por ejemplo, divertirme con mi juguete de pilas mientras pensaba constantemente en Jameson Sharp y sus palabras.

Por favor, piensa en mí cuando lo estés haciendo.

El recuerdo de sus excitadas palabras en combinación con mi hábil y rosado amigo entre mis piernas ya me había hecho correrme más de una vez.

Evité pensar en el origen o incluso en el significado de mi comportamiento.

Jameson Sharp no sólo era un abogado estrella extremadamente carismático, exitoso e increíblemente rico. Jameson Sharp también era uno de los solteros más codiciados de la ciudad y un mujeriego sin remedio.

Bueno, lo admití. Busqué a Jameson Sharp en Google. Después de todo, tenía que asegurarme de que podía confiar en la persona que llevaba a mi hija al colegio y la volvía a recoger.

El hecho de que quisiera saber si un hombre como Jameson Sharp podría estar seriamente interesado en Reagan y en mí no tenía absolutamente nada que ver con mi investigación.

Además, de todos modos no tenía tiempo para una relación con un hombre.

Reagan era mi prioridad número uno. Pasar tiempo con ella y verla feliz era mi máxima prioridad. En segundo lugar estaba mi trabajo, o más bien mi *nuevo* trabajo, en el que tenía mucho que recuperar. Estos dos aspectos de mi vida me mantenían tan ocupada que no me quedaba tiempo ni energía para los asuntos de hombres.

Precisamente por eso tenía una pequeña pero excelente colección de vibradores. Me daban lo que necesitaba sin exigir nada a cambio. Siempre me llevaban al clímax. Incluso varias veces seguidas. Me mimaban exactamente como yo quería. Y no dejaban sus calcetines usados en el suelo para que yo los recogiera y los lavara.

Siempre me había ido bien con eso hasta ahora.

Hasta que... sí, hasta que Jameson Sharp puso sus manos en mi cuerpo y me prendió fuego. Hasta que Jameson Sharp rozó mi oreja con sus labios y empezó a hablar de sexo en un barítono seductor. De satisfacción. Y de orgasmos.

Mierda.

Tenía que dejar de pensar en *él*. En Jameson. ¡Y de inmediato!

Molesta y al mismo tiempo profundamente excitada, metí la colada en la lavadora y la puse en marcha.

El timbre del teléfono en el salón vecino me hizo hacer una pausa en mi frenesí de limpieza. Cuando vi a la persona que llamaba en la pantalla, el corazón me dio un vuelco en la garganta.

—Hola —mi voz sonó mucho menos relajada de lo que me hubiera gustado.

—Hola, fiscal. Tu hija me ha dicho que te gustaría invitarme a cenar.

—*Nos* —me apresuré a decir, entrecerrando los ojos ante su voz ronca y divertida—. *Nos* gustaría invitarte a cenar. Por ayudarnos. Por supuesto, una cena es demasiado poco para agradecerte todo lo que has hecho por nosotros en los últimos días, pero quizá sería un comienzo.

Por lo visto habíamos estrechado la *confianza* desde las bromitas de mi habitación, porque Jameson bromeaba con toda naturalidad. Y a mí no me molestaba. Al contrario. Cualquier otra cosa me parecería artificial.

—¿Un comienzo? —Jameson captó mi comentario y se rio en voz baja al otro lado de la línea—. ¿Un comienzo para qué?

—Un comienzo para expresar mi agradecimiento por tu apoyo.

—Así que ya está. ¿Así que hay más por venir?

—Quién sabe...

—¿Y qué sería eso, Kennedy? ¿Qué tipo de agradecimiento puedo esperar?

—¿Qué te gustaría que fuera? —Apreté los labios, sabiendo muy bien que estaba echando leña al fuego y avivando las llamas en contra de mi buen juicio.

—Hay muchas cosas. Pero, ¿por qué no lo hablamos durante la cena?

—¿Entonces dices que sí?

—De hecho, con mucho gusto. Sólo dime cuándo y estaré contigo la semana que viene.

También dime si debo llevar algo.

CAPÍTULO 17

Jameson

ESTABA EXTRAÑAMENTE nervioso mientras esperaba fuera de la puerta del piso de Kennedy aquel miércoles por la noche.

Era una cena normal con Kennedy y Reagan. Así que no había motivo para estar emocionado y nervioso.

Es cierto que mis citas no solían invitarme a cenar a su casa con una niña, sino que me llevaban a casa para pasar una noche calurosa.

Pero eso no era realmente una cita. Kennedy sólo quería darme las gracias. No mencionó que fuera una cita y yo realmente no salía con nadie. Al menos nunca a largo plazo. Nunca en serio y nunca con una madre soltera con una hija. Al menos hasta ahora...

Kennedy abrió la puerta con un bonito vestido azul claro y me dio una sonrisa que me dejó sin aliento. Por un lado, porque era la primera sonrisa genuina que me daba. Y por otro lado, porque la reina del hielo tenía una sonrisa tan encantadora que podría derretir el hielo de todo el Ártico con ella.

Si sonriera así más a menudo...

Normalmente siempre tenía una expresión seria, retraída y severa.

Hay que reconocer que también me gustaba esa faceta suya. O dicho de otro modo: la actitud distante que mostraba con su falda lápiz ajustada y sus zapatos de tacón me excitaba enormemente.

—Jameson —la alegre voz de Reagan sonó desde el fondo—, ahí estás.

Se acercó corriendo a la puerta y me saludó alegremente.

—Hola Ronald. ¿Qué tal el colegio?

—Estúpido como siempre. Y no me llames Ronald —soltó una risita y dejó que su mamá le acariciara su larga cabellera.

—¿Por qué no entras? —Kennedy se hizo a un lado y entró en su piso—, la cena está casi lista. ¿Puedo ofrecerte un vaso de vino mientras tanto?

—Sólo si bebes conmigo.

Kennedy se adelantó hasta la cocina, dándome la oportunidad de mirarla sin que se diera cuenta.

Había cogido su larga melena rubia en una trenza, de la que se desprendían algunos mechones. Llevaba un sencillo vestido azul claro con unas sandalias bastante planas para sus estándares y sólo adornadas con un pequeño tacón.

—¿Sólo cinco centímetros hoy? —me burlé de ella mientras me entregaba mi vaso.

—¿Hmm?

Señalé sus zapatos con la barbilla.

—Oh —se sonrojó y se apresuró a llevarse el vaso a los labios—, aún no me permiten llevar tacones altos. El problema es que no tengo ningún zapato plano aparte de zapatillas deportivas y pantuflas.

Me reí.

—¿En serio?

Se encogió de hombros, sorprendida.

—Bueno... qué puedo decir... simplemente me gustan los tacones altos.

—A mí también —respondí, mirando a Kennedy firmemente a los ojos—. Especialmente cuando una mujer no lleva ninguna otra ropa aparte de tacones altos —susurré tan bajo que sólo ella podía oír.

Las mejillas de Kennedy se tiñeron de un rojo oscuro sorprendentemente cercano al color del vino tinto. Sin embargo, ignoró hábilmente mi pequeño coqueteo.

—¿Quieres sentarte con Reagan? Yo serviré la comida mientras tanto.

—Sí, me encantaría. Pero ¿no quieres que te ayude? —pregunté y la seguí hasta la cocina, donde me coloqué detrás de ella y la miré por encima del hombro.

Como si le inquietara mi proximidad, se dio la vuelta y sacudió la cabeza con decisión.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no es necesario —afirmó sin aliento.

—De acuerdo —cedí sin querer avergonzarla, y me uní a Reagan, que estaba leyendo un libro en el sofá del salón.

—¿Qué estás leyendo?

—*Orgullo y Prejuicio*.

Resoplé con incredulidad, ganándome una mirada de desaprobación de Reagan por encima de su libro.

—¿De Jane Austen?

—La única.

—¿No eres demasiado joven para eso?

—¿Para qué? ¿Para el amor? Nunca se es demasiado joven para eso.

—Ya veo —me reí entre dientes.

—¿Y tú, Jameson?

—*¿Yo qué?*

Reagan dejó su libro y me miró con curiosidad.

—Sí, tú. ¿Y tú y el amor?

—Bueno, ya sabes, creo que soy más de leer a Oscar Wilde.

—¿Nunca ames a alguien que te trata como si fueras normal? —la pequeña Reagan citó al genial Oscar Wilde.

—Más bien: debes ceder a la tentación. Quién sabe si volverá —cité una de mis citas favoritas de Oscar Wilde.

—¿Qué significa eso?

—Te lo explicaré en otro momento, querida. Por ahora la cena está en la mesa. Ve a lavarte las manos —dijo la voz de Kennedy desde el fondo.

—¡Por fin! Estoy hambrienta. —Reagan saltó como si le hubiera picado una tarántula y salió corriendo.

La seguí con una sonrisa y cogí su ejemplar de Orgullo y Prejuicio para hojearlo.

—¿Jameson?

—¿Sí?

Sorprendido, levanté la vista y me di cuenta de que Kennedy seguía de pie en el salón,

observándome.

—Está bien si no crees en el amor. Pero no le quites la fe a Reagan. Sólo tiene once años. Tiene toda la vida por delante. Déjala tener sus sueños y su mundo perfecto todo el tiempo que pueda, ¿vale?

Cerré el libro y me levanté avergonzado.

—Tienes razón. Fue insensible de mi parte. Lo siento.

—Bienaventurados los que no tienen nada que decir y mantienen la boca cerrada, Kennedy citó una de las sabias palabras de Oscar Wilde y me guiñó un ojo con picardía.

—¿Desde cuándo tienes sentido del humor? —pregunté con fingida indignación.

—Siempre lo he tenido. Lo sabrías si me conocieras mejor.

—Pues entonces es obvio que ya va siendo hora de que lo haga. —Levanté mi copa y brindé por Kennedy—: Por una buena noche.

—Por una buena noche —repitió y chocó las copas conmigo con una sonrisa.



Fue una velada divertida y sociable, con muchas risas y bromas. El filete de Kennedy estaba delicioso y con el vino tinto y las patatas fritas crujientes que sirvió con la carne tierna, fue una de las mejores comidas que había comido nunca.

Pero si fue sólo la comida o si había algo más... no quise pensar demasiado en ello.

Alrededor de las veintidós horas, Kennedy le pidió a Reagan que se preparara para ir a la cama, pues al día siguiente tenía que ir al colegio.

—¿Puede Jameson llevarme a la escuela mañana?

—No, cariño. Mañana vuelvo al trabajo. Eso significa que te acompañaré al colegio de camino.

—Qué pena —Reagan me miró con pesar.

—Eso no significa que no vayamos a vernos a partir de ahora, Ronald —intenté animarla, y de alguna manera también a mí mismo.

—¿Significa eso que vendrás a visitarnos en el futuro?

—Por lo que a mí respecta, tu madre puede preparar un delicioso filete como éste más a menudo. Entonces me declararé asiduo y vendré todas las semanas.

—Estaré encantada —sonrió Reagan y se despidió de nosotros.

Kennedy la siguió con una sonrisa y luego se giró hacia mí.

—¿Qué dices, te quedas a tomar una copa?

CAPÍTULO 18

Kennedy

JAMESON TOMÓ asiento a mi lado en el sofá y me dedicó una sonrisa irónica. Al parecer, esta situación era tan inusual para él como para mí, aunque por motivos completamente distintos.

Probablemente estaba acostumbrado a revolcarse en el sofá practicando sexo salvaje con sus conocidas, en lugar de tomarse una acogedora copa de vino con ellas y entablar una conversación inofensiva.

¿Y yo? No solía compartir mi sofá con nadie. Excepto con Reagan, cuando veíamos una película o leíamos juntas.

—Gracias por la deliciosa comida. ¿Puedo ayudarte con algo más para poder disfrutar más a menudo de este jugoso filete? —rompió el silencio entre nosotros y dejó su vaso sobre la mesita.

—Ya has oído a Reagan: le encantaría que vinieras a cenar en el futuro.

—¿Y a ti? ¿Y a ti, Kennedy? ¿También te gustaría que lo hiciera?

Tomé un sorbo generoso de mi copa de vino para retrasar la respuesta a esta pregunta extremadamente incómoda.

Jameson se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos.

—Lo tomaré como un *sí* —sonrió.

—No he dicho que *sí* —protesté.

—Pero tampoco has dicho que *no*.

—¿Un *tal vez*?

Jameson rio suavemente.

—Vamos, fiscal. Usted no es una mujer que haga las cosas a medias. Los fiscales no conocéis ninguna zona gris. Es blanco o negro. Sí o no. Pero definitivamente no *tal vez*.

Resoplé divertida y bebí otro sorbo.

—¿Qué pasa? ¿Acabas de decir que quieres volver a trabajar mañana?

Asentí con la cabeza.

—Exactamente. Me siento bien y me gustaría intentarlo.

—Entonces, ¿eso significa que volveremos a vernos la próxima vez en el juzgado?

—Eso parece.

Me levanté y me acerqué al equipo de música para apagar la música que había estado sonando de fondo durante toda la velada.

—No, espera —me detuvo Jameson—. *Easy*, de los *Commodores*, es una de las canciones más guays de la historia.

Se levantó y se acercó a mí con una amplia sonrisa.

—¿Te importa?

Jameson me ofreció las manos y me miró invitadoramente.

—¿Quieres bailar?

—*Tienes* que bailar esta canción. No hay otra opción. Así que venga, fiscal, ¿a qué esperas?

Puse tímidamente mis manos entre las suyas y observé con el corazón palpitante cómo me rodeaba la nuca con las mías.

Oh, no.

En cuanto Jameson me ofreció su ayuda en la cocina y se puso detrás de mí, me invadió un hormigueo de déjà vu de nuestra charla no del todo inocente en el dormitorio.

Mientras que en la cocina había conseguido escapar de él, esta vez no me ofrecía ninguna salida.

Me sentí completamente a su merced. E inferior.

A diferencia de él, yo no tenía excesiva experiencia con el sexo opuesto. ¿Cómo iba a tenerla? Tenía una hija pequeña que había sido el centro de mi vida durante los últimos once, incluso doce años si se incluía el embarazo. Eso me dejaba poco tiempo para la diversión y las citas con hombres.

En ese momento me sentía débil y vulnerable en presencia de Jameson. Y si había algo que no quería ser, era débil y vulnerable.

—Relájate, Kennedy. Déjate llevar. Sólo estamos bailando —susurró Jameson, acariciándome suavemente la mejilla—. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo.

—Claro que sí.

Jameson trazó con ternura el contorno de mis ojos mientras estudiaba mis rasgos con atención.

—Tienes las pupilas dilatadas.

Su dedo pasó de mis ojos a mis labios.

—Y tus labios tiemblan ligeramente.

Su dedo se dirigió decididamente de mis labios a mis hombros.

—Estás tensa y… —su dedo se deslizó hasta mi clavícula— respiras rápido. Muy rápido.

Jameson me levantó la barbilla y me sonrió con confianza.

—Déjame que te lo pregunte otra vez: ¿de qué tienes miedo?

—De ti. Me pones nerviosa.

—¿*Yo* te pongo nerviosa? —Jameson enarcó una ceja divertido—. ¿Por qué?

—Porque normalmente no cocino para un hombre. Y mucho menos bailo con él.

—Te lo montas bien —bromeó Jameson, llevándome de vuelta al sofá con el último acorde de la melodía—. Siéntese conmigo, fiscal.

Palmeó el asiento vacío a su lado y me entregó mi copa de vino.

—Dime una cosa: ¿estás realmente bien para volver al trabajo? Si quieres que siga llevando a Reagan al colegio, lo haré encantado.

—Es muy amable por tu parte. Pero me siento lo suficientemente en forma como para ponerme en marcha de nuevo.

—¿Lo suficientemente en forma para el sexo, entonces? —Jameson se inclinó hacia delante y giró el tallo de su copa de vino entre sus dedos.

Tragué con fuerza, con la garganta seca como el polvo ante las palabras de Jameson.

—Posiblemente —murmuré casi sin voz.

—¿Posiblemente? —repitió—. ¿Me has escuchado y te has tocado, Kennedy?

Miré a un lado y evité su mirada penetrante, que parecía clavarme.

¿Era sólo mi imaginación o el aire entre nosotros ardía?

—Relajarse es importante, Kennedy. Sobre todo cuando estás bajo una tormenta, como tú. Necesitas una válvula de escape para seguir adelante. Tanto en lo privado como en lo profesional —añadió Jameson y se levantó—. Gracias por una velada tan agradable. Se está haciendo tarde y los dos tenemos que madrugar mañana. Así que creo que será mejor que me despida ahora.

Yo también me levanté y evité mirar a Jameson. No quería que se diera cuenta de lo disgustada que estaba por su repentina marcha.

Sin mediar palabra, le acompañé hasta la puerta principal y la abrí tímidamente.

Jameson se inclinó hacia adelante con expresión seria y me dio un beso en la mejilla.

—Espero que estuvieras pensando en mí, Kennedy. Porque eres tú quien me ha estado ayudando a alcanzar el clímax en mis fantasías desde la última vez que nos vimos. Y los orgasmos que me proporcionas son increíblemente intensos. Que duermas bien, fiscal. Nos vemos.

CAPÍTULO 19

Jameson

—PARECES AUSENTE, cariño. ¿Qué te pasa?

Meredith, la dueña del selecto club masculino *Deep Desire*, puso sus manos sobre mis hombros y los masajeó con la presión justa.

—¿Necesito distraerte? —susurró seductoramente.

Meredith y yo teníamos una historia juntos. Durante meses, tuvimos una relación intermitente en la que nos amábamos apasionadamente, pero discutíamos con la misma pasión. En algún momento, decidimos juntos que una relación entre nosotros simplemente no funcionaba. Desde entonces nos acostábamos de vez en cuando, cuando nos apetecía. Nos caíamos bien y describiría a Meredith como una amiga íntima en la que podía confiar sin ningún filtro.

Me senté en uno de los sillones de tachuelas moradas, no lejos del escenario, y me acaricié la barbilla pensativamente.

Meredith tenía razón. Estaba fuera de mí. Apenas me fijé en las guapas bailarinas que se arremolinaban en el escenario frente a mí en un soplo de nada, moviéndose al ritmo de la música.

—No sé qué está pasando —suspiré—. De alguna manera no estoy de humor.

—¿No estás de humor para qué? —Meredith se sentó en mi regazo y me acarició el pecho con sus largas uñas pulcramente cuidadas—. ¿No tienes ganas de sexo?

—Eso, sí.

—¿Has tenido un día ajetreado?

—No más de lo habitual.

—¿Ha pasado algo especial?

—La verdad es que no.

Meredith se incorporó y me miró con detenimiento.

—¿Nada?

Nada. Esa mañana me había encontrado con Kennedy en el juzgado. No en la sala, sino en el pasillo del juzgado con su jefe.

Me saludó con un gesto reservado y esperó educadamente en un segundo plano mientras su jefe me hablaba de un próximo caso.

Durante la conversación, hice todo lo posible para que mis ojos no se desviaran hacia ella. Pero el vestido negro ceñido al cuerpo y los zapatos de tacón rojo fuego, combinados con el moño severo y los labios rojo cereza, me distrajeron tanto que me costó seguir la conversación con su jefe.

Desde que me despedí de ella en su piso aquella noche, me había preguntado qué habría pasado si hubiera continuado nuestra conversación en el sofá en lugar de huir. ¿Nos habríamos

besado? ¿Habríamos acariciado? ¿Habríamos hecho el amor?

Había visto la mirada que Kennedy me dió. Un cóctel hormigueante de deseo, miedo, excitación y lujuria. Y luego estaban sus pequeños y redondos pezones, empujando con fuerza a través de la fina tela de su vestido cuando puse mis manos sobre su cuerpo. Se me hizo literalmente la boca agua.

Cómo me habría gustado verlos de cerca. Besárselos. Lamerlos. Chuparlos.

Cómo me habría gustado quitarle el vestido a Kennedy en el sofá y tumbarme encima de ella para penetrarla profundamente y descargar hasta la última gota en su interior.

Pero no podía hacerlo.

En primer lugar, no quería darle la sensación de que sólo la había ayudado porque la encontraba atractiva y esperaba tener sexo con ella. En segundo lugar, su hija estaba durmiendo a pocos metros de nosotros y no quería arriesgarme a que nos descubriera teniendo sexo. Y en tercer lugar, el cuerpo de Kennedy todavía estaba cubierto de heridas, así que podría haberla herido en el calor del momento.

Porque normalmente me gustaba el sexo duro, apasionado y francamente sucio. Me encantaba experimentar y estaba muy orgulloso de mi resistencia, que me permitía satisfacer a varias mujeres al mismo tiempo.

Sin embargo, tenía que tener cuidado con Kennedy. No me parecía el tipo de mujer al que le gustaran las aventuras sexuales inusuales sin promesas ni compromisos. Sin embargo, me sentía mágicamente atraído por ella. Y eso me preocupaba.

No importaba como le diera la vuelta: tenía que alejarme de ella y cortar de raíz mi deseo por ella.

Ni siquiera entendía por qué me sentía tan atraído por ella. Sin duda estaba buena, sí. Increíblemente buena, para ser exactos. Y el hecho de que ni siquiera pareciera darse cuenta de ello la hacía aún más atractiva a mis ojos. También estaba la actitud severa y distante que mostraba en el tribunal, que contrastaba con la tímida, dulce y torpe Kennedy que encarnaba en privado.

Nada de eso cambiaba el hecho de que no encajaba en mi molde.

Y, sin embargo, quería acostarme con ella. Sin embargo, me la imaginaba en mis fantasías cuando me pajeaba a mí mismo. Y para mi horror, cuando me acostaba con *otras* mujeres también.

—¿Jameson?

Levanté la vista, sorprendido.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Ha pasado *algo* que quieras contarme?

Negué con la cabeza y di un sorbo a mi bebida.

—Déjalo, Meredith. No pasa nada.

Aunque Meredith me caía bien y solía confiar en ella sin reservas, no encontraba las palabras adecuadas para confesar mi debilidad por Kennedy. Después de todo, ni siquiera yo entendía lo que me pasaba por dentro. ¿Cómo iba a explicárselo a otra persona de forma comprensible?

Imposible.

NEW YORK

Cuando entré en el juzgado a la mañana siguiente, vi a Kennedy pasando por seguridad unos

metros por delante de mí y hablando por teléfono.

Cuando la alcancé, colgó y me saludó formal y distendidamente.

—Me gusta cuando te haces la fiscal dura y me das la espalda. Me excita —susurré, acariciando su muñeca con el dedo índice.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Sabía que debía callarme y alejarme de ella. En lugar de eso, encendí el fuego que sabía que me quemaría.

Y lo disfruté.

Disfruté viendo su reacción a mi coqueteo. Ver cómo sus mejillas se sonrojaron. Atrapar su mirada, que adquiría un brillo lujurioso. Devorar con mis ojos sus pezones, que atravesaban su blusa de seda. Colgarme de sus labios, que ella jalaba entre sus dientes para masticar nerviosamente.

Estaba excitada.

Sin duda.

Y yo estaba cachondo. Yo estaba muy cachondo.

En medio de un maldito tribunal.

Justo antes de una audiencia importante.

Joder.

Estaba a punto de darme la vuelta y salir corriendo a toda prisa para hacer mis necesidades en el baño como un pervertido lascivo y bajar lo antes posible cuando Kennedy me puso la mano en el brazo y me detuvo.

—¿Tienes tiempo para un café, Jameson? Me gustaría hablar contigo de algo.

CAPÍTULO 20

Kennedy

DE PIE en la cola de la cafetería, era más que consciente de la proximidad de Jameson. Estaba justo detrás de mí y aprovechaba cualquier oportunidad para tocarme. A veces me rozaba el brazo cuando me hablaba. A veces me acariciaba la espalda. A veces su aliento me rozaba el cuello desnudo.

Resistí el impulso de apoyarme en él y sentirlo por todo mi cuerpo.

En lugar de eso, me concentré en seguir respirando tranquila y uniformemente e ignorar el afrodisíaco palpitar entre mis muslos.

No dejaba de recordarme dónde estábamos: en un edificio público. En mi lugar de trabajo, donde acababa de conseguir cerrar un caso con éxito y probarme al menos un poco a mí misma. Desde luego, no iba a dar lugar a habladurías coqueteando con Jameson Sharp en público.

Con expresión petrificada, pedí dos cafés y seguí a Jameson hasta una mesa al fondo de la cafetería.

—¿Me regalas una sonrisa? —me murmuró al oído mientras me inclinaba para ponerle el café delante.

—No hagas eso, por favor —siseé, acomodándome frente a él en el asiento más alejado.

—Vamos, Kennedy. Relájate. ¿Puedo recordarte que *tú* querías tomar el café *conmigo* y no al revés?

—Tomar café, exactamente. No ligar.

Me guiñó un ojo con una sonrisa despreocupada.

—Nena, si vas en serio llamando flirteo a mis bromitas, más vale que no me invites a tomar algo en un bar.

—Yo tampoco quiero invitarte a un bar, quiero invitarte a un partido de voleibol, respondí, levantando la taza de café hasta mis labios.

Soplé con cuidado en la infusión marrón, con la esperanza de que se enfriara a una temperatura bebible más rápidamente.

Jameson observaba atentamente mis esfuerzos. No podía pasar por alto el brillo diabólico de sus ojos y me apresuré a bajar la taza de café para ocultarle el temblor de mis dedos.

—¿Por qué paras? Sigue soplando. Ha sido divertido verte hacerlo.

—Jameson… —puse los ojos en blanco, molesta, y me anudé las manos nerviosamente en el regazo.

¿Por qué demonios me molestaba tanto la mera presencia de aquel hombre?

¿Era por su actitud segura y autoritaria? ¿Por su innegable atractivo? ¿Por su boca suelta?

No lo sabía. Pero en su presencia, me convertía en un manojo de nervios sin remedio, sin una pizca de réplica o confianza en mí misma desde nuestra charla en el dormitorio, de por sí

completamente inofensiva.

—De acuerdo. Te dejaré en paz. De momento. Así que quieres que vaya al voleibol contigo. ¿Lo he entendido bien?

—Reagan tiene su primer partido en casa para el equipo de voleibol de su escuela en dos días. Ella habla de ti todo el tiempo y obviamente parece extrañarte un poco. Así que pensé que te gustaría acompañarme a su partido de voleibol.

Jameson cruzó en silencio los brazos delante del pecho y enarcó una ceja, divertido.

—Si no quieres o no tienes tiempo, lo entiendo perfectamente. Solo era una sugerencia. Posiblemente una sugerencia estúpida —me apresuré a decir.

—Kennedy —Jameson interrumpió mi torrente de palabras—, es una sugerencia estupenda y me encantaría ir. Pero dime una cosa: ¿es solo Reagan quien me echa de menos, o lo hace su madre?

Puse las manos alrededor de mi taza de café y bajé la mirada hacia el líquido marrón, con la esperanza de evitar la mirada penetrante de Jameson.

¿Por qué siempre tenía que hacerme esas jugosas preguntas que prefería no responder?

—Es una pregunta muy sencilla, Kennedy. Y sólo se necesita una palabra para responderla. *Sí* o *no*.

—¿Acaso importa? —murmuré en voz baja.

—Si no, no estaría preguntando.

—Pero te fuiste. Después de cenar...

—Porque tenía miedo de abalanzarme sobre ti como un animal salvaje mientras tu hija dormía a pocos metros de nosotros.

La confesión de Jameson me dejó sin aliento e hizo que el corazón me diera un vuelco.

Pensaba que su precipitada marcha se debía a mi comportamiento torpe y tímido. Que le resultaba poco sexy y desagradable pasar tiempo con una mujer que no podía relajarse.

Al parecer estaba equivocada.

Porque la mirada ardiente que me dirigió me hizo hervir la sangre.

—Me gustaría volver a tu oferta de antes del accidente. La oferta de introducirme en el mundo legal de Nueva York. Para ser sincera, me gustaría aprovechar tus conocimientos y beneficiarme de tu experiencia. Siempre que tu oferta siga en pie, claro —intenté calmar el ambiente de extrema carga sexual que había entre nosotros antes de que nuestra inofensiva cita para tomar un café corriera el riesgo de irse de las manos.

Sorprendentemente, Jameson aceptó mi cambio de tema sin vacilar y me salvó de la quema.

—Por supuesto. ¿Qué tal después del juicio? ¿Cuándo terminarás?

—No debería llevarme más de dos horas.

—Bien. A mí tampoco. Entonces, ¿por qué no quedamos para comer? El que termine primero espera al otro en la cafetería. Conozco un pequeño restaurante italiano no muy lejos de aquí. Podemos comer allí sin reserva.

—Me parece bien —acepté y me levanté—. Gracias.

—De nada —respondió Jameson—. ¿Y Kennedy?

Me detuve y me giré de nuevo hacia él.

—¿Y entonces? ¿Es solo Reagan echándome de menos o también su madre?

Suspiré. Era obvio que no pararía hasta saber mi respuesta. No esperaba otra cosa de Jameson Sharp.

—Posiblemente su madre también. Un poco, al menos —confesé y me apresuré a apartar la mirada para que no notara el delator rubor que se disparaba en mis mejillas cada vez que estaba

en su presencia.

CAPÍTULO 21

Jameson

ME SENTÉ JUNTO a Kennedy en las gradas del gimnasio del instituto, viendo a las chicas del equipo de voleibol luchar por la victoria.

Reagan era claramente una de las mejores jugadoras de su equipo.

No era de extrañar, teniendo en cuenta que llevaba jugando al voley playa en Florida desde que era una niña.

—Bien hecho. Muéstrales, Ronald —grité con entusiasmo cuando Reagan anotó con un potente remate.

Reagan nos sonrió desde la pista y nos saludó alegremente.

—Está muy contenta de que hayas venido —Kennedy miró cariñosamente a su hija y dejó que su sonrisa la contagiara—. Gracias.

—No tienes que darme las gracias. No por esto.

—Sí que tengo que hacerlo. Seguro que tienes mejores cosas que hacer un viernes por la noche que ver el partido de voleibol de una niña de once años.

—En realidad no es tan mundano como lo pintas. Más bien estoy viendo el emocionante y dramático partido de voleibol de una niña de once años en compañía de una chica muy guapa. ¿Qué podría ser mejor?

—Si no supiera ya que eres un abogado inteligente, te reconocería por la palabrería con la que intentas engatusarme —sonrió Kennedy.

—Entonces, ¿funciona mi coqueteo?

Se rio divertida.

—Tú también lo admites.

—¿Por qué negarlo? De todas formas, fiscal, ya me ha descubierto.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo hiciste —dije, bajando la voz a un susurro prometedor—. Sabes que me gustas, aunque no debería. También que quiero acostarme contigo, aunque me hayas rechazado. Varias veces.

El escalofrío que recorrió el cuerpo de Kennedy ante estas palabras no se me escapó.

Tampoco el temblor de sus manos.

No estaba acostumbrado a que una mujer tan hermosa como Kennedy se comportara tan nerviosa en mi presencia.

Como si estuviera completamente desentrenada en el coqueteo. Como si no fuera consciente de su efecto seductor en el sexo opuesto.

Dios sabe que yo no era el único hombre en este salón que estaba interesado en Kennedy. Al contrario. Cuando llegamos, las cabezas de muchos padres se dispararon en su dirección para

evaluarla con miradas apreciativas, a veces hambrientas.

Ella se perdió esto porque estaba centrada únicamente en su hija.

Pero yo no. Me di cuenta y maldije en secreto cada una de las miradas ardientes sobre la belleza rubia.

—Sobre eso… —Kennedy se aclaró la garganta—. ¿Recuerdas lo que me preguntaste la otra noche?

—Te pregunté bastantes cosas —me reí entre dientes—. ¿A qué te refieres?

—A lo que me dijiste cuando te fuiste.

Su referencia me despertó la curiosidad.

—¿Qué fue eso? Por favor, ayúdame a recordarlo —me hice el tonto a propósito.

—Lo sabes muy bien.

—¿Si me acordara, crees que te preguntaría?

—Sí, lo harías. Para ponerme en un aprieto.

—Oye —protesté—, fuiste tú quien sacó el tema.

—Así que sabes muy bien de lo que hablo.

—¿De pensar en ti cuando me estoy masturbando?

Kennedy se mordió el labio inferior ante mis sucias palabras y asintió tímidamente.

—Me preguntaste si pienso en ti cuando... bueno, cuando...

—Cuando te estás acariciando o mimando con tu vibrador —terminé por ella la frase que no pasaba de sus labios.

Kennedy respiró hondo y volvió a asentir.

—Entonces, ¿lo estás haciendo?

—Sí —dejó salir el aire de sus pulmones con un silbido y levantó la cabeza.

Me miró directamente a los ojos. Su mirada excitada y llena de lujuria me dejó sin palabras.

—Sí, estoy pensando en ti.

—Me alegra saberlo —balbuceé—. Muy agradable, de hecho.

—¿Y si no lo dejamos en fantasía mutua?

Tragué saliva. ¿Lo había dicho en serio? ¿Quería decir...? ¿Quería...?

—¿Y si probamos si se siente tan bien en la realidad como en la fantasía?

—¿Me estás diciendo que quieres acostarte conmigo, Kennedy?

Kennedy respiró hondo y me miró firmemente a los ojos.

—Reagan se queda con una de sus compañeras de equipo esta noche. Así que estoy sola en casa. Un lugar libre de tormentas, por así decirlo —me dijo.

—¿Y quieres que vaya a tu casa?

—Sí.

—¿Para acostarme contigo?

—Tenías razón cuando dijiste eso la otra noche. Necesito relajarme. Las últimas semanas han sido una locura para nosotras. La mudanza, el nuevo trabajo, el nuevo colegio de Reagan, el accidente... necesito dejarlo ir cuanto antes. Y de alguna manera mis dispensadores de placer a pilas no están teniendo el efecto deseado. No funcionan muy bien como válvula de escape.

—¿Así que quieres usarme como válvula? —murmuré, aturdido por la lujuria.

Kennedy se humedeció los labios nerviosamente.

—Sí. Siempre que quieras.

—Joder, sí. ¿Cuándo podemos irnos?



Dos horas más tarde, entré en el viejo y acogedor piso detrás de Kennedy y tuve que esforzarme para no caer sobre la despiadada fiscal en el acto.

En lugar de eso, practiqué la paciencia y estudié cuidadosamente cada movimiento de Kennedy.

—¿Te apetece un vaso de vino? —me ofreció.

—Siempre.

Acepté la copa con gratitud y la seguí hasta el salón, donde me senté a su lado en el sofá.

—Así que aquí estamos otra vez… —sonrió tensa.

—Ya estamos aquí otra vez —repetí—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, lo estoy —respondió, dando un generoso sorbo a su copa de vino.

Sacudí la cabeza con una sonrisa y le acaricié la mejilla tranquilizadoramente con el pulgar. Kennedy cerró los ojos ante mi suave contacto y abrió ligeramente sus bonitos y carnosos labios.

Una invitación.

Mi pulgar se deslizó sobre ellos tentadoramente e hizo que Kennedy gimiera suavemente.

Me incliné hacia delante con cuidado y sustituí el pulgar en sus labios por mi boca. Cautelosamente me acerqué a sus dulces labios y esperé hasta que la boca de Kennedy buscó la mía.

Nuestros labios se juntaron suavemente y empezaron a moverse lentamente. Acaricié la cara de Kennedy con mis manos e incliné ligeramente su cabeza. Ella abrió voluntariamente sus labios para mí y permitió que mi lengua entrara.

Rodeé su lengua con la punta de la mía y dejé que mis manos pasaran de su cara a su espalda, acercándola a mí y besándola con más atención.

Aquello me sentó de maravilla. *Kennedy* se sentía muy bien.

Normalmente, mis compañeras y yo íbamos a por todo como gatos salvajes enloquecidos. Rara vez lo hacía despacio y con ternura.

¿Por qué?

Este acto lento con Kennedy me excitaba como loco. Tanto que estaba en peligro de ser víctima de un bloqueo de esperma. Porque la polla palpitante de mis pantalones quería acurrucarse urgentemente en la cueva húmeda y caliente de Kennedy. Pero tenía que ser paciente. Quería tomármelo con calma esta vez.

Cuando finalmente solté a Kennedy, me miró con ojos vidriosos y labios hinchados y sonrió.

—Si hubiera sabido que sólo tendría que besarte para quitarte el miedo escénico, lo habría hecho mucho antes —bromeé, tendiéndole su copa de vino—. Pero en serio, Kennedy. Eres extremadamente sexy y sensual. ¿Por qué eres tan insegura? No hay absolutamente ninguna razón para estarlo.

Ella retorció el tallo de la copa entre los dedos y frunció los labios.

—A diferencia de ti, yo no puedo presumir de una amplia gama de experiencias sexuales.

—¿En lenguaje llano?

—Por lo que deduzco, tienes sexo mucho y a menudo, Jameson. Así que no estoy segura de poder estar a la altura de las mujeres con las que sueles acostarte.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque quizá no soy tan buena y experimentada en la cama como ellas.

—Kennedy —suspiré, apenas capaz de creer las tonterías que estaba oyendo—. ¿Sabes lo

que te gusta en la cama? ¿Tus vibradores te dan orgasmos satisfactorios?

—Sí, lo hacen —asintió.

—Ya está. Entonces no hay por qué preocuparse. Para un hombre es importante que una mujer sepa lo que le gusta. Cuando una mujer disfruta del sexo, automáticamente le da al hombre que monta vuelos de fantasía. Créeme, sé de lo que hablo.

—De acuerdo.

—Eso no suena muy convincente. Levanté una comisura de los labios, divertido, y me puse de pie.

Le tendí la mano a Kennedy invitándola.

Ella frunció el ceño interrogante.

—¿Adónde vas?

—A tu habitación. ¿Vas a enseñarme tu colección de vibradores?

Mi pregunta provocó una sonrisa en su rostro inseguro. Me cogió de la mano y me dejó que la pusiera en pie.

De la mano, entramos en su dormitorio, donde sacó una caja mediana del armario y la colocó sobre la cama.

Cuando quitó la tapa, aspiré con fuerza. Dentro de la caja de color pastel había toda una colección de vibradores de todos los tamaños, formas y colores.

Me quedé mirando asombrada los vibradores y luego a Kennedy.

—¿Qué es esto?

—Pues sí. Cuando dijiste que te lo estabas montando con tu vibrador, no pensé que tuvieras todos los modelos que existen en el planeta. Lo más probable es que tengas más experiencia sexual que yo, fiscal.

—Me gusta experimentar —respondió encogiéndose de hombros.

—Sí —respondí estirándome—, a mí también.

Cogí uno de los vibradores y lo examiné. Era rosa, casi tan largo como mi polla, aunque sólo la mitad de grueso, y tenía un juguetón accesorio en forma de colibrí con un pico fino y puntiagudo que mimaba el clítoris de la mujer además de la estimulación vaginal.

—Uno de mis favoritos —confesó Kennedy y pulsó el botón del mango del vibrador.

La polla rosa empezó a girar y a empujar alternativamente en círculos rítmicos mientras el colibrí picoteaba con su pico en rápidos movimientos.

—Vaya. Ya veo por qué confías en los juguetes de placer a pilas —me reí y apagué el vibrador.

Era perfecto para lo que quería hacer.

Lo coloqué junto a la caja sobre la cama y saqué otro vibrador de la caja. A diferencia de su predecesor, éste era un vibrador puramente clitoriano que sólo estimulaba la perla de la mujer. También lo necesitaríamos.

Lo coloqué junto al primer vibrador y me giré hacia Kennedy.

—Teniendo en cuenta tu considerable colección de juguetes sexuales, ¿aún me quieres como válvula de escape?

Sonrió y me dio un beso.

—Sí —susurró—, quiero.

—Muy bien, entonces.

La dirigí hacia el espejo del dormitorio, del suelo al techo, para que pudiera verse en él. Luego me coloqué detrás de ella y le bajé la cremallera de la ajustada falda lápiz que me estaba volviendo loco desde el torneo de voleibol.

Cayó al suelo con un crujido. Dejó al descubierto una tanga finísima de satén negro.

—Hostia puta —maldije y aspiré otra vez con fuerza.

Con devoción pasé las manos por las nalgas redondas y desnudas de Kennedy y las agarré con avidez.

Cachondo.

Muy cachondo.

Una mirada al espejo fue suficiente para saber cuánto estaba disfrutando de este erótico masaje en el culo. Su respiración era superficial y rápida. Sus ojos brillaban de lujuria.

Todo en ella gritaba sexo.

Y muy bien.

Finalmente se relajó y se dejó llevar.

Le saqué la blusa por la cabeza y la tiré descuidadamente a un lado.

Ahora Kennedy estaba de pie delante de mí en un tanga diminuto, un sujetador casi transparente y unos tacones seductoramente altos.

La perfección de todos los sueños masculinos.

Deshice su apretado moño para que su largo cabello rubio cayera sobre sus hombros en suaves ondas.

Sólo las grandes tiritas recordaban su accidente. Sin embargo, la mayoría de las heridas ya estaban bien curadas.

—Mírate, Kennedy. Mírate —le murmuré al oído.

Le desabroché el sujetador y le bajé los tirantes por los brazos. Casi en silencio, cayó al suelo. Dos preciosos y firmes pechos con pezones duros y erectos quedaron al descubierto.

Deslicé mis manos por sus costillas hasta sus pechos y los agarré con reverencia. Kennedy y yo soltamos un gemido placentero ante este contacto celestial.

Agarré sus pechos con sensibilidad y luego rodeé sus erectos y rojos pezones con mis dedos índices.

Kennedy echó la cabeza hacia atrás para que cayera sobre mi pecho. Me incliné hacia su oído y le susurré con urgencia: —mira, Kennedy. Mírate en el espejo. Quiero que veas lo sexy que eres y lo cachondo que me pones.

Respirando agitadamente, Kennedy obedeció mi orden y abrió los ojos, revoloteando. Siguió los movimientos de mis dedos índices, que seguían rodeando lentamente sus pezones. Al cabo de un rato, llevé una mano a su cuello y la agarré. Mi otra mano bajó decidida por su vientre hasta las regiones meridionales.

Me deslicé por la cintura de su tanga y deslicé mi mano entre las piernas de Kennedy.

—Ahhh sí —Kennedy gimió de agonía y abrió las piernas para mí.

Palpé su pequeña abertura e introduje dos dedos en su interior. Mojada, goteando y lista, su caliente estrechez me recibió.

Kennedy estaba caliente. Caliente para mí. Deseosa de que la follara.

Moví mis dedos lentamente dentro de su coño mientras bajaba mi boca a su cuello y lo mordía burlonamente.

Los gemidos de Kennedy se hicieron más fuertes. Más exigentes. Más codiciosos.

—Quítate las bragas —le ordené— pero déjate los zapatos puestos.

Kennedy se quitó el tanga con tanta prisa que cayó por un pelo.

Me reí suavemente y la recompensé con un profuso beso, que ella devolvió con más valentía que media hora antes.

Cuando Kennedy trató de moverse hacia la cama conmigo, negué con la cabeza y la coloqué

de nuevo frente al espejo.

—Todavía no, nena. Más tarde.

Caminé solo hacia la cama y cogí el vibrador rosa. Con una sonrisa diabólica, lo encendí.

Cuando Kennedy oyó el zumbido, miró por encima del hombro con expectación y se lamió los labios secos.

Me coloqué detrás de ella y le separé los labios vaginales con una mano. Luego dejé que el pico del colibrí picoteador masajease su pequeña perla. Kennedy jadeaba con fuerza y se retorcía bajo el afecto del dispensador de placer a pilas. Se echó la mano a la espalda y enterró los dedos en mi pelo, arañándolo.

—Tranquila, cariño. Relájate.

Introduje con cuidado la polla de goma rosa en su apretado agujero y fui recompensado con un grito agudo. Con una mano dirigí el vibrador giratorio, que le proporcionó el doble de placer. Con la otra mano, me turné para masajear los bonitos pechos de Kennedy.

—¿Te gusta? —le susurré al oído y juguetonamente le mordí el lóbulo de la oreja.

—Dios, sí —gimió, estirando y girando la pelvis.

—Si guías el vibrador, podré cuidar mejor de tus dulces pechos. ¿Es eso lo que quieres?

La mano de Kennedy se deslizó hasta la mía y se colocó encima de ella para recibir de mí el vibrador, que introdujo en su interior de forma practicada.

Agarré sus dos pechos y empecé a rodear sus pezones.

—Mira esto, Kennedy. Míranos —la amonesté.

Su lujuriosa mirada se cruzó con la mía y nos hizo estremecer a los dos.

A diferencia de Kennedy, yo seguía completamente vestido.

Ya era hora de cambiar eso. Porque mi polla palpitaba dolorosamente en mis pantalones, suplicando que la dejara salir. Pero tendría que ser paciente. Porque primero le daría a Kennedy un orgasmo.

A juzgar por su respiración superficial e irregular, no le faltaba mucho.

Bajé la boca hasta su cuello y empecé a cubrirlo de besos apasionados.

—Estás tan increíblemente caliente, nena —murmuré entre mis besos—. Me excita tanto la forma en que te follas y no puedo esperar a estar dentro de ti.

—Bésame —murmuró Kennedy con voz ronca, girando la cabeza hacia mí.

Mordí suavemente su labio inferior y coloqué mis labios sobre los suyos. La lengua de Kennedy exigió inequívocamente entrar en mi boca. Se la concedí mientras seguía acariciando los pechos de Kennedy con sensibilidad.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kennedy, seguido de un largo y obsceno gemido.

Mi despiadada fiscal llegó al clímax mientras me besaba hambrienta mientras se daba placer a sí misma con su juguete.

Joder, estaba tan cachondo que en cuanto el orgasmo de Kennedy se calmó, literalmente me arranqué los pantalones y los tiré descuidadamente a un rincón. Mi camisa siguió inmediatamente después. Me importaba una mierda que los botones se rompieran y dejé la camisa completamente inservible.

—¡Mierda! Los condones.

Busqué a tientas los pantalones y me apresuré a sacar un condón del bolso para ponérmelo.

Kennedy se tambaleó hacia la cama, pero de nuevo la detuve.

—Todavía no, nena.

La dirigí de nuevo hacia el espejo y cogí el segundo vibrador.

—Ahora vamos a repetir todo de nuevo. Sólo que esta vez mi polla sustituirá a tu polla de

goma rosa. Veamos quién de los dos lo hace mejor —susurré y encendí el vibrador del clítoris—. Después de todo, yo también tengo mi orgullo.

Kennedy sonrió con incredulidad y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sólo estoy mirando al hombre que me traje a casa.

—¿Y qué piensas?

—Estoy pensando que realmente quiero montarlo.

Tragué duro ante el anuncio de Kennedy y luché visiblemente por mantenerme firme en no acceder inmediatamente a su petición.

—Date la vuelta, cariño. Abre las piernas para mí —gruñí y coloqué mi polla entre sus muslos.

Le masajeé el clítoris con el pequeño vibrador y esperé a que se retorciera impaciente bajo sus caricias.

—Parece que estás lista para mi polla —murmuré, embriagado de lujuria y anticipación.

—Dámela, Jameson —jadeó—, dame tu polla. Quiero sentirla dentro de mí.

No hizo falta más que esa petición. Deslicé mi punta en su tentador orificio y empecé a abrirme camino en su fantástico coño poco a poco.

En comparación con el vibrador rosa, mi polla tardó mucho más en hundirse por completo en su interior. No era para menos. Kennedy tenía fácilmente el doble de ancho para acomodarla.

Su centro apretado y húmedo envolvió mi polla como un guante de terciopelo. La apretó. La ordeñó. La chupó.

Como Kennedy aún llevaba sus tacones altos, pude empujarla sin esfuerzo. Ni siquiera tuve que doblar las rodillas.

—¿Cómo te sientes? —murmuré sin aliento—. ¿Está bien para desconectar?

—Sí —jadeó y se acercó a mí con las caderas— un desahogo perfecto.

Dejé el vibrador y lo tiré detrás de mí en la cama. En su lugar, ahora usaba mis dedos para frotar la perla hinchada de Kennedy mientras metía más mi polla dentro de ella.

Esta posición no permitía ningún empuje duro y firme. Al contrario. Ligeros y rápidos empujones dominaban esta íntima unión en la que abrazaba todo el cuerpo de Kennedy con el mío.

Empujando en el ángulo correcto, conseguí frotar el *punto G* de Kennedy y llevarla al borde del orgasmo en un abrir y cerrar de ojos. Y yo con ella.

Cerré los ojos y me entregué por completo a mis sentimientos desbordantes, que señalaban un clímax hirviente en lo más profundo de mí.

—¿Estás lista para despegar juntos, nena?

CAPÍTULO 22

Kennedy

LA VISIÓN de Jameson sosteniéndome entre sus musculosos brazos mientras me frotaba incesantemente el *punto G* con su hábil polla y simultáneamente me acariciaba el clítoris con los dedos me hizo olvidarme de respirar.

Mi cabeza pitaba y zumbaba como loca. A pesar de ello, podía oír los excitados jadeos de Jameson en mi oído, que me provocaban un escalofrío tras otro.

Levanté los ojos y me miré en el espejo que teníamos delante. Lo que vi me llevó finalmente al umbral de mi segundo orgasmo, mucho más potente.

Detrás de mí estaba aquel hombre prohibitivamente guapo que me tomaba con devoción y persistencia, al tiempo que me acariciaba y besaba el cuello como si yo fuera la criatura más deseable del planeta.

Mientras ambos estábamos completamente desnudos uno detrás del otro, yo abrí ligeramente las piernas para él. Sus hábiles dedos se movían a un ritmo suave sobre mi pubis, mientras su pelvis golpeaba mi trasero con cada embestida.

Jameson parecía enloquecido. Disfrutaba penetrándome al máximo y apoderándose de mi cuerpo. Sus besos me estremecían. Conquistó mi cuello, mordiendo, lamiendo y besando alternativamente. No tenía ni idea de que el cuello de una mujer pudiera ser tan receptivo a los afectos de un macho alfa salvaje.

Pero ahora que lo sabía, era adicta.

Adicta a más.

Adicta a Jameson.

Giré la cabeza hacia un lado y busqué sus labios, implorante. Lo necesitaba para este último y pequeño paso.

Quería despegar con él. Juntos.

Jameson mantenía los ojos cerrados. La expresión de su rostro era una mezcla de agonía, placer y deseo.

—Bésame —susurré, buscando sus labios con los míos—. Por favor.

—¿Estás lista para despegar juntos, nena? —susurró con voz ronca.

—Sí. Sí, lo estoy.

Selló mis labios con los suyos y cuando su lengua se encontró con la mía, despegamos juntos hacia esferas desconocidas de un mundo desconocido.



—¿Quién ha ganado? ¿Tu vibrador o yo? —murmuró Jameson cansado, enterrando la cara en mi pelo mientras se tumbaba a mi lado en la cama un cuarto de hora después y nuestros latidos volvían a calmarse lentamente.

—Tendré que probar tu polla unas cuantas veces más antes de poder emitir un juicio significativo. Después de todo, sé lo que me espera con mi vibrador pero, ¿quién puede decir que tu polla no ha dado un golpe al azar?

—Incluso en la cama, juegas a la fiscal agresiva. Es jodidamente sexy —gruñó Jameson y bajó la boca hasta mi pezón izquierdo para chuparlo burlonamente—. Hmmm. Delicioso.

Me pasé los dedos por el pelo y arqueé la espalda, estirándome hacia él.

No sé cuándo fue la última vez que me mimaron así. Posiblemente nunca.

Jameson conocía su oficio. De eso no cabía duda.

Sabía exactamente cómo tocarme y dónde. Sus caricias cubrían mi cuerpo con la cantidad perfecta de presión y velocidad. Jameson parecía sentir instintivamente la rapidez con la que debía penetrarme y la fuerza con la que debía frotar mi clítoris.

Era innegable que este hombre tenía mucha experiencia sexual.

Me sentí aún más aliviada al darme cuenta de que ese mismo hombre de ensueño estaba dormitando a mi lado, con cara de felicidad y satisfacción.

Su mano acariciaba perezosamente mi vientre desnudo, mientras Jameson miraba pensativo al techo y parecía estar a kilómetros de distancia con sus pensamientos.

—¿Pasa algo? —me atreví a decir.

Jameson apartó la mirada del techo y me dio una sonrisa pícara y juvenil que hizo que mi corazón dejara de latir por un momento.

—¿Qué te pasa?

—Pareces ausente. ¿Te preocupa algo?

—En efecto —respondió Jameson, deslizando su mano entre mis muslos—. Me pregunto adónde iremos después de esta noche, Kennedy.

Su inesperada pregunta ahuyentó el cansancio que se había apoderado de mí tras dos orgasmos fenomenales y, en su lugar, me hizo sentir completamente despierta.

—No hace falta que te pongas rígida, Kennedy. Vamos, déjame meter mis dedos entre tus piernas otra vez.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron instintivamente ante la pregunta de Jameson. Respiré hondo y me relajé, permitiendo que la mano de Jameson accediera de nuevo a mi centro de placer.

Rodeó con delicadeza mi hinchada entrada y se aseguró de que el dulce placer volviera a surgir en mi interior.

Al mismo tiempo, sin embargo, se aseguró de que no pudiera concentrarme. Que no pudiera pensar en su pregunta con seriedad y darle una respuesta objetiva.

—¿Por qué me preguntas eso? —le dije con dificultad mientras me penetraba lentamente con un dedo.

—Porque quiero saber lo que quieres. Lo que necesitas.

—No quiero salir con nadie —suspiré mientras Jameson se ponía encima de mí y empezaba a besarme.

—¿Entonces no quieres una relación? —sondeó.

—No. Demasiado complicado. Demasiado tiempo.

—Vale —refunfuñó, deslizándose dentro de mí con un jadeo ahogado—. Entonces, ¿qué? ¿Sexo? ¿Una aventura? ¿O es algo aislado? —preguntó, respirando agitadamente.

Nos dio la vuelta para que yo me tumbara encima de él. Sabía exactamente lo que pretendía. Quería que lo montara. Que pusiera en práctica mi anterior anuncio. Y que no me tensara durante nuestra conversación sobre el futuro. Que me dejara llevar. Que siguiera mis sentimientos en lugar de dejar que mi mente me guiara.

—No es tan simple. No quiero que Reagan nos vea juntos en el piso y saque conclusiones equivocadas. Le caes bien. Y no quiero que piense que somos pareja cuando en realidad sólo estamos follando. No lo entendería.

Jameson gimió suavemente cuando empecé a cabalgarlo lascivamente. Pasó el brazo por detrás de la cabeza para reconocer mejor nuestra íntima conexión.

—Tampoco puedo pasar la noche en tu casa. Reagan es demasiado pequeña para quedarse sola toda la noche. Así que creo que tener una aventura conmigo sería más complicado de lo que imaginas.

—Podríamos vernos durante el día —sugirió Jameson con voz entrecortada—. Durante la comida, o cuando Reagan se quede a dormir otra vez con una amiga.

Cambié de peso y me incliné hacia Jameson.

—Suelo trabajar durante la comida para poder recoger a Reagan del colegio a tiempo. Y que se quede a dormir en casa de una amiga es una excepción. Así que no lo compliquemos innecesariamente y disfrutemos del tiempo que tenemos esta noche.

CAPÍTULO 23

Jameson

ESTABA SENTADO en mi despacho con Damian y Landon, discutiendo un caso en curso, cuando empezó a sonar mi teléfono móvil.

Instintivamente quise rechazar la llamada para no ser molestado durante nuestra importante conversación, pero el nombre que aparecía en la pantalla me hizo reflexionar.

Kennedy Duran.

Desde nuestra calurosa noche de insomnio de hacía quince días, apenas nos habíamos cruzado. Nos vimos una o dos veces en el juzgado, pero trabajábamos en casos distintos.

Por un lado, me alegré de que no tuviéramos que volver a vernos las caras en el tribunal. Por otro lado, me hubiera gustado ver a Kennedy y pasar tiempo con ella, aunque fuera de una forma tan incómoda como estar en contra de ella en algún caso.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a coger la llamada o no, colega? —la voz de Landon irrumpió en mis pensamientos alterados.

Sin embargo, antes de contestar, la llamada terminó.

Y una mierda.

—Le llamaré más tarde —informé a mis dos socios del bufete y volví a dejar el móvil sobre la mesa—. ¿Dónde estábamos?

—Estábamos hablando de… —empezó Damian, cuando le interrumpió el timbre del teléfono de mi despacho.

Landon rio divertido.

—Estás muy solicitado, amigo.

Fruncí el ceño ante el desconocido que llamaba.

Mi asistente sabía que no debía atender llamadas durante mis reuniones a menos que fuera una emergencia. Así que esta llamada o bien tenía que ser una emergencia o la persona que llamaba conocía mi extensión directa.

—Jameson Sharp —anuncié con suspicacia.

—Hola, Jameson. Soy Kennedy. ¿Interrumpo algo?

—Kennedy, hola —exclamé sorprendido—. No estás interrumpiendo, no.

Damian y Landon intercambiaron una mirada significativa y cruzaron los brazos delante del pecho, sonriendo.

Me había olvidado completamente de ellos al oír la dulce voz de Kennedy.

Caray.

Les hice un gesto con la mano para que salieran de mi despacho, pero se limitaron a negar con la cabeza y a quedarse sentados, con una amplia sonrisa.

Completos *idiotas*.

—¿Cómo estáis Reagan y tú? ¿Todo bien?

—Sí. Sí, gracias —se apresuró a decir Kennedy—. ¿Y tú?

—Yo también estoy bien. Mucho trabajo, pero ya sabes cómo es.

Landon se inclinó hacia mi escritorio y pulsó el botón del altavoz.

Le di una palmada en los dedos y volví a apagarlo. Pero Landon no se dio por vencido y repitió su descarado intento de escuchar a escondidas.

Puse los ojos en blanco, molesto, y le enseñé el dedo corazón.

—Bueno, la cosa es así. Mi padre celebra su sesenta cumpleaños el próximo fin de semana. No sé si lo he mencionado en alguna de nuestras conversaciones, pero es el Fiscal General de Florida...

Los ojos de Damian y Landon se abrieron de golpe ante la confesión de Kennedy.

—¿De verdad acaba de decir que su padre es el fiscal general de Florida? —siseó Damian con incredulidad.

Le dirigí una mirada de advertencia y me acerqué el teléfono a la oreja.

—Debes haber olvidado mencionar ese pequeño detalle, Kennedy.

—¿En serio? Bueno, digámoslo así: tengo mis razones.

—¿Y cuáles son esas razones?

—Explicártelo ahora iría más allá del alcance de esta llamada —dijo ella—. Por lo que te llamo en realidad: mi padre va a dar una gran fiesta en honor de su cumpleaños, a la que han sido invitados altos funcionarios del Gobierno, influyentes hombres de negocios e importantes representantes legales del país. Pensé que podría ser una buena oportunidad para que socializaras y quería preguntarte si querías venir.

Evité mirar a Damian y Landon. Porque podía visualizar sus grandes sonrisas.

—Es una gran oferta. No todos los días te invitan a la fiesta de cumpleaños del Fiscal General de Florida.

—¿Así que vienes?

—¿Dónde se celebra la fiesta?

—En Florida. En la isla de Sanibel. El próximo sábado.

—¿Reagan y tú ya reservaron sus vuelos?

—Sí.

—Envíame los detalles, por favor. Me reservaré un billete en el mismo vuelo.

—De acuerdo, lo haré.

Había un alivio inconfundible en la voz de Kennedy. Obviamente esta llamada no había sido fácil para ella.

—Debería volver al trabajo —se despidió. Extrañamente, sin embargo, el tono de su voz daba la impresión de que quería hacer exactamente lo contrario. Como si quisiera continuar nuestra conversación. Como si tuviera algo en la cabeza que contarme.

—¿Estás segura de que todo está bien, Kennedy?

—Claro. Totalmente —dijo, un poco demasiado apresuradamente para mi gusto.

—Muy bien, entonces te dejaré ir. ¿Y Kennedy?

—¿Sí?

—Estoy deseando ir a Florida.

Colgué y miré las caras perplejas de Landon y Damian.

—¿Qué? —refunfuñé indignado.

—¿Queremos hablar del hecho de que Kennedy Duran es la hija del fiscal general de Florida? —Damian dejó escapar un silbido de admiración.

—No tenía ni idea —suspiré—, pero el apellido del fiscal general de Florida no es *Duran*, ¿verdad?

Busqué en Google el nombre de dicho Fiscal General en mi ordenador y giré el monitor triunfalmente hacia Damian y Landon.

—Shawn *Taylor*. Eso es lo que he dicho.

Damian frunció el ceño.

—¿Has investigado los antecedentes de la fiscal? ¿Le abriste un expediente?

—No —respondí de mala gana—. Hasta ahora no. Pero por lo visto debería hacerlo cuanto antes.

—¿Por qué lo haces sólo ahora, si no te importa que pregunte? ¿No estás siempre espiando a tus oponentes y buscando meticulosamente los puntos débiles?

Me quedé en silencio y reflexioné sobre la pregunta de Damian. Tenía razón. Toda la razón. Mi comportamiento con Kennedy no era el habitual. A diferencia de mis otros oponentes, no la examiné. Estuve tan ocupado pensando en ella y en nuestra noche juntos que me olvidé por completo de mi perspicacia de abogado.

—Te fuiste a la cama con ella, ¿verdad? Lo hicisteis juntos. No tiene sentido negarlo, Jameson. Puedo verlo en tu cara —Landon también contribuyó a nuestra conversación.

—En ese caso, no tengo nada más que decir.

—¡Tío, no puedes hablar en serio! ¿Te tiraste a la *fiscal*? ¿Cómo fue? —quiso saber Landon —. ¿Cómo fue el sexo con la madre buenorra?

—Landon… —gimió Damian.

—¿Cómo qué? Normalmente se mete en la cama con bailarinas sexys, modelos sexys y actrices guapas. Las madres solteras que también son fiscales e hijas del Ministro de Justicia y que le toman el pelo en los tribunales, simplemente no encajan en el molde.

—Tuvimos un rollo de una noche, ¿vale? *Una* noche juntos. Nada más.

Me froté las sienes con fastidio y esperé que los dos dejaran el tema cuanto antes. Pero, por supuesto, no me hicieron ese favor.

—¿Cuándo fue eso? —sondeó Landon.

—Hace poco más de quince días.

—¿Y por qué se quedó en un rollo de una noche? —quiso saber Damian.

—Como nuestro estimado amigo Landon reconoció correctamente, Kennedy Duran no sólo es una fiscal muy ocupada, sino también madre soltera de una hija pequeña. Compaginar el trabajo, una hija y una vida amorosa es complicado. Hay poco tiempo y, por tanto, pocas oportunidades de verse.

Landon cruzó las piernas con una sonrisa sucia.

—Afortunadamente, eso va a cambiar ahora.

—¿Por qué?

—Porque vais a viajar juntos a Florida. Sol, mar y alcohol. Eso es garantía de sexo caliente. Confía en mí, amigo.

—Aceptaste ir a Florida muy rápido, Jameson —intervino Damian, escrutándome pensativo.

—¿Quién no lo habría hecho? Sabes que los contactos lo son todo en nuestro trabajo. Esta fiesta de cumpleaños es una oportunidad brillante para ampliar nuestra red de contactos y conseguir clientes influyentes.

—Por supuesto. Estoy de acuerdo contigo. Definitivamente deberías volar hasta allí y estrechar manos. ¿Pero estás seguro de que es la única razón por la que aceptaste ir tan rápido?

—¿Por qué otra razón? —Puse los ojos en blanco, molesto.

—No puedo evitar la sensación de que hay algo más en todo esto de lo que dices, Jameson.

—¡Y una mierda!

—Lo dices porque a lo mejor ni tú mismo te das cuenta. Todavía no. Así que vuela a Florida y averígualo. Y ahora sigamos con nuestra discusión. ¿Dónde estábamos?

CAPÍTULO 24

Kennedy

REAGAN y yo estábamos en la cola de facturación del aeropuerto de La Guardia de Nueva York, esperando pacientemente a que la multitud se moviera hacia el mostrador de facturación.

Me concentré en el parloteo de Reagan sobre su día e intenté no pensar en el hecho de que Jameson nos acompañaría en nuestro viaje a Florida.

Habían pasado más de tres semanas desde nuestra noche juntos. Sin embargo, aún podía sentir cada una de sus caricias en mi cuerpo con la misma claridad que si hubiera sido ayer.

Aunque mi trabajo y Reagan me mantenían muy ocupada, también me alejé deliberadamente de Jameson porque los sentimientos que despertaba en mí me confundían profundamente. No dejaba de soñar despierta con él como protagonista. Sentía un extraño tirón en el pecho cuando me quedaba sola en la cama por la noche y recordaba nuestra noche juntos. Y me preguntaba qué estaría haciendo con demasiada frecuencia para mi gusto. Y con quién.

Desde entonces, nos cruzamos algunas veces en el juzgado, pero ninguno de los dos tuvo tiempo más que para un saludo fugaz. Ni el valor. Al menos esto último se aplicaba a mí. No podía saber qué pasaba con Jameson.

Supuse que esas aventuras de una noche formaban parte de su rutina diaria y que no les daba mucha importancia. Para mí, sin embargo, eran una rareza. En Florida, casi todo el mundo conocía a mi padre y, por tanto, también a su hija. Como hija del Ministro de Justicia, no podía permitirme ningún escándalo. Ser fotografiada en bares y clubes, por no hablar de enrollarme con un chico, ya contaba como escándalo para mi padre. Además, yo era responsable de Reagan y bajo ningún concepto quería molestarla e inquietarla con conocidos masculinos cambiantes.

Aparte de eso, yo no era realmente del tipo de las aventuras rápidas y calientes.

Bueno, al menos *ya* no.

Para ser precisos, no desde...

—Ahí están mis dos presidentas —la voz profunda y masculina de Jameson sonó detrás de nosotros, siempre con una pizca de sarcasmo—. Hola Ronald. ¿Qué tal?

Reagan soltó una risita feliz y saltó del carrito del equipaje para dejar que Jameson la cogiera en brazos.

Suspiré para mis adentros. Cómo me gustaría poder hacer exactamente lo mismo ahora.

Como si Jameson hubiera leído mis pensamientos, se acercó a mí y me estrechó en un abrazo íntimo. Me pasó discretamente la nariz por el cuello y enterró la cara en mi pelo.

—Hola fiscal. Te he echado de menos —susurró, rozando con sus labios la comisura derecha de mi boca.

Carraspeé y me aferré al carrito del equipaje, intentando no perder el equilibrio al oír la voz áspera de Jameson, su gesto tierno y el tentador aroma a iris, almizcle e incienso.

—Hola —sonreí—. La facturación de la clase Business está allí. No tienes que hacer cola aquí con nosotras —señalé la larga cola con la barbilla—. Eso podría llevar un rato.

—Yo vuelo en clase turista —me informó Jameson como algo natural y cargó su maleta en nuestro carrito de equipaje.

—¿Por qué? —pregunté asombrada.

Jameson Sharp tenía sin duda suficiente dinero para volar en primera clase sin problemas. ¿Por qué demonios iba a sentarse en clase turista con los simples mortales?

—Porque *tú* vuelas en clase turista. Uno pensaría que la hija y la nieta del fiscal general de Florida volarían al menos en clase preferente, pero nunca dejas de sorprenderme.

Apreté los labios y agarré con fuerza el asa del carrito de equipaje.

—Me gusta valerme por mí misma.

—Eso pensaba yo. Me das la impresión de ser una mujer que prefiere vivir independiente y por su cuenta a que la mantenga su padre rico. Lo respeto. Y como realmente quiero averiguar más cosas sobre esta misteriosa mujer, voy a sentarme con ella y su hija en clase turista en lugar de sorber champán solo en clase preferente.

Jameson puso sus manos sobre las mías y me hizo un gesto para que le dejara el carrito del equipaje. Reagan, mientras tanto, volvió a subirse al carro de equipajes y entabló conversación con Jameson sobre el último libro que estaba leyendo en el colegio, que era un relato simplificado del *Viernes Negro*, posiblemente el desplome bursátil más espectacular.

Nunca dejó de sorprenderme la curiosidad con la que mi ratoncita se lanzaba a todo tipo de temas. Nunca se conformaba con una respuesta a medias. Siempre indagaba más, cuestionaba críticamente y se formaba su propia opinión. A veces esto me costaba muchos nervios, paciencia y esfuerzo. Pero en secreto, la perspicacia y perseverancia de Reagan me enorgullecían.

Cuando por fin llegamos al mostrador de equipajes, Jameson pidió con toda naturalidad tres asientos en la misma fila y chocó los cinco felizmente con Reagan cuando el empleado del mostrador accedió a su encantadora petición sin dudarlo.



Cuando tomamos asiento en el avión, Reagan se aseguró el asiento de la ventanilla y poco después del despegue se puso los auriculares para disfrutar de la vista por encima de las nubes con la música de su grupo favorito.

Jameson estaba sentado en el pasillo. Giró la cabeza hacia mí y me sonrió despreocupado.

—¿Seguro que a tu padre no le importará que me quede contigo? Puedo coger una habitación de hotel.

—No, no —sacudí la cabeza apresuradamente—, está bien y ya está acordado con él.

Jameson obviamente había leído sobre mi conservador padre, porque frunció el ceño con escepticismo.

—¿Puedo preguntarte qué le has dicho?

Me estremecí interiormente ante la pregunta y me pregunté si podría evitar responder fingiendo que tenía que ir al baño. Simplemente me encerraría allí hasta aterrizar y retrasaría lo inevitable unas horas más.

Miré a mi alrededor y vi a los miembros de la tripulación que habían empezado a distribuir comida y bebida en la cabina. Con sus carritos de servicio, estaban bloqueando el paso al baño.

Qué fastidio.

Lo único que podía hacer era el *plan B*: hacerse la tonta.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien, Kennedy. ¿Quién le dijiste a tu padre que era yo? No tu rollo de una noche, ¿verdad?

—Bueno, ya sabes —tartamudeé tímidamente— puede que haya un pequeño detalle que aún no te he contado.

Jameson cruzó los brazos delante del pecho y me quemó literalmente con su mirada penetrante.

—¿Más pequeño o más grande que el pequeño detalle de que eres la hija del Fiscal General de Florida?

—Más o menos del mismo tamaño —chisté.

—¿Y entonces?

Me desplacé de un lado a otro en mi asiento, intentando expresar con palabras lo que le había espetado a mi padre en el calor del momento. Una mentira que ahora tenía que mantener a toda costa. Una mentira cuyo principal componente era Jameson. Excepto que él no lo sabía.

Hasta ahora.

—Le dije a mi padre que estábamos juntos. Cree que tú y yo somos pareja.

CAPÍTULO 25

Jameson

KENNEDY ESCONDIÓ SU BONITA CARA, sonrojada por la vergüenza, detrás de las manos y evitó mirarme.

Me quedé mirándola, perplejo, sin saber qué decir ante aquella confesión y mucho menos qué pensar de ella.

—Tú misma me dejaste muy claro durante nuestra noche juntos que no estás interesada en una relación, Kennedy. Así que, por el amor de Dios, ¿por qué me presentas a tu padre como tu novio?

—Lo sé —respondió ella mansamente—. Y lo que te he dicho es verdad. Realmente no quiero una relación.

—¿Entonces por qué la mentira?

—Es complicado, Jameson.

—Tal y como yo lo veo, los tres estamos atrapados en esta lata durante un tiempo todavía. ¿A qué estás esperando? Empieza a hablar.

Suspiró rendida y luego se aseguró de que Reagan seguía con los auriculares puestos y no podía oír nuestra conversación.

—Mi padre y yo no nos llevamos muy bien. Siempre pensó que no tenía mi vida bajo control: que no me esforzaba lo suficiente, que no estaba realizando mi potencial, que pisoteaba sus valores y que era una amarga decepción como hija.

—¿Qué demonios le hace pensar eso? —resoplé indignado e instintivamente puse mi mano sobre la de Kennedy.

—No está del todo equivocado, Jameson. En mi último año de instituto, conseguí una beca en la Universidad de Columbia, en Nueva York, para estudiar Derecho. Pero entonces me quedé embarazada sin planearlo y tuve que cancelar la plaza. En su lugar, estudié en una pequeña universidad de Florida, cuyo plan de estudios menos exigente me permitía criar a una hija al mismo tiempo.

—¿Y qué? Has hecho un trabajo maravilloso, si me permites decirlo. Has criado a una hija maravillosa *y* te has convertido en fiscal en Nueva York. ¿Quién necesita Columbia?

Kennedy sonrió tristemente y me apretó la mano.

—Es muy amable por tu parte decir eso pero ambos sabemos que ir a Columbia me habría llevado mucho más lejos mucho más rápido.

—Tal vez. Puede que no. Sigo sin entender qué tiene que ver tu pasado con que me presentaras a tu padre como tu novio.

—Mi padre nunca pierde la oportunidad de decirme que Reagan necesita una figura paterna en su vida y que, como mujer casada, yo daría una imagen mucho más respetable y presentable

que una madre soltera. Cuando vivíamos en Florida, intentaba constantemente emparejarme con hombres que él consideraba apropiados. Esa fue una de las razones por las que huimos de Florida.

—¿Y temías que volviera a intentar emparejarte con alguien apropiado en su fiesta de cumpleaños?

—Peor. No lo ha ocultado en absoluto. Realmente quiere que Reagan y yo volvamos a Florida. No entiende que tenemos que vivir nuestras propias vidas. Fuera de su control. Lejos de su influencia política.

Kennedy cerró las manos en puños y torció sus bonitos y carnosos labios en una fina línea.

—Siento haberte metido en esto. Cuando mi padre dijo que yo no sería capaz de encontrar un hombre cariñoso capaz de cuidar de Reagan y de mí, me enfadé terriblemente.

—Entonces pensaste que le demostrarías que estaba equivocado llevándome a Florida como tu falso novio. Parece que te he subestimado por completo, fiscal. Realmente eres una todoterreno. Dura, calculadora y diabólicamente malvada. Eso es realmente sexy.

Kennedy ignoró mi último comentario burlón. Se pasó el pelo por detrás de las orejas y se giró hacia mí con pesar.

—En realidad no soy así. Tendrás que creerme. Pero mi padre saca lo peor de mí. Eso no es una excusa. Después de todo, la mentira vino de mí. Me dejé tentar. Así que si no quieres entrar en el juego, lo entiendo.

—Quiero. Si eso significa que puedo dormir en una habitación contigo y besarte y tocarte, entonces estoy feliz de seguir el juego pero lo que me preocupa es Reagan. ¿Cómo vas a explicarle que nuestra relación no es real?

Kennedy miró a su hija y acarició su larga melena rubia, ensimismada.

—Sí, esa es en realidad la pregunta clave. No quiero hacerle daño —suspiró.

—Está bien. Es lo que hay. Atengámonos a la verdad: nos conocimos en el juzgado, nos hicimos íntimos y llevamos viéndonos unas semanas. Nos gustamos y ya veremos adónde nos lleva el viaje. Al menos en lo que a mí respecta, todo eso es en gran medida cierto. Así que no tendríamos que mentir a tu padre o a Reagan con esta historia.

—El hecho de que no tengo tiempo para una relación no ha cambiado, Jameson. Y creo que tú sientes lo mismo. ¿O me equivoco con esa suposición?

—No te preocupes por eso, Kennedy. *La vida escribe sus propias historias, estés o no de acuerdo con ellas.* Por ahora, concentrémonos en el fin de semana en Florida. *Ya veremos qué pasa después.*

Acepté agradecido la botella de agua que me tendió la azafata y la vacié casi por completo de un trago.

¿De qué estaba hablando?

¿La vida escribe sus propias historias? ¿Veremos a dónde nos lleva el viaje?

¿Qué demonios?

Por principios, yo no me comprometía con nadie. Me gustaba la variedad. Poder hacer lo que quisiera, cuando quisiera y con quien quisiera.

No era cuestión de comprometerme con una sola mujer.

Sin embargo, sentado en la incómoda clase turista de aquel atestado vuelo nacional, acababa de aceptar fingir que Kennedy y yo estábamos en las primeras fases de una relación comprometida.

No sabía si reírme o llorar.

Tampoco sabía por qué acepté ese loco plan.

Tal vez porque podía entender lo agotador y estresante que era tener unos padres que te regañaban constantemente y cuyas expectativas nunca cumplías.

O porque secretamente admiraba la astucia con la que Kennedy procedió.

O tal vez porque ella y Reagan me caían muy bien y quería estar a su lado cuando me necesitaran.

Me recosté en el asiento y traté de comprender en qué me había metido. Y, sobre todo, por qué secretamente no podía esperar a bajarme por fin de este avión y hacer de novio de Kennedy durante un fin de semana.

CAPÍTULO 26

Kennedy

ATERRIZAMOS a tiempo en el *Aeropuerto Internacional del Suroeste de Florida*, en Fort Myers, donde poco después recogimos nuestro coche de alquiler.

Por supuesto, mi padre nos habría enviado un coche, pero yo quería mantener mi independencia por si todo en casa se me iba de las manos y necesitaba urgentemente algo de espacio.

Jameson se ofreció a conducir, pero como pasé varios años de mi vida en esta zona, decliné la oferta y me puse yo misma al volante.

Reagan estaba encantada de volver a ver el cielo azul y las palmeras, y Jameson también parecía estar disfrutando del viaje hasta Sanibel.

Se puso las gafas de sol, que para mi disgusto sólo le hacían parecer aún más atractivo, y escuchó las historias de Reagan sobre los alrededores de Sanibel.

Cuando pasamos por el *Sanibel Causeway*, el puente que conecta la isla de Sanibel con tierra firme, logré esbozar una sonrisa.

Me gustaba esta isla. Se encontraba en el Golfo de México alejada del ajetreo de Fort Myers y Fort Myers Beach y era un oasis de calma, relajación y alegría de vivir.

En Sanibel los relojes avanzaban más despacio que en el continente. Las conocidas cadenas de restaurantes y supermercados no se encontraban aquí.

En su lugar, Sanibel albergaba ferreterías anticuadas, tiendas de recuerdos kitsch, restaurantes de lujo y típicos restaurantes caseros americanos y sólo un puñado de pequeños supermercados gestionados localmente.

Hacia el Golfo de México, había algunos hoteles y complejos turísticos que compartían con los habitantes de la isla los diecisiete kilómetros de playa de arena.

Las casas de Sanibel se contaban entre las propiedades más codiciadas de Florida, así que ni que decir tiene que una propiedad en primera línea de playa tenía un valor inmensamente alto.

La mayoría de los días, el mar de Sanibel brillaba con un encantador color aguamarina, como los ojos de Reagan.

Pero el principal atractivo de Sanibel era probablemente su distinción como paraíso único del marisco. En ningún otro lugar del mundo se podían encontrar tantas y tan increíblemente grandes y hermosas conchas como en Sanibel.

Por las mañanas, la marea arrastraba montañas de conchas hasta la playa. Los ávidos recolectores de conchas recorrían el kilómetro de playa con faros y linternas antes del amanecer en busca de conchas extraordinarias y de los rarísimos *dólares de arena*. A veces les acompañaban delfines y manatíes, los manatíes de Florida.

Reagan pertenecía a este grupo de ambiciosos recolectores de marisco. Conocía todo tipo de

conchas y tenía su propia habitación en casa de mi padre, donde limpiaba, secaba y decoraba sus tesoros.

No me cabía duda de que al día siguiente, cuando amaneciera, volvería a salir a cazar conchas.

—Ya casi hemos llegado —gritó eufórica Reagan cuando me desvié de *Tarpon Bay Road* hacia *West Gulf Drive*.

Las calles de Sanibel estaban densamente bordeadas de palmeras y arbustos, lo que daba a la isla un aspecto casi tropical.

En Sanibel, la naturaleza seguía reinando en todo su esplendor con los humanos como invitados y admiradores silenciosos.

Después de tres kilómetros por *West Gulf Drive*, giré a la izquierda y esperé a que se abriera la puerta equipada con cámaras de seguridad.

—Bienvenido al reino del fiscal general Shawn Taylor —murmuré con una sensación de hundimiento en el estómago mientras dirigía el coche por el camino bordeado de palmeras hasta la casa principal.

La propiedad de mi padre constaba de una casa principal de estilo veneciano italianizante y tres dependencias, cada una más grande que un bloque de apartamentos.

Había una amplia zona de piscina con un patio y una fuente frente al mar. Como la piscina no estaba construida a ras de suelo para evitar las tormentas y las marejadas asociadas, al igual que el resto del extenso terreno, ofrecía una vista sin obstáculos del mar directamente detrás de ella.

Aparqué el coche delante de una de las casas vecinas en las que había vivido con Reagan antes de mudarnos a Nueva York y apagué el motor.

En cuanto el coche se detuvo, Reagan abrió de un tirón la puerta y salió corriendo, animando a todo el mundo.

Me quedé sentada y respiré hondo.

—¿Estás bien? —susurró Jameson, acariciándome la mejilla inquisitivamente.

—Hmm —murmuré—. Si, todo bien.

—No te preocupes siempre tanto, Kennedy. Lo solucionaremos. Estoy seguro de que lo haremos.

—Hmm —volví a murmurar y salí del coche.

Rosaria, la empleada doméstica de mi padre, salió corriendo de la casa hacia nosotros y nos tendió los brazos cariñosamente.

—Kennedy, hija mía. Qué bien que hayas venido.

Devolví el alegre abrazo de Rosaria y miré a mi alrededor.

—Todavía no ha vuelto —adivinó mis pensamientos y fijó los ojos con curiosidad en Jameson.

—Eh, Rosaria —tartamudeé tímidamente—, te presento a Jameson. Jameson es… —vacilé.

—Soy el novio de Kennedy. Encantado de conocerte —me rescató Jameson y sonrió de forma ganadora a Rosaria, que empezó a soltar risitas de niña y se sonrojó ligeramente.

Al parecer, no era la única que sucumbía irremediablemente al irresistible encanto de Jameson. Eso me tranquilizó un poco, aunque la reacción de Rosaria ante Jameson me perturbó enormemente al mismo tiempo.

—No ha cambiado nada, Kennedy. Así que puedes mudarte a tu antigua casa sin problemas.

—Es bueno saberlo. Gracias.

Caminé hacia el maletero y le hice un gesto con la mano a Rosaria para que me siguiera.

—Nos ocuparemos de ello. ¿Necesitas ayuda para planear la fiesta de cumpleaños?

Rosaria negó con la cabeza y sonrió agradecida.

—Una empresa de eventos se ha encargado de todo. Ya han entregado y montado algunas cosas. El resto estará listo mañana por la mañana y luego llegará el equipo de catering. ¿Por qué no dais un paseo por la playa y descansáis hasta la cena?

—Me parece una idea excelente —coincidió Jameson con ella y me cogió la mano—. Vamos cariño, llevemos el equipaje a la habitación y cojamos a Reagan.

Tragué saliva e hice un esfuerzo por ignorar el cosquilleo de su mano en mi piel.

Cariño.

En serio me había llamado *cariño*.

Y de alguna manera ese término cariñoso sonaba condenadamente bien viniendo de él.



Diez minutos después, abrí de un empujón la puerta corredera de nuestra antigua casa e invité a Jameson a entrar.

Miró a su alrededor y me siguió por la casa.

Cuando entramos en el dormitorio, cuyo balcón daba al mar, se colocó detrás de mí y me rodeó las caderas con los brazos.

—No es tan horrible como lo pintan —me susurró al oído y me mordisqueó el cuello.

—Espera a que conozcas a mi padre y a mi madrastra —suspiré, saboreando las cálidas olas que bañaban mi cuerpo al contacto íntimo con Jameson.

—Estás increíblemente tensa, nena —murmuró, empezando a masajearme los hombros.

Volví a suspirar bajo la presión de sus hábiles manos y lo único que deseaba era que me mimara en mi cama.

Por desgracia, Reagan aún no había regresado, lo que empezaba a preocuparme. Aunque conocía el mar, las corrientes y las mareas, también tendía a veces a sobrestimar sus fuerzas.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —le pregunté a Jameson y, con el corazón encogido, me desprendí de su masaje.

Jameson me cubrió el cuello de suaves besos y murmuró distraídamente su aprobación.

—Si prefieres descansar o todavía tienes que trabajar, por favor, no te sientas obligado a hacer nada —le ofrecí una salida.

—No, estaré encantado de acompañarte. Sólo déjame cambiar rápidamente mi traje por algo adecuado para la playa.

CAPÍTULO 27

Jameson

EL SOL DESAPARECÍA lenta pero inexorablemente en el horizonte cuando Kennedy y yo llegamos a la playa casi desierta.

Reagan estaba de pie en el agua hasta las pantorrillas, agachada y buscando conchas en el fondo arenoso.

—¿Sabías que hay un nombre para esta posición? —bromeó Kennedy, saludando a su hija—. Los mariscadores lo llaman la *Parada Sanibel*.

Me reí a carcajadas y sacudí la cabeza con incredulidad.

—Las cosas que se inventan.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, tendí la mano a Kennedy y le hice un gesto de ánimo con la cabeza.

Kennedy, sin embargo, dudó.

—¿Y si Reagan nos ve cogidos de la mano?

—Entonces sólo verá lo que ya sabe: dos adultos que se gustan. No subestimes a tu hija, Kennedy. Es muy lista e inteligente. Me pregunto de quién lo habrá sacado.

Mi insinuación provocó una pequeña sonrisa en Kennedy. Puso su mano en la mía con confianza.

Desde nuestra llegada a Sanibel, parecía terriblemente tensa y estresada, algo que, para ser sincero, me hubiera gustado cambiar.

Pero eso tendría que esperar.

Al menos por el momento.

Nos unimos a Reagan, cuyos pies eran bañados por el agua tibia del mar.

Kennedy llevaba un ligero y soleado vestido amarillo veraniego que ondeaba suavemente con el viento. Sus sandalias estaban unos metros por encima de ella en la arena. Kennedy caminaba descalza por la playa hacia el agua bajo la luz dorada del atardecer. Su larga melena rubia acariciaba burlonamente su delicada cintura.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —llamó a su hija y sonrió con indulgencia.

—La verdad es que no —refunfuñó Reagan— sólo unas cuantas conchas de berberecho. Pero en rosa, naranja y amarillo.

—¿En serio? Quiero ver eso —exigí sorprendido y caminé por el agua hasta Reagan.

Rebuscó en la bolsa de malla que llevaba a la cintura y sacó unas cuantas conchas pequeñas de un naranja ardiente, un amarillo neón y un rosa casi cegadoramente intenso.

—Estás asombrado, ¿verdad? —soltó una risita, y yo enarqué las cejas al ver aquellas conchas tan llamativamente brillantes.

—Siempre pensé que las conchas eran beige o negras —confesé.

—Eso sería aburrido. Aquí en Sanibel las hay de casi todas las formas y colores. Incluso las hay verdes y azules pero son muy raras. Si te apetece, te llevaré a buscar conchas por la mañana —me ofreció generosamente Reagan.

Sonreí divertido.

—¿Vas a cazar conchas?

Reagan asintió muy seria.

—Por la mañana encontrarás aquí las conchas más bonitas. La marea las arrastra hasta la orilla durante la noche. Hay que madrugar para ir a cazar antes que los demás pero merece la pena.

—Suena emocionante. Me has convencido —le guiñé un ojo—. Me apunto.

Reagan sonrió con entusiasmo y salió del agua conmigo de vuelta a la playa.

Kennedy estaba de pie no muy lejos de nosotros, con la mirada perdida en la puesta del sol naranja que se hundía en el mar sobre la isla de Captiva.

El cielo despejado ofrecía una puesta de sol espectacular, que bañaba el cielo circundante de púrpura y amarillo.

Reagan y yo nos unimos a ella en silencio. Mientras Reagan se sentaba en la arena frente a nosotros e inspeccionaba críticamente su botín, yo me situé detrás de Kennedy y resistí el impulso de apoyar la barbilla en su hombro y rodear posesivamente su cintura con las manos. En lugar de eso, me contenté con inhalar profundamente su dulce aroma a bayas y jazmín que flotaba en la brisa alrededor de mi nariz.

Menos de tres minutos después, el mar se tragó lo que quedaba de sol y el colorido cielo se oscureció lentamente. Detrás de nosotros, la luna se alzaba en el cielo, señalando claramente la inminente llegada de la noche.

Al cabo de un rato, Kennedy se despertó de su posición de pilar de sal y se aclaró la garganta.

—Si vamos a cenar con el abuelo, deberíamos refrescarnos primero. Venga, vamos.

—Oh, sí. Estoy deseando ver al abuelo. —Reagan se levantó de un salto y echó a correr hacia la finca Taylor llena de vigor.

Kennedy y yo la seguimos a distancia.

—¿Estás bien? —le pregunté a Kennedy por enésima vez ese día.

A pesar de lo bonito que era este lugar, proyectaba una sombra de nerviosismo y abatimiento sobre el aura alegre y brillante de Kennedy.

Esto no me gustaba y decidí llegar al fondo de la fuente de esa tensión mental.

—Todo está bien —sonrió forzadamente y entró en la casa de estilo mediterráneo que tenía delante—. ¿Te gustaría ducharte primero? Mientras tanto, iré a ver cómo está Reagan y me aseguraré de que se haya cambiado para la cena en lugar de estar decorando sus últimas adquisiciones.

—De acuerdo —asentí y me dirigí al dormitorio donde se encontraba el baño principal en suite.



Media hora más tarde, nos dirigimos a la casa principal, no muy lejos de allí, donde Rosaria nos abrió la puerta con una expresión mucho más tensa en el rostro.

—Está en el salón y ya os está esperando —informó a Kennedy, que apenas apretó los labios y tensó los hombros, como si necesitara prepararse para lo que estaba a punto de ocurrir.

—Ahí está mi sol —una voz ahumada y dominante llenó el salón, al que Reagan había llegado justo antes que Kennedy y yo.

Entré y vi al juez Taylor levantando a Reagan por los aires y abrazándola con alegría.

Reagan rodeó el cuello de su abuelo con los brazos y parecía visiblemente contenta de verle.

Kennedy se quedó a cierta distancia de su padre con una sonrisa tensa y observó cómo se desarrollaba el cálido saludo ante sus ojos.

—Buenas noches, padre —saludó distendidamente al juez Taylor.

Dejó a Reagan en el suelo y la empujó suavemente en dirección a Kennedy y a mí. Su mirada sagaz viajó de su hija a mí. Sin ningún pudor, me escrutó de pies a cabeza. Un gesto condescendiente que a otras personas les habría parecido intimidatorio, pero que a mí, como mucho, me provocó un leve bufido.

—Padre, este es Jameson Sharp. Te he hablado de él —me presentó Kennedy a su padre con voz fría.

—Señor Sharp —Shawn Taylor me tendió la mano invitadoramente. La cogí sin apartar la vista de sus acerados ojos grises y la apreté con fuerza.

—Ministro de Justicia Taylor —respondí a mi vez.

—¿Eres socio de un bufete de abogados de Nueva York? —El padre de Kennedy fue directo al grano.

—Así es, señor, socio y propietario de *Knight, West & Sharp*.

Ignoré el hecho de que nuestro bufete era uno de los veinticinco más exitosos del estado de Nueva York y que ya habíamos sido galardonados varias veces en diversas áreas del derecho.

En primer lugar, no tenía necesidad de alabar mis habilidades como abogado y, en segundo lugar, suponía firmemente que Shawn Taylor hacía tiempo que me conocía a mí y a mi bufete.

—Tomemos asiento. Debes estar hambriento por el largo y agotador viaje.

Hubo un discreto reproche en su voz que ni Kennedy ni yo pasamos por alto. Kennedy apretó los labios un poco más ante su comentario y se pavoneó rígidamente sobre sus tacones altos hacia el comedor contiguo.

—¿No se unirá Constanze a nosotros? —preguntó a su padre y supuse que Constanze era la madrastra de Kennedy.

—No se encuentra muy bien y quiere descansar un poco antes del gran día de mañana.

—Por supuesto. Pobrecita. —La voz de Kennedy goteaba sarcasmo, lo que le valió una mirada reprensiva de su padre.

Se sentó a cierta distancia de Shawn Taylor en la espaciosa mesa del comedor, en la que cabían fácilmente diez personas, y yo me uní a ella como algo natural. Reagan, por su parte, eligió el asiento justo al lado de su abuelo y lo miró expectante.

—¿Qué me he perdido? —quiso saber con ojos brillantes.

—Mucho, mi sol. Muchas cosas. Desde que tu madre tuvo la brillante idea de mudarse a la otra punta del país contigo, los dos tenemos mucho que hacer para ponernos al día —respondió Shawn Taylor con un claro golpe lateral en dirección a Kennedy, que inspiró bruscamente y devolvió el golpe.

Le puse una mano tranquilizadora en el muslo por debajo de la mesa y le dediqué una sonrisa de superioridad.

—Reagan, definitivamente deberías contarle a tu abuelo la conferencia que el presidente de la Escuela de Negocios de Harvard dio en tu colegio. Y sobre el viaje escolar a la Bolsa de Nueva York que tu clase está planeando para llegar al fondo del *Viernes Negro*. ¿Sabías que la clase de Reagan está estudiando actualmente el crack bursátil de 1929? Impresionante, ¿verdad?

El hecho de que el centro económico y político de América se encuentre en la ciudad de Nueva York y sus alrededores ofrece, naturalmente, oportunidades educativas y profesionales únicas para niñas superdotadas como Reagan.

El padre de Kennedy entrecerró los ojos con suspicacia al oírme y cogió su copa de vino.

—Bueno, esperemos que sea más lista de lo que era su madre entonces y no deje que un embarazo imprevisto arruine todas esas perspectivas neoyorquinas tan geniales a los dieciocho años. Salud.

—¿Cómo te atreves? —Kennedy siseó enfadada, levantándose bruscamente de su silla, que chirriaba en el suelo de madera—. Especialmente delante de *ella* —Kennedy señaló con la barbilla a su hija, que bajó la mirada a su plato avergonzada.

—Sólo la estoy salvando de cometer el mismo error que tú porque el señor Sharp tiene toda la razón: Reagan es una niña excepcionalmente dotada. No debería desperdiciar su futuro por un error.

—Reagan no. No fue error —Kennedy lanzó cada una de esas palabras con rabia en dirección a su padre.

—Nadie dice eso tampoco, Kennedy. Ahora siéntate y come. Tu comportamiento es cuando menos embarazoso —dijo picado.

—Gracias, pero he perdido el apetito.

Kennedy se levantó de la mesa y se alejó corriendo sobre sus tacones, con los puños cerrados.

—¿Mamá? —gritó Reagan alarmada, empujando su silla hacia atrás para apresurarse tras ella, pero Shawn Taylor la detuvo.

—Tienes que comer algo, Reagan —la amonestó—. Tu madre se calmará. ¿Por qué siempre tiene que ser tan sensible? Lo ha heredado de su madre.

Me mordí la lengua, tratando de no ceder al impulso de regañar a Shawn Taylor. En lugar de eso, me levanté con calma y serenidad y me giré hacia Reagan con una sonrisa alentadora.

—No pasa nada, Ronald. Quédate con tu abuelo y come con él. Al fin y al cabo, tenéis mucho de qué hablar. Mientras tanto, yo me ocuparé de tu madre y cuidaré de ella, ¿vale?

CAPÍTULO 28

Kennedy

RESOPLANDO DE RABIA, cerré de un portazo la puerta del dormitorio y me paseé inquieta por la habitación. Intenté respirar lo más profunda y uniformemente posible para no explotar de rabia.

La arrogancia de ese hombre siempre me ponía furiosa en cuestión de minutos. Esa vez no fue una excepción. No entendía lo que estaba provocando en mí con sus inoportunas acusaciones. Y aún peor: en Reagan. Mi única hija.

No sólo me dolió emocionalmente sino también físicamente cuando declaró que mi embarazo, y por lo tanto automáticamente también Reagan, eran un error, un descuido o incluso una estupidez temeraria. Mi viejo no se cansaba de repetirlo una y otra vez.

Al principio Reagan era demasiado joven para entender sus insinuaciones, pero ya no pasaban desapercibidas. Hasta mi egocéntrico padre tendría que darse cuenta. ¿Por qué no se cansaba de reprocharme constantemente mi pasado? ¿Por qué seguía arriesgándose voluntariamente a herir a Reagan con sus ataques contra mí?

Shawn Taylor era un maldito egoísta desalmado al que le encantaba menospreciar a los demás y ponerse a sí mismo en un pedestal dorado.

—Capullo arrogante —resoplé, apartando una piedra imaginaria con la punta del pie.

—¿Quién, yo? —sonó una voz suave detrás de mí.

Me di la vuelta, sobresaltada, y descubrí a Jameson apoyado en la puerta con los brazos cruzados delante del pecho. Bajo la camisa azul claro que llevaba con sus vaqueros informales se le veían los considerables músculos de los brazos.

Me escrutó con sus ojos verdes y, a diferencia de mí, parecía completamente sereno y relajado.

—No, claro que no —afirmé.

—¿Tu padre? —preguntó Jameson, y yo asentí con resignación.

—Gracias por venir a rescatarme. Pero como puedes ver, no puedes vencerle.

Jameson chasqueó la lengua con desaprobación.

—Yo no firmaría eso. Dejas que te provoque con demasiada facilidad y como resultado pierdes los nervios. Deberían haberte enseñado en la Universidad de Florida que no debes dejar que tus emociones te dominen como asesora jurídica. No hace falta estudiar en Columbia para saberlo.

Respiré hondo y fulminé con la mirada a Jameson.

—Gracias por la conversación engreída, abogado. Parece que se le ha escapado que no se trata de un caso judicial de mierda, sino del bienestar emocional de mi hija. No entiendes que es mi deber como madre protegerla. Tendrías que tener hijos para entenderlo y ambos sabemos que

estás tan alejado de eso como el verano del invierno.

—No hace falta que sea abusiva, Sra. Fiscal. No necesito ser padre para saber que las emociones desbordadas no ayudan en ninguna situación de la vida. Ni profesional ni privada. Mientras dejes que tu padre te acose y pierdas los nervios, él siempre ganará. Y lo sabe. Realmente habría pensado que eras más inteligente que eso, Kennedy.

Dejé escapar un sonido indignado y lancé a Jameson una mirada mordaz que le hizo callar al instante.

Mi rabia, ya de por sí incontenible e hirviente, se duplicó e incluso triplicó ante su descarado comentario. ¿Quizás porque en secreto sabía que había dado en el blanco? ¿Porque me enfadaba conmigo misma cada vez que dejaba que mi padre me provocara por él? ¿Porque me carcomía la decepción de salir siempre perdedora de la pelea? ¿O porque Jameson, con sus ojos agudos e intensos, podía ver a través de mí?

Me acerqué a él con la cabeza alta y le levanté la barbilla con decisión.

—Vete de aquí. Ahora mismo.

Por desgracia, mi imperiosa orden sólo provocó una sonrisa cansada de Jameson. Levantó una mano y trazó lentamente el contorno de mi barbilla y mis pómulos con el dedo índice.

Aquello bastó para que mi determinación se derrumbara como un castillo de naipes.

Y una mierda.

—No —susurró, inclinándose para que pudiera sentir su aliento caliente en mis labios—. No —repitió—. No voy a ir a ninguna parte. Y tú tampoco. No mientras estés tan alterada.

—¿Y qué demonios vas a hacer al respecto? ¿Encerrarme aquí? ¿En mi propia casa? —siseé con voz temblorosa.

Molesta por estar mostrando de forma tan evidente mi debilidad por Jameson, me sacudí enérgicamente sus dedos. Pero se me puso la carne de gallina. Su mirada oscura no me dejaba lugar a dudas.

—Ahora tú y yo vamos a relajarnos juntos. Hasta que los ridículos reproches de tu padre te dejen absolutamente fría. Ahora y en el futuro.

Resoplé sarcásticamente.

—¿En qué mundo vives? ¿Cómo demonios se supone que va a funcionar eso?

Jameson levantó una comisura de los labios y apoyó las manos en mis hombros.

—Muy sencillo. Centrando toda tu atención en algo que no sea tu ira.

—¿Y eso sería? —respondí alzando las cejas.

Jameson aumentó la presión sobre mis hombros y miró inequívocamente al suelo.

Seguí su mirada. Y me quedé paralizada.

Jameson me puso de rodillas con suavidad pero con firmeza, de modo que mi cabeza quedó a la altura de la bragueta de su pantalón.

—Abre —me exigió.

Su voz descarada e inflexible cortó de raíz cualquier intento de disidencia.

Tragué saliva.

—Abre —repitió más despacio. Y más amenazador.

Con dedos temblorosos, desabroché el botón y la cremallera de sus vaqueros.

—Quitalos —siguió su siguiente orden monosilábica.

—¿Qué...? —balbuceé, relamiéndome los labios resecos—. ¿Qué es esto?

Jameson se rio con dureza.

—¿Qué es lo que parece? Ahora sácalo, Kennedy.

Me mordí el labio inferior para reprimir un gemido y metí la mano en la cintura de sus

bóxers.

¡Jesús!

¿Qué estaba haciendo?

Al contacto con su polla dura y aterciopelada, una oleada de lujuria caliente unida a un hormigueo de adrenalina y deseo impaciente recorrió mis venas, haciendo que cualquier pensamiento sobre la discusión acerca de mi pasado y la rabia que conllevaba se evaporara en un milisegundo.

CAPÍTULO 29

Jameson

MI RESPIRACIÓN se agitó erráticamente en mi pecho mientras veía a Kennedy deslizar sus delgados dedos dentro de mis bóxers y buscar mi hambrienta polla.

Cuando por fin la encontró y cerró el puño en torno a ella, luché por no gemir en voz alta ante aquella sensación única.

Era jodidamente increíble.

Apenas soportable.

La mirada furiosa de Kennedy me excitaba. Me excitó. Despertó en mí el deseo de acallar su afilada lengua, con la que me lanzaba acalorados insultos.

Verla ahora arrodillada humildemente ante mí, mi polla lista descansando en su mano, sus labios carnosos brillando húmedamente, sus ojos febriles con la anticipación de lo que iba a seguir, casi me hizo correrme.

Respiré hondo y me obligué a mantener la calma y la compostura.

Si perdía los nervios ahora y me corría, mi plan para distraer a Kennedy no funcionaría. Así que me controlaría y mantendría la calma, maldita sea.

¿Por qué era tan difícil con esta mujer?

No era la primera mamada que me hacía una mujer guapa. Sin embargo, Kennedy me hizo sentir tan emocionado y excitado como la noche de mi baile de graduación, cuando recibí mi primera mamada en el baño de nuestro colegio.

—Chúpala —le ordené bruscamente, intentando frenéticamente volver a mi papel dominante.

Mi objetivo era calmar a Kennedy. *Su* bienestar, no el mío, era la prioridad aquí y ahora.

Kennedy acarició suavemente su mano arriba y abajo de mi polla, mirándola con curiosidad desde todos los lados mientras pasaba la punta de su lengua sobre sus labios ligeramente separados de nuevo.

—¿Por qué siempre tengo que decirlo todo dos veces contigo? Te he dicho que...

No llegué más lejos.

Porque en ese momento, Kennedy envolvió mi pene con sus suaves y cálidos labios y empujó mi polla dentro de su cueva caliente y húmeda mientras me miraba con los párpados bajados y me lanzaba una mirada de superioridad desde sus ojos azules y brillantes.

Solté un grito ahogado, seguido de una maldición nada inocente.

¡Me cago en la puta!

Eso era... estaba... maldita sea, estaba en el maldito cielo.

Lentamente y con fruición, Kennedy dejó que sus labios se deslizaran sobre mi polla. A pesar de su nada despreciable longitud, se la metió en la boca hasta la empuñadura sin problemas.

La masajeó suave y pausadamente con sus suaves labios. Alternó chupadas, mordisqueos y

besos durante su erótico masaje bucal.

Bajé la pelvis contra la puerta cerrada para encontrar el apoyo que tanto necesitaba. Porque con la mamada de Kennedy, corría el riesgo de caerme como un saco de arroz.

Se sentía tan bien.

Demasiado bien.

Insoportablemente bien.

Kennedy sabía exactamente lo que estaba haciendo. La dura fiscal o tenía un talento excepcional para las mamadas, o perfeccionó esa habilidad a través de una abundancia de experiencia y práctica.

Eso último me molestaba.

Y me molestaba mucho.

Quienquiera que hubiera tenido el placer de ser oralmente complacido por Kennedy en el pasado, quería matarlo. Ahora mismo. En ese instante.

—¿Es eso lo que quiere, Sr. Sharp? —susurró provocativamente, pasándose los dedos por los labios hinchados.

—No hables. No pienses. Chúpamela —le ordené y volví a acercar su cabeza a mi polla.

¿Su mamada cumplió mis deseos?

Claro que sí. No sólo los cumplió: los superó. Con creces.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y enterré los dedos en el pelo largo y brillante de Kennedy. Con pequeños y rápidos empujones introduje mi pelvis, y por tanto mi polla, en su boca.

Si hasta ahora ella había tenido el control, ya no podía reprimir el deseo de follarle la boca completamente desinhibido y sin restricciones.

Kennedy me agarró el culo y me clavó ansiosamente las uñas a través de la tela de los calzoncillos.

Gimió contra mi polla. Un gemido lujurioso, excitado, animal.

¡Cielos! Iba a correrme tan fuerte y tan violentamente que vi las estrellas. Lo sentí cuando el orgasmo se gestó en mi interior como una tormenta atronadora, pidiendo a gritos que le dejara salir.

—Me voy a correr —advertí a Kennedy con voz ronca, soltando su cabeza para darle la oportunidad de soltar sus labios de mi polla.

Pero para mi sorpresa, no lo hizo.

Siguió trabajando en mi polla y pasó la lengua como una mariposa sobre el sensible glande, en el que las gotas de semen se multiplicaban en tiempo récord.

—Cariño —murmuré con agonía—, ¿Quieres tragar? ¿De verdad?

Kennedy asintió en silencio sin interrumpir su erótico masaje.

—Va a ser mucho —lancé una última y ronca advertencia antes de correrme largo y tendido en la boca de Kennedy con un gemido gutural.

Luché por no cerrar los ojos durante mi orgasmo. Porque realmente quería mirar a la mujer a la que le debía este increíble viaje al paraíso.

Pero la intensidad del orgasmo, unida a la visión casi divina de la despiadada, hermosa y seductoramente sensual fiscal sobre mi polla, fue demasiado para mí.

Cerré los ojos y me entregué a las sensaciones de felicidad que dominaban mi cuerpo en aquel momento y que no quería que remitieran jamás.

Igual que la mujer que evocaba esos sentimientos en mí.

Kennedy Duran.

CAPÍTULO 30

Kennedy

JAMESON MANTENÍA los ojos cerrados y respiraba agitadamente. Sus dedos en mi pelo se relajaron, liberándome de la dominante y exigente sujeción que me excitó tan locamente.

Me pasé el dedo índice por los labios y me comí hasta la última gota de su dulce semen. Luego empujé suavemente su polla medio flácida hacia el interior de sus calzoncillos y me levanté.

Me temblaban las rodillas y mis labios palpitaban y ardían por el trabajo que hice.

Mis labios no eran la única parte de mi cuerpo que palpitaba. Había una sensación de palpitación y tirón entre mis piernas que ni siquiera mis muslos apretados podían aliviar.

Tenía calor.

Estaba insoportablemente caliente.

—Entonces, ¿sigues enfadada? —Jameson murmuró con los ojos cerrados.

Apoyó la cabeza en la puerta. Se subió la cremallera del pantalón con movimientos inquietos.

Sacudí la cabeza con una sonrisa.

—No. No, no lo estoy.

—Pues ya ves. Una mamada es un remedio muy eficaz.

Esbocé una sonrisa divertida y me uní a la suave risa de Jameson.

Me estrechó entre sus brazos y nos dio la vuelta para que yo me apoyara en la puerta del dormitorio. Luego me puso las manos a izquierda y derecha de la cabeza y se inclinó hacia delante.

—Cariño —susurró contra mis labios—, Reagan es una chica maravillosa. Más valiosa que cualquier título de Columbia. Más enriquecedora que cualquier carrera de Derecho. Y *tú* eres una mujer muy poderosa. Has sacado adelante tu carrera de Derecho con aplomo, has criado a una hija al mismo tiempo y te has convertido en fiscal en Nueva York con treinta y pocos años, y lo que tu padre piense de ello, entre tú y yo, no vale una mierda, ¿vale?

—De acuerdo —le susurré y volví la cara hacia Jameson.

Pasó sus labios por los míos pensativo, pero no me permitió besarle.

—Por favor —gemí mientras sus labios se deslizaban por mi mejilla derecha y bajaban hasta mi cuello—. Bésame.

—Lo haré —prometió Jameson contra mi cuello, mordiendo burlonamente la sensible piel—. Después de cenar.

—*¿Qué?* —abrí los ojos y levanté la barbilla de Jameson para poder mirarle a los ojos—. ¿Qué quieres decir? *¿Después de cenar?*

—Quiero decir que tú y yo vamos a volver a casa de Reagan y de tu padre y vamos a pasar juntos una velada tranquila y relajada. Tu padre intentará provocarte pero tú no se lo permitirás.

Concéntrate en lo mucho que te ha gustado la mamada y mantén la calma.

Jameson inclinó la cabeza para que sus labios rozaran la concha de mi oreja.

—Si lo consigues, te recompensaré esta noche, fiscal. Te lo prometo.

Me dio una sonrisa diabólica y me tendió la mano en señal de invitación.

—Vámonos.



Cuando el despertador sonó a las seis de la mañana del día siguiente, me relajé profundamente y sonreí ante el gruñido contrariado de Jameson en mi oído.

—Es medianoche —refunfuñó, tapándose la cabeza con las sábanas.

—Son las seis de la mañana. El sol está a punto de salir y Reagan asaltará el dormitorio en los próximos cinco minutos para recogerte para ir a cazar almejas.

—Y aun así, querría volver a ocuparme de tu *coño*—bromeó Jameson, dándome una sonrisa infantil y despreocupada que casi me deja sin aliento.

Me sonrojé al pensar en la devoción con la que cuidó de mi *concha* la noche anterior.

Cuando nos reunimos con mi padre en el salón para pasar el resto de la velada y llevé a la cansada Reagan a la cama, Jameson ya me estaba esperando a mi regreso y me condujo directamente al dormitorio.

—Estoy orgulloso de ti. No te has dejado alterar. Te mereces una recompensa por ello —me susurró al oído, dirigiéndome suavemente hacia la cama de matrimonio.

Me quitó los tirantes del vestido, me bajó las bragas y me exigió que me tumbara en la cama con las piernas abiertas.

Luego se arrodilló entre mis piernas y me mimó con su lengua hasta hacerme perder la vista y la escucha.

Me corrí no una, sino dos veces y me derretí como cera en sus manos y en su boca.

Llevada por la codicia, quise ponerlo encima de mí y dejar que su virilidad me llenara. Pero él me evadió con una mezcla de arrepentimiento, picardía y persistencia.

—Dejaremos eso como recompensa para mañana —me dijo—. Si superas la fiesta de cumpleaños de tu padre sin incidentes, te follaré toda la noche y haré que te corras una y otra vez.

—Pero te deseo ahora —objeté.

—Sé que me deseas. Y yo te deseo pero una vez que empecemos, no podremos parar. Pasar toda la noche antes del día importante no es una buena idea.

Suspirando, le di la razón y me contenté con dejar que me llevara al clímax por tercera vez. Mientras me acariciaba tiernamente los pezones con la boca, sus dedos encontraron mi perla y me hicieron levantarme una última vez antes de caer en un sueño profundo y reparador, del que ahora me había despertado bruscamente el despertador.

Parpadeé para quitarme el sueño y me escuché a mí misma. La perspectiva de una noche salvaje y desinhibida con Jameson hizo desaparecer el nudo en el estómago que me había causado el nerviosismo de la velada que me esperaba.

En lugar de estrés y ansiedad, ahora sentía una sensación de calidez, seguridad, confianza y expectación por lo que me esperaba después de la fiesta.

Como Reagan se quedaría con una de sus antiguas amigas del colegio a unos kilómetros de distancia después de la fiesta de esta noche, Jameson y yo ni siquiera teníamos que escondernos,

y mucho menos estar callados.

Podíamos dedicarnos plenamente el uno al otro.

Dejarnos llevar.

Disfrutar el uno del otro.

Perdernos el uno en el otro.

Ante esta idea, se me iluminó la cara. Eché las sábanas hacia atrás y salí de la cama.

De algún modo superaría esta fiesta de cumpleaños.

CAPÍTULO 31

Jameson

KENNEDY no se quedaba corta cuando decía que la crème de la crème de la política y los negocios asistirían a esta celebración.

Después de pasar las primeras horas de la mañana con Reagan recogiendo conchas en la playa y viendo salir el sol por la parte oriental de la isla, nos permitimos unas horas de descanso a última hora de la mañana para prepararnos para la tarde y la noche que nos esperaban.

Unas horas más tarde, estábamos rodeados de gente sonriendo, estrechando manos y charlando. Conseguí entablar conversación con algunos magnates influyentes, y confiaba en que eso me permitiera obtener lucrativos negocios en el futuro.

Durante todo el networking, siempre me aseguré de que Kennedy se sintiera relajada y cómoda a mi lado. Nunca la perdía de vista y yo mismo la acompañaba a los aseos.

Bajo ninguna circunstancia quería arriesgarme a que su padre iniciara otra discusión o metiera a Kennedy en problemas delante de sus supuestos *amigos*.

Reagan pasó la tarde en la fiesta con su amiga y se comportó de manera ejemplar. Comprendió lo importante que era esta fiesta para su abuelo e hizo todo lo posible por estar a la altura de sus expectativas.

Mi admiración por la niña crecía cada día que pasaba. Me maravillaba su entusiasmo por los temas más diversos: Desde política a la economía, pasando por criaturas marinas y música. Admiraba su astucia y su sentido del deber, su fuerza para no dejarse doblegar a pesar de todo.

Una cosa era cierta: Kennedy hizo todo bien con la educación de Reagan y crió a una joven inteligente, empática y con ganas de vivir. ¿Cuántas personas podrían decir eso de sí mismos?

A primera hora de la tarde, Reagan se despidió y pasó el resto de la tarde y la noche con su amiga y algunas otras viejas amigas del colegio a unos kilómetros de distancia. Como Shawn Taylor esperaba que Kennedy asistiera a la fiesta hasta el final y por lo tanto no podría cuidar de Reagan, aceptó agradecida la sugerencia de la fiesta de pijamas para niñas.

Kennedy y yo aguantamos valientemente hasta que los últimos invitados se fueron a última hora de la tarde y el Juez Taylor y su segunda esposa Constanze asintieron con satisfacción.

—Eso es todo —refunfuñó el padre de Kennedy—. Brindemos por una velada exitosa.

Cogió dos copas de champán de la bandeja del camarero que esperaba y nos las dio a Kennedy y a mí.

—Para mí no, gracias —rechazó Kennedy y en su lugar cogió una copa de zumo de naranja.

Shawn Taylor bajó la copa y miró a Kennedy con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? —preguntó Kennedy, sin perder de vista la mirada penetrante de su padre.

—No vas a beber. No bebiste en toda la noche. Ni tampoco anoche.

—¿Y qué?

—¿Por qué?

—Porque quiero mantener la cabeza despejada. Has dejado muy claro lo importante que es esta fiesta para ti, padre.

—Pero ahora la fiesta ha terminado. Los invitados se han ido. ¿Qué te impide brindar conmigo por mi cumpleaños? ¿Estás embarazada?

Los rasgos de Kennedy se deslizaron. Se le fue el color de la cara.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. ¿Estás embarazada del Sr. Sharp?

Atónita, Kennedy negó con la cabeza.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Querida —intervino Constanze, la madrastra de Kennedy— no nos malinterpretes, pero el Sr. Sharp es un hombre de negocios con mucho éxito, rico y, tengo que admitirlo, muy atractivo. ¿Por qué, si no es por un sentido del deber ante un embarazo no planeado y no deseado, se involucraría con alguien como tú? Eres madre soltera, no especialmente rica y ya no tienes veintitantos años. En resumen, eres normal.

—Y no es que sea tu primer embarazo no planificado —añadió su padre.

Incapaz de decir una palabra en respuesta a esta insolencia sin fondo, me quedé clavada al lado de Kennedy y dejé salir el aire de mis pulmones con un silbido.

Mi ilimitado desprecio por Shawn Taylor se extendió a su esposa Constanze, cuyo comportamiento no tenía comparación en su arrogancia y presunción.

Kennedy arrojó su vaso a los pies de Constanze. El vaso tintineó y se hizo añicos, cubriendo el caro vestido largo hasta el suelo de Constanze con feas manchas de zumo de naranja.

—*¡Kennedy Duran!* Está claro que te estás pasando —le gritó su padre.

—No —Kennedy respondió casi sin voz— no soy yo quien se está pasando. Eres tú. Definitivamente has cruzado una línea para la que ya no hay perdón. Se acabó. De una vez por todas.

Giró y salió corriendo tan rápido como se lo permitieron sus sandalias de tacón alto.

—Típico. Cuando las cosas no salen como ella quiere, huye. Como siempre —la regañó Shawn Taylor, girándose hacia mí—. Debes disculpar el comportamiento de mi hija.

—No, no lo hago —respondí bruscamente.

La salida agitada de Kennedy me hizo recuperar la voz. Por desgracia, demasiado tarde.

—Si alguien aquí necesita disculparse, son claramente ustedes dos. Su arrogancia e insolencia no tienen rival. Si usted, señor Taylor, ha perdido ahora hasta la última chispa del amor que su hija tenía por usted, entonces sólo puede culparse a sí mismo. Y a usted, Constanze, debería darle vergüenza haber hecho el comentario que hizo. Buenas noches.

Dejé a los dos y me apresuré tras Kennedy, que estaba arrancando furiosamente su ropa de los armarios de su dormitorio y tirándola descuidadamente en su bolsa de viaje.

—¿Te vas?

—No aguanto aquí ni un segundo más —me informó sin mirarme.

Siguió metiendo ropa al azar en la bolsa.

—¿Adónde vas tan tarde? Es medianoche.

—Lejos —fue su respuesta monosilábica.

—¿Y Reagan?

—La recogeré de su fiesta de pijamas por la mañana y luego nos largaremos de aquí.

—Vale. Te entiendo. Eso acaba de dejarme sin palabras… —empecé y puse mis manos en la parte superior de los brazos de Kennedy para tranquilizarla.

—No entiendes nada —gritó y se apartó de mí—. ¡Absolutamente nada!

—Bien —respiré hondo— entonces, por favor, explícamelo.

—¿Por qué? —Kennedy se giró para mirarme—. ¿Por qué te importa? Viniste aquí conmigo. Te lo agradezco. Y espero que hayas podido hacer algunos contactos valiosos esta noche, pero ahora la velada importante ha terminado. No me debes nada. Así que no tienes que fingir que te interesan mis problemas.

—Pero lo hacen. Me preocupo por *ti*, Kennedy. Por *ti.* Así que, por favor, no huyas, afronta tus problemas. Junto a mí.

—Eso son tonterías. ¿De qué estás hablando? Constanze tiene toda la razón: eres rico, exitoso y atractivo. ¿Qué quieres de mí? Soy exactamente lo contrario de todo eso.

—Kennedy —troné, mi autocontrol había desaparecido—. La autocompasión no va contigo. Deja de desanimarte todo el tiempo. Y deja de huir cuando las cosas se ponen difíciles.

—No me digas lo que tengo o no tengo que hacer, Jameson Sharp —siseó ella, empujándome.

Entró en la habitación de Reagan y repitió el procedimiento que acababa de terminar en su dormitorio.

Kennedy hablaba en serio.

Quería salir de allí.

Y de inmediato.

No podía culparla.

Sin más preámbulos, me acerqué al armario y le entregué la ropa de Reagan.

—¿Qué estás haciendo? —los ojos de Kennedy se abrieron de par en par.

—Te estoy ayudando a hacer la maleta. Luego nos iremos de aquí. Juntos.

CAPÍTULO 32

Kennedy

CONDUJE EL COCHE de alquiler muy por encima del límite de velocidad por *Tarpon Bay Road* en dirección a *Periwinkel Way*.

Quería alejarme de esa isla hermosa, casi paradisíaca, pero que se estaba convirtiendo en mi pesadilla personal.

—¿Quieres levantar el pie del acelerador, Kennedy? Vas demasiado rápido —la voz preocupada de Jameson llegó a mis oídos, pero la ignoré. Sólo quería dejar a Sanibel atrás. Tenía que irme de esa isla lo antes posible. Sentía que iba a explotar por dentro, a asfixiarme si no me iba.

—Kennedy —conduce despacio—. La voz de Jameson aumentó en agudeza.

Finalmente, el *Sanibel Causeway*, el puente de casi cinco kilómetros de largo que conectaba la isla con el continente, apareció a la vista.

Cuando entramos en el puente, levanté el pie del acelerador y puse el control de crucero en el límite de velocidad.

—Si hubiera sabido que eras una corredora kamikaze, no habría accedido a tu insistencia en que condujeras.

No le contesté, sino que me concentré en la tierra firme que se acercaba. Sólo faltaban tres kilómetros. Entonces llegaríamos a la orilla salvadora.

Cuando las ruedas del coche tocaron el *Bulevar McGregor* de Fort Myers, exhalé profunda y lentamente.

Con manos temblorosas, giré a la izquierda y detuve el coche en el aparcamiento desierto de Sanibel Outlets.

Sin pensarlo, me desabroché el cinturón de seguridad y pasé del asiento del conductor al regazo de Jameson.

—¿Qué...? —empezó, pero ahogué su pregunta con un beso apasionado.

Apreté los labios contra los suyos y exigí impetuosamente la entrada en su boca con la lengua.

Comprendió mi silenciosa petición y se entregó a mí.

Le desabroché los botones de la camisa con movimientos frenéticos, pero sin interrumpir nuestro beso.

Jameson me subió el vestido por los muslos y se abrió los pantalones. Posesivamente, colocó sus manos sobre mis pechos y empezó a amasarlos con rudeza.

—Necesito esto ya —le revelé, respirando agitadamente.

—Vale —jadeó contra mis labios y los chupó— entonces es todo tuyo.

Me soltó el pecho derecho y buscó su cartera en el bolsillo del pantalón. Le quité a Jameson

el condón que sacó de la mano, y rompí con los dientes el envoltorio. Le agarré con impaciencia la polla, que se le estaba endureciendo, y se la trabajé con la mano antes de ponerle el condón.

Luego le enderecé la polla y me acomodé sobre ella con un gemido aliviador y salvador.

Jameson me llenó por completo. Penetró hasta el último rincón de mi centro de placer y me hizo olvidar todo lo demás que me rodeaba.

Me agarré al reposacabezas y empecé a cabalgarlo. No lentamente. Ni tampoco suavemente. Lo cabalgué rápido, fuerte y desesperadamente.

Jameson colocó su mano derecha sobre mi pecho y maltrató mi pezón con ásperos pellizcos. Su mano izquierda me frotaba el clítoris con tanta fuerza que me dolía, pero al mismo tiempo encendía en mí una lujuria prohibida que me animaba a cabalgar aún más fuerte sobre él.

Las ventanillas del coche que nos rodeaba empezaron a hormiguear bajo nuestro desinhibido coito. Nuestra respiración acelerada y caliente se mezclaba con el fuerte pitido de mis oídos.

Necesitaba este orgasmo. No podía decir por qué, pero tenía que correrme, si no me volvería loca.

—Vamos, nena. Fóllame —me incitó Jameson y mordió lujuriosamente a través de la tela de mi vestido mi duro pezón.

Arqueé la espalda y me empujé hacia su mano, su boca y su polla, tomándolo todo y más.

Con un grito agudo, me rendí a mi clímax veinte segundos después. Me froté contra Jameson para saborear el último milisegundo de mi liberación.

Cuando lo solté, Jameson me agarró por las caderas, me penetró con fuerza y violencia tres veces más y luego se descargó dentro de mí con un grito igual de agudo.

Vaya.

Era tan necesario.

Sin aliento, le rodeé el cuello con los brazos y apoyé la cabeza en su hombro. Jameson me puso las manos en la espalda y me acarició tranquilizadoramente.

—¿Estás bien? —susurró con indulgencia y supe que no se refería a mi respiración agitada.

—Sí —murmuré, inhalando su penetrante aroma—. Estoy bien —después de cinco latidos, añadí— gracias a ti.

—De nada —dijo Jameson riendo suavemente—. Siempre estoy encantado de actuar como tu sustituto personal del vibrador si no tienes tus juguetes a mano. ¿Cuál es el siguiente paso, fiscal?

—¿Tienes hambre? —pregunté, echándome hacia atrás para poder mirarle a los ojos.

—Mucha. La charla y el networking hicieron que apenas pudiera comer nada, y este último *round* acabó conmigo. Me estás desafiando, fiscal. Eso me gusta —sonrió y me dio un beso en la punta de la nariz.

Me sonrojé al darme cuenta de que acababa de montar a Jameson y de utilizarlo. Sabiendo que seguía encima de él y que él seguía dentro de mí, sacudí la cabeza, sin apenas darme cuenta.

¿Qué demonios me pasaba?

Me aclaré la garganta e ignoré el comentario burlón de Jameson.

—Conozco un restaurante no muy lejos de aquí. Vamos a comer algo allí y a ver en qué otro sitio del barrio podemos conseguir una habitación a estas horas de la noche, ¿vale?

Jameson asintió y me dio un beso largo e intenso, cuya calidez y afecto contrastaban con nuestro sexo primitivo y animal en el coche.



Unos minutos más tarde, salimos del coche frente a una cafetería anticuada al estilo de los años cincuenta y yo elevé una silenciosa plegaria de agradecimiento al cielo porque aquel lugar estuviera abierto las veinticuatro horas del día.

A esas horas ya no quedaban más comensales en la cafetería. Solo nosotros. También me alegré de ello. Le debía unas cuantas explicaciones a Jameson si no quería que pensara que estaba loca.

Nos sentamos en un rincón al fondo de la cafetería, lo que nos protegía de miradas inoportunas y fisgones.

La tapicería roja y el cromo pulido me recordaron a la época del rock'n'roll. Igual que la típica selección de menú americano.

Después de hacer nuestro pedido a la camarera, decididamente desinteresada, me animé y me aclaré la garganta.

—Jameson, hay algunas cosas que deberías saber sobre mí. Después de lo que has pasado estos días, creo que te debo una explicación.

CAPÍTULO 33

Jameson

KENNEDY SE PASÓ los mechones de pelo húmedo de nuestro sexo ilícito en el aparcamiento por detrás de las orejas, adornadas con bonitos aros de oro, y entrelazó los dedos.

—No me debes nada. Aún así, por supuesto, me pregunto qué hay detrás de tu difícil relación con tu padre.

La camarera nos trajo las bebidas y la comida y pagué la cuenta inmediatamente para que no nos molestara durante lo que supuse que sería una conversación emotiva.

En silencio, di un sorbo a mi Coca-Cola y mordí la hamburguesa que yacía tentadora en el plato frente a mí.

Kennedy picoteaba su tortita y sorbía su café, ensimismada.

—Ya sabes que pensaba estudiar Derecho en la Universidad de Columbia, en Nueva York, al acabar la carrera —empezó a decir titubeante— sin embargo, mi último año en la escuela fue bastante problemático. El matrimonio de mis padres parecía estar en crisis. Discutían constantemente y las expectativas de mi padre sobre mí eran astronómicamente altas, incluso entonces. La presión que ejercía sobre mí me subía por las paredes. Hice todo lo que pude para soportar esa presión. Para estar a la altura de sus expectativas.

Kennedy apretó con fuerza su taza de café y miró por la ventana hacia la negra noche.

—Necesitaba una válvula de escape para no perder completamente la cabeza. Un escape de la realidad. Como adolescente, la vida ya es bastante difícil. No sabes quién eres ni a dónde perteneces, estás insatisfecha contigo misma y con el mundo. Te sientes profundamente insegura. Si a eso le sumas la crisis matrimonial de tus padres y la presión constante por triunfar, llega un momento en que ya no puedes más. Así que, por rencor, me hice un carné ilegal. Deambulaba por las discotecas de noche en lugar de estudiar obedientemente y quedarme en casa de amigas. Por aquel entonces aún vivíamos en Miami. Te puedes imaginar las fiestas que se montaban allí.

Su confesión me hizo sonreír involuntariamente. Me resultaba visiblemente difícil imaginar a la siempre correcta y estricta fiscal Kennedy Duran como una gatica fiestera salvaje, que además era culpable de falsificar documentos.

Sin embargo, tenía que admitir que en las últimas treinta y seis horas aprendí mucho sobre la fría fiscal, lo que me sorprendió.

—Bueno, en cualquier caso, en uno de mis clubes favoritos de la época había un grupo prometedor cuyo cantante principal me parecía increíblemente sexy. Tenía unos veinte años y no paraba de atraer a las fans. Una noche, mis amigas me arrastraron al backstage, donde le conocí en persona por primera vez. Me quedé boquiabierta y me sentí muy halagada por su evidente interés en mí. De lo que no me di cuenta en ese momento es de que me veía como una de sus muchas groupies.

—Ya veo —suspiré y me froté la frente— ya puedo adivinar qué pasó después en esta historia.

—Me follaba siempre que le apetecía y yo agradecía poder evadirme de mis problemas durante un rato. Cuando me deseaba, me hacía sentir que yo era la única para él. Exactamente lo que necesitaba en ese momento. Él lo sabía y lo explotó descaradamente. En algún momento, quiso hacerlo sin condón. Como estaba tan enamorada, acepté y secretamente empecé a tomar la píldora. Pero algo debió salir mal porque después de unas semanas de sexo sin protección, quedé embarazada.

—¿Se lo dijiste?

—Se lo dije.

—¿Y supongo que su entusiasmo fue limitado?

Kennedy rio amargamente.

—Lo has dicho bien, sí. Lógicamente, un niño no encajaba en absoluto en su plan de vida. Quería que abortara pero eso estaba fuera de mi alcance. Así que me dio a elegir: o él o el niño. Cuando quise volver a hablar con él tranquilamente, le pillé drogado en el camerino con dos groupies a la vez.

Kennedy se mordió el labio inferior con decepción y desilusión ante la imagen que se formó en su mente.

—Se lo confesé a mi madre y a día de hoy todavía le reconozco el mérito de su reacción. En lugar de regañarme y culparme, me abrazó y me aseguró que nos las arreglaríamos juntas. Sin embargo, mi padre, a quien obviamente no podíamos ocultar el embarazo, estaba furioso. En resumen: el embarazo fue la sentencia de muerte para el matrimonio de mis padres. Se divorciaron y me quedé con mi madre, que me apoyó todo lo que pudo con Reagan. Con los años, mi padre y yo volvimos a estar mínimamente unidos. Gracias a Reagan. Por mucho que me desprecie, quiere a Reagan.

—Ya veo. ¿Y por qué viviste en Sanibel antes de mudarte a Nueva York y no en Miami?

—Después de graduarme, me ofrecieron un trabajo en Fort Myers, muy cerca de Sanibel, lo que me permitió compaginar a Reagan con mi trabajo. Sin duda, mi padre tuvo algo que ver, pero en aquel momento yo sólo estaba agradecida por tener un trabajo que me permitiera valerme por mí misma y que ya no me obligara a aceptar el dinero de mis padres. No tenía tiempo para un trabajo a tiempo parcial junto con mis estudios y una hija.

—Ya veo. Déjame adivinar: ¿Tu padre interfirió permanentemente en tu trabajo y en la educación de Reagan como resultado?

—Sí. Él y su segunda mujer, Constanze. Quería usar sus conexiones para ayudarme a tener una carrera rápida, para que pudiera ponerme al día en lo que me perdí debido a lo que a él le gusta llamar mi *negligente estupidez*. Sin embargo, yo insistía en ganarme mis ascensos trabajando duro. Además, Reagan siempre fue lo primero para mí. Por lo tanto, las horrendas horas extraordinarias que hay que hacer para tener una carrera estelar habrían estado fuera de lugar de todos modos. Por eso, mi padre me sugirió que contratara a una niñera para poder trabajar más horas y avanzar más rápido en mi carrera. Pero yo no quería dejar a mi hija. Era una fuente constante de fricción. Llegó un momento en que ya no era posible.

—Así que solicitaste el trabajo en Nueva York. Lejos de la influencia directa de tu padre y en la ciudad donde realmente querías vivir entonces —cerré el círculo.

Kennedy asintió.

—¿Qué hay del padre biológico de Reagan? ¿Has vuelto a saber de él?

Kennedy negó con la cabeza.

—Estoy bastante segura de que mi padre le pagó generosamente para que se escondiera, se callara y no volviera a dar la cara. Probablemente fue lo mejor. Ojalá me hubiera dado cuenta entonces. No me arrepiento de haberme quedado embarazada de Reagan. Lo único que lamento es no haber elegido un candidato mejor. Alguien que ame a Reagan y esté ahí para ella.

—Creo que se ha convertido en una gran chica incluso sin papá —intenté animar a Kennedy.

—Gracias —contestó ella con una débil sonrisa— eres muy amable.

—Pero tengo una pregunta más.

Kennedy enarcó una ceja con curiosidad y me hizo un gesto de incitación.

—Dispara.

—¿Qué pasa con vuestros nombres? ¿Por qué tanto tú como tu hija os llamáis como presidentes americanos?

Kennedy soltó una risita divertida pero sarcástica que hizo temblar sus hombros tensos.

—¿Tu padre? —adiviné y Kennedy emitió un sonido de acuerdo.

—Como puedes ver fácilmente, vive para la política. Ronald Reagan y John F. Kennedy están entre sus mayores ídolos. Cuando me desperté en el hospital tras el nacimiento de Reagan, me dijeron que la bebé había sido registrada con el nombre de *Reagan April Duran*. Mi padre rápidamente rebajó el nombre que yo había elegido para mi hija a segundo nombre y en su lugar le puso su nombre favorito: *Reagan*.

CAPÍTULO 34

Kennedy

JAMESON ME MIRÓ con incredulidad con sus ojos verde bosque.

—¿Le puso un nombre a *tu* hija en *contra* de *tu* voluntad?

Me encogí de hombros tímidamente y tomé un sorbo de café de mi taza para ocupar mis manos y mi boca. Porque la mirada dura de Jameson me ponía nerviosísima.

—Tienes todo mi respeto por perdonar a tu padre y por volver a Florida a pesar de todo para celebrar su cumpleaños con él, y respaldarlo delante de sus compañeros de fiesta, pero...

—¿Pero?

—Pero a diferencia de ti, yo no puedo ser indulgente con él. No voy a aconsejarte que vuelvas a hablar con él. Porque después de todo lo que he oído y vivido, no creo que sirva de nada. Ese hombre no va a cambiar. Ni él ni su comportamiento. Sólo va a hacerte más daño. Y mientras pueda evitarlo, no dejaré que eso ocurra.

Las facciones de Jameson parecían petrificadas y draconianas. No había ni rastro del abogado estrella habitualmente encantador, despreocupado y relajado.

Apreté los labios con pesar y enterré la frente entre las manos.

—Siento que hayas tenido que presenciar estas discusiones. No estaba planeado así.

—¿Entonces cómo se planeó?

Miré entre mis dedos y me di cuenta de que la dura expresión de Jameson se estaba suavizando poco a poco, lo que también se reflejaba en su voz.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿cuál era tu plan real? Ese en el que te acompaño a la fiesta como tu novio de mentira.

Respiré hondo y suspiré.

—Pensé que la fiesta nos iba a exigir mucho. Por eso sugerí que no voláramos de vuelta hasta el lunes por la tarde, para que pudiéramos recuperarnos del estrés y las tensiones del domingo y el lunes en la playa.

—La playa suena bien —contestó Jameson—. Verte todo el día medio desnuda suena como una escapada perfecta.

—Bueno —resoplé con pesar— supongo que eso ya está descartado. Me informaré a primera hora de la mañana para ver si se puede cambiar el vuelo.

Jameson me escrutó en silencio. Intensamente. Muy intensamente, como si pudiera encontrar la respuesta a todas sus preguntas en mi cara.

—No vamos a cambiar el vuelo —me dijo finalmente, apartando su mirada de mí.

—¿*No* vamos a cambiar el vuelo? —repetí interrogante.

—Ahora que estamos en el *Estado del Sol*, vamos a disfrutar del sol, el mar y las palmeras.

Mañana por la mañana buscaremos un bonito hotel de playa donde podamos pasar los próximos dos días junto a Reagan. Preferiblemente lejos de Sanibel.

—¿Estás seguro? —pregunté, desconcertada.

¿Jameson Sharp no quería interrumpir este viaje de terror antes de tiempo? ¿A pesar de todo lo que vio, oyó y experimentó desde su llegada? ¿A pesar de mi cálculo de utilizarlo como mi novio de mentira? ¿A pesar de mi pequeña hija, a la que nunca jamás dejaría atrás? No tenía el menor sentido.

—¿Por qué iba a sugerirlo si no? —Jameson retomó mi pregunta anterior.

Bajé la mirada a mis manos y me quedé callada.

—¿Kennedy? —su voz inflexible me hizo estremecerme por dentro. Se inclinó hacia adelante y me agarró la barbilla, obligándome a mirar su penetrante mirada—. ¿Por qué lo sugeriría si no estuviera seguro?

Tragué saliva y susurré.

—¿Por lástima?

Al oír mis palabras, Jameson se levantó negando con la cabeza y se acercó a mí. Se sentó a mi lado y me subió a su regazo. Pillada desprevenida por aquel gesto tan íntimo, me dejé hacer sin mediar palabra.

Jameson enterró la nariz en mi pelo y suspiró satisfecho.

—Si hay alguien que me da pena, es tu padre porque es evidente que no se da cuenta de lo maravillosa persona que eres: justa, inteligente, responsable, apasionada, sensual y amable.

Por cada uno de los encantadores adjetivos que me susurró, me dio un tierno beso. En la barbilla. En la mejilla. En la comisura de los labios. En la punta de la nariz. En los párpados. En la frente.

Cerré los ojos y dejé que me abrazara. Dejé que me consolara. Que me curara.

No podía recordar cuándo en mi vida me había sentido tan segura y protegida como en ese momento en los brazos de Jameson. Probablemente nunca antes. Por eso ahora lo disfrutaba aún más.

—Como parece que no tienes ni idea de lo gran mujer que eres, vamos a trabajar en tu autoestima durante los próximos dos días, nena —murmuró Jameson al cabo de un rato contra mis labios y me pidió en silencio otro beso.

Se lo di.



Me desperté al amanecer del día siguiente y al principio no sabía dónde estaba. Parpadeé e intenté adaptar los ojos a la oscuridad que me rodeaba. Jameson dormía a mi lado, respirando tranquila y regularmente.

Pero no estábamos en mi cama ni dormíamos en mi dormitorio.

Mi mirada vagó por la habitación y poco a poco volvió el recuerdo de la noche anterior.

De la fiesta. De la discusión. Mi marcha. Y las *secuelas*...

Jameson y yo encontramos un motel decente no muy lejos de la cafetería, cuyas habitaciones parecían limpias y cómodas. Sin más preámbulos, cogimos una habitación para pasar la noche. Acordamos que en la mañana, después de una buena noche de sueño, decidiríamos qué hacer con el resto de nuestro tiempo en Florida.

Me dejé hundir de nuevo en las almohadas, pero no conseguía calmarme. Por un lado, porque

quería a Reagan cerca de mí. Y por otro, porque Fort Myers seguía estando demasiado cerca de la isla de Sanibel como para pensar en relajarme.

Teníamos que salir de ahí.

Lo más rápido posible.

¿Pero a dónde?

Jameson, que parecía haberse dado cuenta de mi inquietud, abrió los ojos con un suspiro y tiró de mí para acercarme.

—¿Te preocupa lo que nos deparará el día de hoy? —adivinó mis pensamientos.

—No quiero que Reagan se entere de la pelea con mi padre, pero si la recojo y no volvemos a la casa de mi padre, hará preguntas.

Jameson se echó encima de mí y me hundió la cara en el cuello. Desplazó su peso y me mantuvo atrapada debajo de él. Inspiraba y expiraba de manera uniforme y sentí que me relajaba lentamente. Dejé que mis manos se deslizaran por los pronunciados músculos de su espalda hasta su trasero y acompasé mi respiración a la suya.

Vaya. Ese hombre ahuyentaba los crecientes ataques de pánico mejor que cualquier perro de terapia.

—¿Tu madre sigue viviendo en Florida? —murmuró somnoliento en mi oído.

Su voz sonaba áspera y ronca. No sabría decir si era por el sueño o por la excitación, pero el sonido de su barítono sexy me erizó el vello del cuerpo.

—Sí, ¿por qué? —me concentré en su pregunta en lugar de en su cálida piel.

—Porque ayer hablaste muy bien de ella. Si no me equivoco y tenéis una buena relación, ¿por qué no vamos a verla? Esa explicación también tendría sentido para Reagan sin que ella indagara.

La calidez me inundó ante las palabras de Jameson, que salían con tanta naturalidad y facilidad de sus labios, como si fuera lo más normal del mundo sugerir una visita de otros miembros de la familia de la mujer con la que en realidad esperaba pasar unos días de diversión y relax sin compromiso, en lugar de un hotel de cinco estrellas con guardería, que sin duda podía permitirse.

Jameson levantó la cabeza al ver que no contestaba a su sugerencia y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Todavía no te has hartado de mi familia? —me aseguré de no haberle malinterpretado.

—Has dicho que tu madre siempre te ha apoyado. Así que es poco probable que sea como tu padre.

—No —exhalé ruidosamente y dejé que mis dedos se deslizaran por la espalda de Jameson —, no, no lo es.

—Ahí lo tienes. Seguro que se alegrará de veros a Reagan y a ti. ¿Vive lejos?

—En Miami. A unas tres horas de aquí.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Jameson.

—Eso es maravilloso. Eso nos deja tiempo suficiente para un rapidito matutino sin molestias. Luego recogeremos a Reagan y nos pondremos en camino. Mientras tanto, puedes llamar a tu madre y decirle que vamos a ir a comer. ¿Qué te parece la idea?

CAPÍTULO 35

Jameson

CONDUJE EL COCHE por la *US-41* en dirección a Miami. Atrás quedaban kilómetros y kilómetros en los que apenas nos habíamos cruzado con otro coche. Como la autopista iba en línea recta, tuve la oportunidad de contemplar las marismas a nuestra derecha e izquierda.

Atravesamos los *Everglades*, el hogar de los caimanes. Vi más de un caimán tumbado perezosamente en las orillas del río que corría junto a la carretera.

Hasta entonces, sólo había visto a esos animales por televisión. Nunca los había visto de cerca. ¿Y dónde? No es que Nueva York estuviera repleta de caimanes.

Reagan, que iba sentada en el asiento trasero, no podía creer que yo no hubiera visto ni tocado un caimán de cerca en mi vida.

—Mamá —gritó emocionada—, ¿Podemos parar en *Adventure Tours* y hacer una excursión en barco con Jameson?

—¿Una excursión en barco? —repetí, inequívocamente escéptico.

Reagan sonrió entusiasmada por el retrovisor.

—Sí, en un aerodeslizador por los *Everglades*. Es una pasada.

—Cariño, no queremos hacer esperar a la abuela. Está cocinando especialmente para nosotros —objetó Kennedy y se giró hacia su hija.

—Las visitas no llevan mucho tiempo. Y Jameson *nunca* ha visto un caimán en libertad. Nunca, mamá. ¿Te lo imaginas?

Kennedy se giró hacia mí y luchó por contener una sonrisa ante el tono horrorizado de Reagan.

—¿Quieres dar un paseo en barco por los *Everglades* y seguir los pasos de los caimanes, Jameson?

—¿Voy a convertirme en *Cocodrilo Dundee*? —respondí, moviendo las cejas significativamente.

—Espera y verás —dijo Kennedy con una risita y tecleó la dirección del operador turístico en su teléfono móvil—. Muy bien, ratoncita. Reservaremos la excursión y veremos si Jameson es realmente tan valiente como siempre finge ser, o si se está muriendo de miedo de ver a los caimanes, ¿vale?

Reagan chilló feliz y la risa alegre de Kennedy tampoco se me escapó.

El alivio me inundó ante la expresión relajada de su rostro. Toda la tensión que se apoderó de ella desde que fuimos a Sanibel parecía haber desaparecido de su cuerpo. Las arrugas de preocupación. Los hombros tensos. La mirada helada.

Sentada a mi lado tenía una joven alegre, ecuánime y divertida que estaba deseando pasar el día conmigo y con su hija.

Y para mi sorpresa, yo también lo estaba deseando. No *a pesar* de la presencia de Reagan. Ni *a pesar* de tener una comida con la madre de Kennedy. Sino *gracias a eso*.

Me encantaba pasar tiempo con Reagan. Y después de todo lo que Kennedy me contó sobre su madre, estaba deseando conocer a esa mujer en persona.

Realmente no me sentía como siempre. Nada de eso.

Cuando solía tomarme un fin de semana largo libre y viajar, normalmente era para divertirme con una mujer guapa o con mis compañeros sin que me molestaran. Y ciertamente no para conocer a los padres de mis citas, o pasar tiempo con sus hijos.

Pero con Kennedy, por alguna razón, era completamente diferente.

¿Por qué?

¿Qué tenía ella que me fascinaba tanto?

—¡Aquí estamos! —el grito de Reagan me sacó de mis pensamientos.

En el arcén de la carretera, delante de nosotros, divisé un gigantesco cartel enmarcado por ondeantes banderas rojas con las palabras *Adventure Tours* y la foto de un aterrador caimán.

Puse los intermitentes y giré a la derecha. El coche se detuvo frente a un grupo de casas de madera verde oscuro al estilo del Salvaje Oeste.

A nuestra derecha estaban las orillas de un río en el que se balanceaban cuatro aerodeslizadores con enormes hélices.

Enarqué una ceja y miré dubitativo a los taxis acuáticos.

—¿Tienes miedo? —me susurró Kennedy al oído con picardía y se desabrochó el cinturón de seguridad—. No te preocupes, te llevaré de la mano.

—Bromista. La palabra *miedo* no existe para mí —le expliqué, pero secretamente me sentía un poco mareado.

Normalmente sólo tomaba el sol, si es que lo hacía, en yates modernos y bien mantenidos que navegaban por aguas azules, desde luego, no en cáscaras de nuez agujereadas que parecían que se iban a hundir en un pantano lleno de animales carnívoros en cualquier momento.

Kennedy mostró en la entrada los billetes que reservó por Internet y nos llevaron directamente a una de las cáscaras de nuez.

Reagan subió sin miedo y se sentó en el borde derecho.

—Jameson puede sentarse en el centro. Así los cocodrilos serán los últimos en atraparlo cuando ataquen el bote.

—¿Los cocodrilos atacan el bote? —repetí con suspicacia, pues creí haberle oído mal.

—Bueno, ¿por qué crees que el patrón de navegación está sentado tan arriba? —sonrió el hombre de la barba de Papá Noel y la gran barriga, que estaba encaramado muy por encima de nosotros en el asiento del conductor. Si es que se le podía llamar así—. Después de todo, alguien tiene que traer el barco de vuelta cuando los caimanes se llenan la barriga de turistas —continuó cacareando.

Gracioso.

Increíblemente gracioso.

—Además, no son cocodrilos, son caimanes, Jameson —me corrigió Reagan con buen humor—. Mucho más agresivos y hambrientos.

Kennedy, que estaba sentada a mi lado en el borde izquierdo del barco, se mordió el labio inferior, pero el temblor de sus hombros la delató y Reagan también hizo una mueca.

—Si seguís así, os echaré a los caimanes, descaradas —las regañé y me uní a sus risas.

Kennedy me cogió la mano izquierda y Reagan la derecha, como si necesitaran darme apoyo emocional y moral. En realidad no era necesario, pero me gustó. De hecho, me gustó mucho.

Más visitantes subieron a la barca y poco después viajábamos tranquilamente a través de los densos juncos que bordeaban el río en dirección a las extensas marismas.

El viento soplaba suavemente en torno a mi nariz y me relajé mientras observaba los diversos pájaros que se paseaban por el pantano, se posaban en los árboles o sobrevolaban nuestras cabezas.

Evidentemente, me preocupé en vano. En lugar de una salvaje cacería de caimanes, simplemente navegamos tranquilamente por el agua verde y disfrutamos de la vista.

Al menos eso pensaba yo.

Porque de repente el patrón aceleró el extraño motor de ventilador que impulsaba la embarcación y de un segundo a otro nos lanzamos a través de los pantanos de Florida a una velocidad vertiginosa.

¡Santo cielo!

El paisaje me pasaba literalmente volando y el enorme viento en contra casi me arranca las gafas de sol de la nariz. El agua del pantano me mojaba la cara y no sabía si me resultaba refrescante o repugnante.

¿En serio?

Miré de reojo a Reagan, que alzaba los brazos en señal de júbilo y parecía estar disfrutando como nunca. Luego miré a mi izquierda y se me cortó la respiración. La larga melena rubia de Kennedy ondeaba al viento. Su dulce rostro estaba adornado con un brillo tan entusiasta, exuberante y despreocupado que me pareció ver salir el sol detrás de ella.

Sin pensarlo ni un segundo, me incliné hacia ella y la besé. No pude evitarlo. Tenía que sentirla. Ahora mismo.

Kennedy rio contra mis labios y devolvió el beso. Me agarró el pelo con las manos y me apretó contra ella mientras el barco seguía avanzando a toda velocidad por el pantano.

—Los ojos en el paisaje —jadeó sin aliento— si no, te perderás a los caimanes.

—Me importan un bledo —gruñí—. El único caimán que me importa está sentado a mi lado ahora mismo y me deja besarle.

—¡Oye! Puede que no sea una supermodelo, pero desde luego tengo mejor aspecto que un caimán —se quejó Kennedy con fingida indignación.

¿No era una supermodelo?

A mis ojos, era una sensual supermodelo, una feroz abogada y una cariñosa supermamá. Todo eso y mucho más...

—¡Ahí hay uno! —gritó Reagan entusiasmada cuando el barco aminoró la marcha y giró hacia un estrecho brazo del río.

Y así era.

A pocos metros delante de nosotros nadaba un caimán verde y escamoso. Todo lo que podíamos ver desde aquí era la cabeza marrón verdosa y la larga boca, pero cuanto más nos acercábamos, más se veía su cuerpo.

La barca se deslizaba junto a él y, si el animal hubiera querido, podría haber saltado fácilmente a nuestra barca, que estaba a sólo unos centímetros por encima de la superficie del agua.

No sabía si esto debía asustarme o fascinarme. A diferencia de Reagan, que hacía el signo de la paz con los dedos y se sacaba una foto con el caimán de fondo.

—Ahí hay otro —gritó uno de los otros ocupantes de la barca, señalando a su izquierda.

Y efectivamente, el enorme cuerpo de un caimán impresionantemente grande se abrió paso entre los manglares de la orilla.

Curioso, nadó hacia la barca, sumergiendo todo su cuerpo en la sopa opaca del río. Sólo mantenía los ojos fuera del agua para poder vigilarnos de cerca.

Una locura.

No pude evitar contagiarme de la fascinación de Kennedy y Reagan. Seguí con ellas a los peligrosos, aunque impresionantes, animales mientras peinaban su territorio en busca de presas y nos prestaban poca atención.

Al cabo de media hora, volvimos al punto de partida y agradecimos al barquero la fantástica experiencia con una generosa propina. Casi me dio un poco de pena que esta excursión involuntaria hubiera terminado tan rápido.

CAPÍTULO 36

Kennedy

UNA HORA y media más tarde, aparcamos en la entrada de casa de mi madre. Vivía en una pequeña y modesta casa a pocas manzanas de la bulliciosa *South Beach* de Miami.

Todavía no sabía qué pensar de la sugerencia de Jameson de visitar a mi madre. De hecho, toda su reacción ante la experiencia me confundía.

No éramos amantes. Ni siquiera estábamos enamorados. Sin embargo, aceptó inmediatamente hacerse pasar por mi novio y no se separó de mí en medio del caos. No huyó. No me tomó como a una loca.

Al contrario. Todo en él parecía tranquilo, sereno y equilibrado. Parecía sentirse como en casa. Aquí. Con nosotras.

No lo entendía. No le entendía.

Pero de momento no tuve tiempo de seguir pensando en él, porque la puerta azul claro de la casa de una sola planta pintada de blanco se abrió y mi madre apareció en el portal, sonriendo feliz.

Reagan se apresuró a abrir la puerta trasera del coche y salió de un salto. Corrió hacia su abuela y se arrojó a sus brazos. Fue una visión que, por un lado, me llenó el corazón de calidez, pero por otro, hizo que se me apretara dolorosamente.

Reagan quería a su abuela y la echaba de menos. Ambas cosas eran fáciles de reconocer. Me invadió un sentimiento de culpabilidad porque en el futuro no se verían tan a menudo debido a nuestro traslado a Nueva York. Una vez más, no tuve tiempo de pensar más porque Jameson me puso la mano en la rodilla en ese momento e hizo un gesto de confianza con la cabeza.

—¿Preparada?

—Preparada —respondí y salí del coche.

Jameson me esperaba en el lado del conductor y me sonrió con confianza.

Juntos nos acercamos a mi madre y a Reagan, que cuchicheaban animadamente entre ellas.

Cuando nos acercamos se callaron bruscamente, como si las hubiéramos pillado haciendo algo prohibido.

—Bienvenida a casa, cariño.

Mi madre me estrechó en un fuerte abrazo y me plantó un beso en el pelo.

Mientras Jameson y conducimos a Sanibel aquella mañana para recoger a Reagan en casa de su amiga, yo le conté a mi madre a grandes rasgos lo ocurrido allí. También le conté que había hecho pasar a Jameson por mi novio de mentira para que mi padre me dejara en paz con sus intentos de casamentero.

Contrariamente a lo que esperaba, a mi madre le pareció increíblemente divertido y me hizo sonreír pícaramente con su sonora carcajada. Mi estado de ánimo se levantó al instante.

No necesitaba esconderme de mi madre. Ni doblegarme. Ella me aceptaba tal como era. Ese hecho tan valioso le valió mi confianza sin reservas. Tenía mi amor incondicional.

—Así que tú eres el acompañante de mi hija —saludó a Jameson, entornando los ojos hacia la mano de Jameson, que descansaba suelta y aparentemente natural sobre la parte baja de mi espalda.

—Ese soy yo. Jameson Sharp —se presentó y tendió con confianza su mano libre a mi madre —. Encantado de conocerte.

—Soy Carol —respondió mi madre, cogiendo la mano de Jameson—. Pasen. La comida ya está en la mesa.

Seguimos a mi madre a través de la casa hasta el porche y tomamos asiento en la mesa de comedor bajo el toldo a la agradable sombra.

—¿En qué hotel de Miami os alojáis? —preguntó mi madre mientras ponía ensalada fresca con melón, aguacate y queso feta en los platos de Reagan, Jameson y yo.

—Para ser sincera, aún no hemos reservado habitación. La decisión de venir aquí fue... bastante espontánea, como sabes —esquivé la discusión con mi padre para no agobiar innecesariamente a Reagan—, pero echaremos un vistazo después de cenar.

—¿Por qué no os quedáis aquí? —ofreció mi madre con ligereza.

—*¿Aquí?* —me detuve y miré a mi madre, perpleja—. *¿En tu casa?*

Mi madre se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Reagan puede dormir en su antigua habitación y tú y Jameson en la tuya. No he cambiado nada.

—¡Ah, sí! —exclamó Reagan con entusiasmo, dando palmas con alegría—. Eso sería estupendo. ¿Podemos salir todos juntos en el barco, abuela? Quiero enseñarle a pescar a Jameson y enseñarle dónde vive JLO.

—Claro que podemos, cariño —mi madre acarició cariñosamente la espalda de Reagan, dando la impresión de que no podía negarle un deseo a su nieta.

—Cariño, primero deberías preguntarle a Jameson por sus planes. A lo mejor no quiere ir a pescar o a navegar. A lo mejor prefiere tumbarse en la piscina en un hotel o ir a la playa —frené el ansia de mi hija.

—¿Por qué en un hotel? ¿No se queda Jameson con nosotros? —Reagan miró interrogante a Jameson, que a su vez me miró interrogante a mí.

—¿Por qué quieres meter a Jameson en un hotel, Kennedy, cariño? Puede quedarse con nosotras. Tu cama es bastante grande para dos personas. Puede que sea un poco estrecha, pero entonces tendréis que acurrucaros el uno contra el otro —se alegró mi madre, que claramente estaba tramando algo.

Me levanté apresuradamente y señalé con el dedo a Jameson.

—¿Podemos hablar un momento? ¿A solas?

Jameson se levantó y asintió entre dientes. Luego me siguió fuera e inclinó la cabeza, esperando.

—Escucha, Jameson, no sé ni por dónde empezar. Siento muchísimo todo esto. Estoy avergonzada de mí misma. Por supuesto que te reservaré una habitación en uno de los mejores hoteles de *South Beach* para que puedas tener un poco de paz y tranquilidad de nosotras y descansar como es debido...

—Kennedy —Jameson me interrumpió en mi torrente de palabras y me puso el dedo índice en los labios para indicarme que me callara—. ¿Por qué crees que tienes que reservarme una lujosa habitación de hotel? Estaré encantado de quedarme aquí contigo. Siempre que tú quieras

que me quede.

—Pero eso no es posible —objeté en voz baja.

—¿Y por qué no es posible?

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Basta con que mires a tu alrededor. Esto no es el *Ritz*. Es acogedor y hogareño, sí. Pero es pequeño, estrecho y no es adecuado para relajarse. Reagan estará encima de ti todo el tiempo, así que no tendrás ni un momento de paz. Acabas de oírlo.

—¿Qué te hace pensar que no quiero ir a navegar y pescar? Me gusta la idea.

Suspiré resignada.

—Pero no has venido a Florida para eso.

—¿Para qué he venido, entonces? —Jameson levantó una ceja inquisitivamente.

—Bueno, por la fiesta de cumpleaños y las oportunidades de establecer contactos que conllevaba —respondí.

—Si ese fuera el caso, podría haber cogido el primer vuelo de vuelta a Nueva York esta mañana en lugar de volar de vuelta contigo el lunes.

Su afirmación me hizo callar.

Tenía razón.

Si sólo le interesaban los contactos que pudiera hacer en la fiesta de mi padre, podría haber volado de vuelta a Nueva York antes, inmediatamente después de la fiesta de cumpleaños, para estar a tiempo en la oficina el lunes por la mañana. No había ninguna razón para que se quedara en Florida hasta el lunes por la tarde.

Pero...

No me atreví a pensar en esta absurda idea ni por un segundo.

—Para ser sincero, he venido contigo sobre todo para pasar más tiempo contigo, Kennedy —dijo Jameson en ese momento, diciendo lo que yo ni siquiera me atrevía a pensar—. Apenas nos vimos desde nuestra noche juntos en Nueva York, lo cual me parece una pena.

—Pero... pero… —tartamudeé, completamente pillada por sorpresa—. Yo... tú... nosotros... así que…

—Quiero quedarme contigo hasta el vuelo de vuelta a casa, Kennedy. Y tú quieres quedarte con Reagan. Y ella quiere quedarse con tu madre, así que si lo permites, me quedaré aquí. Contigo. Porque lo creas o no, me gusta pasar tiempo con mis presidentes.

—¿Pero por qué? —respiré casi sin voz.

Jameson se metió las manos en los bolsillos del pantalón y puso cara de dolor.

—Dejemos el *por qué* para otro momento. Al menos hasta que estemos de vuelta en Nueva York y podamos hablar en paz, ¿vale?

—Yo… —empecé, pero la mirada suplicante de Jameson me hizo hacer una pausa—. De acuerdo —cedí—. Puedes quedarte.

CAPÍTULO 37

Jameson

ME SENTÉ en la acogedora cubierta de una pequeña embarcación deportiva blanca de diez metros y dejé que el sol me diera en la cara mientras Reagan y Peter, a quien Carol me presentó como amigo de la familia, me contaban qué estrella poseía una villa en la llamada *Millionaire Row*, en los alrededores de *South Beach*.

Miré a mi alrededor con aprecio. Quizá debería pensar en comprar una propiedad en Miami. Las imponentes villas alineadas en las estrechas islas, intentando superarse unas a otras en cuanto a arquitectura, color y tamaño, eran toda una declaración de intenciones. Igual que los lujosos yates a motor que esperaban su próxima misión en los embarcaderos privados frente a las villas.

Estaban desde Jennifer López, Ricky Martin y Shakira hasta el propietario de los Memphis Grizzlies, pasando por influyentes gestores de fondos de alto riesgo y directores ejecutivos de empresas farmacéuticas. No faltaban personalidades famosas y conocidas en *Star Island*, la isla con el nombre más apropiado de todas.

Kennedy estaba sentada un poco a un lado y parecía sumida en sus pensamientos desde nuestra conversación en el jardín delantero de su madre.

Si Reagan no me hubiera mantenido constantemente en vilo con su animada charla, probablemente me hubiera sentido igual. Afortunadamente, ella seguía charlando para que yo no tuviera la tentación de pensar en la conversación con Kennedy porque para ser sincero, me sorprendí a mí mismo con mi declaración y sinceridad. Me dije todo el tiempo que sólo viajaba de ida y vuelta con Kennedy y Reagan porque era lo más fácil para todos los presentes. Pero, por supuesto, podría haber organizado fácilmente un traslado que me llevara de Sanibel al cercano aeropuerto de Fort Myers el domingo por la mañana, desde donde podría volar de vuelta a Nueva York a tiempo para el comienzo de la semana.

¿Por qué no lo hice?

Bueno... supongo que respondí a esa pregunta durante la conversación con Kennedy: quería quedarme con ella. Pasar tiempo con ella. Con ella y con Reagan.

Por muy simple que pudiera sonar para los de fuera, ese deseo era complicado para mí. Porque la sensación de querer estar siempre cerca de una mujer y anhelarla casi dolorosamente era completamente nueva para mí.

Lo que empezó como una suave palpitación en mi pecho se había convertido gradualmente en un tirón penetrante y ardiente que me hacía casi imposible ignorar esa insistente sensación de deseo en lo más profundo de mi ser.

—Jameson, mira, el *Parque Nacional de Biscayne* está apareciendo por allí. Y *Cayo Largo Norte* empieza justo detrás —la brillante voz de Reagan se abrió paso a través de la espesa niebla

que envolvía mi mente y me hizo parpadear sorprendido.

Demasiado para intentar no preocuparme por Kennedy y por mí.

Seguí la pista de Reagan y descubrí la isla costera que formaba el comienzo de los *Cayos de Florida*.

Carol sugirió que atracáramos y pescáramos en una isla deshabitada cerca de *Isla Morada*, más o menos en el centro de los *Cayos de Florida*. Junto con Reagan y Kennedy, preparó un suntuoso paquete de aperitivos, ya que supuestamente no había nada en esa isla desierta excepto arena, palmeras y unos cuantos bancos rústicos de madera para los pescadores.

Nos dirigimos a nuestro lugar de pesca, dejando a nuestra derecha los famosos *Cayos de Florida*, con sus palafitos, astilleros, pequeños complejos turísticos y playas aún más pequeñas.

Los 800 cayos se extienden a lo largo de más de 300 kilómetros y tienen menos de cincuenta metros de ancho en algunos lugares. Difícil de imaginar.

Desde lejos, divisé un puente para coches que conectaba los cayos a través del agua. Había 42 en total en los cayos, según me contó Reagan.

A una parte de mí le habría gustado navegar hasta *Key West* para ver *Southernmost Point*, el punto más meridional de los EE.UU. continentales, que estaba a sólo 145 kilómetros de Cuba. Pero por desgracia no tuvimos tiempo. Tardamos entre cuatro y cinco horas en coche de Miami a *Key West*. Un poco más en barco.

Así que me contenté con admirar el agua, a veces de color turquesa, y las islas que pasaban, los llamados Cayos, mientras me dejaba envolver por la charla de Reagan, saboreando la sal del mar en mis labios y dándole a Kennedy lo que evidentemente tanto necesitaba: tiempo y distancia. Al parecer, Carol también lo sentía. Porque charlaba alegremente con Peter, impidiéndole entablar conversación con Kennedy.

No fue hasta que el barco atracó en la isla en miniatura de *Isla Morada*, algún tiempo después, que Kennedy despertó de su trance y se esforzó por esbozar una sonrisa alegre.

La ayudé a bajar del barco y disfruté del calor y la suavidad de su mano entre las mías, ya que había estado a kilómetros de distancia, tanto mental como físicamente, durante las últimas horas.

Carol extendió los manjares que había traído en una de las mesas de madera de la pequeña isla, mientras Peter preparaba el equipo de pesca. Kennedy, por su parte, ayudó a Reagan a ponerse el bañador y yo llevé las toallas y las sillas plegables desde el barco hasta la orilla arenosa de la isla.

Poco después, estábamos sentados alrededor de la mesa riendo, divirtiéndonos y disfrutando. La escasez de comida nos confirmó que el aire marino daba hambre.

Después de que todos nos hubiéramos fortificado, me senté junto a Kennedy en el banco de madera y dejé que Reagan y Peter me iniciaran en el arte de la pesca. Kennedy nos observaba con una sonrisa y parecía estar disfrutando poco a poco del viaje, a pesar de sus tensas cavilaciones.



Después de unas horas y unos cuantos peces que, por supuesto devolvimos a su hábitat natural, recogimos nuestras cosas y volvimos a casa tras un hermoso y soleado día. El sol ya estaba bajo en el horizonte y el día llegaba inevitablemente a su fin.

Reagan había estado retozando en el agua y media hora antes se había quedado dormida,

cansada, en el solárium de la embarcación deportiva con el sonido del mar y el vaivén de las olas.

Kennedy acarició cariñosamente la cabeza de su hija y se levantó al cabo de un rato para acercarse a mí. Se sentó a mi lado en el asiento vacío y miró distraídamente el sol rojo ardiente que se hundía lentamente en el mar azul oscuro.

—Salgamos esta noche —sugerí impulsivamente, porque ver Kennedy pensando profundamente me recordaba a nuestra conversación y mi inesperada confesión. Eso, a su vez, me hacía pensar profundamente a mí también. Yo no quería eso. Ahora no. No aquí. No en nuestra última noche en la soleada Florida. La seriedad de la vida nos alcanzaría pronto y hasta que ese momento no llegara, debíamos disfrutar de la vida al máximo.

—Esa es una idea maravillosa, Jameson —Carol estuvo de acuerdo, obviamente le gustaba mi sugerencia—. De todas formas, Reagan no te necesitará hoy. Seguro que la pequeña dormirá hasta mañana.

Para mi sorpresa, Kennedy no se opuso a mi sugerencia. Al contrario. Asintió con la cabeza y preguntó —Muy bien. ¿Qué te apetece?

CAPÍTULO 38

Jameson

ESTABA SENTADA con Kennedy en un bar de moda de *Ocean Drive*, compartiendo un cóctel enorme que habría puesto de rodillas hasta a un elefante.

El cóctel estaba en un vaso bulboso que parecía más un cubo que una copa de cóctel. Dos pajitas de rayas rojas y blancas invitaban a saborear el refrescante mojito con su humeante hielo seco.

Mi mirada se deslizó desde el paseo de enfrente, donde retozaban fiesteros con escasa ropa y peinados estridentes, hasta Kennedy, que estaba sentada frente a mí con un vestido dorado de lentejuelas y tirantes finísimos. Un vestigio de su juventud.

Me pareció impresionante que Kennedy aún pudiera llevar su ropa de casi quince años atrás y lo que era más, que le quedara tan bien.

Su larga melena rubia colgaba suelta sobre sus hombros y enmarcaba sus pecaminosos pechos, que se acentuaban perfectamente con ese increíble vestido. Tal vez eso también se debía al hecho de que Kennedy no llevaba sujetador gracias a la espalda escotada del vestido.

—¿Te he dicho lo preciosa que estás con ese vestido? —ronroneé con voz áspera, mientras se me hacía la boca agua al verla.

—Unas diez veces —soltó una risita— pero me sigue encantando oírlo cada vez.

—Pues bien —susurré y me incliné hacia ella con aire de conspiración—. Estás increíblemente sexy con ese vestido, Kennedy Duran. Me vuelves loco. Especialmente sabiendo que no llevas sujetador debajo.

—¿Cómo sabes que no llevo sujetador? —Kennedy me guiñó un ojo con picardía y cogió la pajita para dar otro sorbo al mojito gigante.

Me reí.

—Nena, si me lo permites, me encantaría respaldar mi afirmación con un registro de cuerpo completo.

Kennedy levantó una comisura de los labios.

—Me temo que eso no va a suceder. Las paredes de la casa de mi madre son tan finas como el cartón.

Ahora era mi turno de torcer los labios en una sonrisa divertida.

—¿Qué pasa? —quiso saber Kennedy.

Cogí su mano y le besé la muñeca hasta el antebrazo con fruición.

—¿Quién dice que tenemos que tener sexo en la cama? —murmuré roncamente con lujuria —. Hay como un millón de sitios en *South Beach* perfectos para ello. Para cuando hayamos estado en todos, será mañana.

El camarero que estaba sirviendo nuestra cena en ese momento me obligó a soltar la mano de

Kennedy, pero sus mejillas sonrojadas me dijeron que mi coqueteo burlón no la dejó fría y eso me gustó. Me confirmaba que mi anhelante deseo era correspondido, al menos físicamente.

Podía aceptarlo.



Después de cenar, nos levantamos ligeramente achispados por el cóctel del tamaño de un cubo y paseamos de la mano por la animada *Ocean Drive*. Las palmeras cubiertas de luces de hadas que ondeaban suavemente con la brisa nocturna armonizaban a la perfección con los focos de colores de los bares, restaurantes y hoteles que iluminaban las fachadas de los históricos edificios del paseo marítimo.

La música de fiesta que sonaba en los altavoces de los locales creaba un gran ambiente entre los invitados y los paseantes.

—¿Qué te apetece? —susurré al oído de Kennedy, porque no quería gritar contra el bajo de la música y porque era la excusa perfecta para estar cerca de Kennedy—. ¿Bailamos?

—No lo sé. Para ser honesta, ya no salgo...

—¿Quieres decir *que ya no sales?*

—Bueno… —murmuró ella, acomodándose uno de sus largos mechones de pelo detrás de la oreja—. De fiesta, a celebrar, dejarme llevar, no lo he hecho desde... desde que quedé embarazada de Reagan. Siempre le he dado muchas vueltas.

Llevé a Kennedy conmigo a una calle lateral más tranquila y le agarré los brazos escrutadoramente.

—¿Hace más de once años que no sales de fiesta? ¿Me tomas el pelo?

Se mordió el labio inferior y se encogió de hombros tímidamente.

—Quedé embarazada y de repente me convertí en madre. Una madre soltera. No tenía tiempo ni dinero para salir de fiesta. Además, no me gusta recordar mis días de juerga…

—¿Por qué no?

—Porque entonces era una persona diferente a la que soy ahora.

—¿Por qué? ¿Porque te gustaban las fiestas?

—Sí. Y porque no era responsable. No tomaba decisiones inteligentes.

—Si ese fuera el caso, difícilmente te habrían aceptado en Columbia. Sólo aceptan lo mejor de lo mejor —repliqué—. Famoso padre o no, no te hubieran admitido sin unas notas y un rendimiento por encima de la media. Ni entonces ni ahora.

—Es cierto, pero hace años que juré que no iría a más fiestas salvajes.

—¿Porque eres una fiscal y madre responsable, madura y fiable?

Kennedy se mordió el labio inferior con una sonrisa y asintió.

—Algo así, sí.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —bajé la voz y di un paso hacia Kennedy de modo que su espalda expuesta se apoyó contra la pared de la casa y bloqueé su única vía de escape con mi cuerpo—. Puedes ser responsable, madura y fiable, pero también puedes ser salvaje, desinhibida y despreocupada.

Puse la mano en su muslo y deslicé lentamente mis dedos separados hacia arriba y por debajo del dobladillo de su vestido dorado de diosa del sexo.

Con la otra mano, empujé unos mechones de pelo de Kennedy detrás de su oreja antes de bajar mi boca caliente a su cuello y empezar a mordisquearlo.

—Mmmmhhh —gemí lujuriosamente, empujándome entre las piernas ligeramente abiertas de Kennedy—. Tú y yo nos vamos a divertir mucho esta noche, nena. Te lo juro. Ahora venga, vamos a disfrutar de la vida antes de que no pueda reunir la fuerza de voluntad para hacerlo porque preferiría estar haciendo otras cosas. Contigo.

Puse un brazo alrededor de la cintura de Kennedy y la conduje unas manzanas más allá hasta un club en una azotea que Landon me recomendó durante nuestra llamada telefónica unas horas antes.

Sin esperar la reacción de Kennedy, pagué la entrada y la conduje decididamente hacia el ascensor, que nos llevó al cuarto piso en un santiamén, donde se encontraba la terraza y por tanto, el club.

Los ritmos acalorados llegaron al ascensor e inmediatamente me pusieron de humor para la fiesta. Una furtiva mirada de reojo a Kennedy me dijo que sentía lo mismo.

Las puertas del ascensor se abrieron para revelar una amplia terraza en la azotea con una fantástica vista del *Parque Lummus* bordeado de palmeras y *South Beach* más allá.

Nos abrimos paso entre la multitud que bailaba para disfrutar de la vista desde la baranda.

Ante nosotros, el mar negro y profundo. Sobre nosotros, las estrellas plateadas de la noche centelleaban en el cielo negro. Y detrás de nosotros, la gente celebraba las alegrías de la vida. El hecho de que aún hiciera más de veinticinco grados a pesar de la hora era la guinda del pastel.

Me puse detrás de Kennedy y la abracé por la cintura.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Te gusta estar aquí?

—Mhhh —ronroneó con aprobación— mucho.

—Me alegro —murmuré y cubrí su hombro con suaves besos—. Entonces bailemos y acabemos con tus años de abstinencia de fiestas.

Tiré de Kennedy hacia la pista de baile conmigo, donde coloqué mis manos en sus caderas posesivamente y observé como empezaba a moverse al ritmo de la música. Al principio tímidamente, como si luchara consigo misma. Pero después de unas cuantas canciones, pareció darse permiso para divertirse y por fin se dejó llevar.

Observé cómo la responsable, severa y fría Kennedy Duran se transformaba al amparo de la oscura noche. Lo que surgió fue una joven seductora, desinhibida y amante de la diversión, con ojos brillantes y una sonrisa radiante.

Su despreocupación y exuberancia me dejaron boquiabierto. *Kennedy* simplemente me dejó boquiabierto.

La forma en que bailaba feliz con su vestido corto de lentejuelas doradas, moviéndose al ritmo de la música de una forma sexy, casi prohibida, me dejó sin aliento.

Se me puso dura como una piedra.

Agarré su larga melena rubia y la enrollé alrededor de mi mano. Luego tiré de él, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás y abrirse a mí. Puse mis labios sobre los suyos con avidez y le pedí impacientemente que me penetrara con la lengua.

Kennedy me dejó y así, con un gemido agónico, hundí mi lengua en su boca caliente para tomar todo lo que pudiera darme. Follé su boca con mi lengua, besándola hasta perder la razón. Joder, prefería morir por falta de oxígeno que interrumpir este puto beso erótico.

Mis manos viajaron a la parte baja de su espalda, empujando su cuerpo más cerca de mí para que pudiera sentir mi dureza a través de la tela de mis pantalones.

Estrechamente abrazados y besándonos sin cesar, seguimos bailando, calentándonos mutuamente y dejando que la música y nuestros besos hambrientos nos embriagaran. Sólo cuando nuestros pies ya no podían más y nuestras bocas empezaban a palpitar dolorosamente de

tanto besarnos, nos separamos respirando agitadamente y tomamos un descanso en el bar. Allí pedimos cócteles helados y escuchamos el ritmo de la música mientras nos devorábamos con la mirada.

Deseaba a Kennedy.

La deseaba tanto que cada minuto que no podía tenerla me parecía un año luz entero.

Sin embargo, me contuve.

Quería que se diera cuenta de lo bueno que era desprenderse de toda responsabilidad de vez en cuando y disfrutar de la vida. Quería que se diera cuenta de que los adultos también pueden divertirse. Que nunca se es demasiado mayor para trasnochar. Que se podía ser una madre cariñosa y una fiscal de éxito, además de una fiestera ardiente y una mujer sensual con necesidades naturales.

Después de todo lo que había vivido y aprendido en los últimos días, entendí por qué Kennedy siempre actuaba tan seria y fría. La presión constante de su padre, el embarazo no planificado y el cambio de plan de vida que lo acompañó, la responsabilidad de ser madre soltera... todas esas circunstancias relegaron a un segundo plano a la Kennedy exuberante, divertida y alegre que surgió esa noche, para dejar paso a la Kennedy Duran sensata, desinteresada y concienzuda.

Aunque me gustaban ambas versiones, me hubiera gustado ver más a menudo a la Kennedy que sonreía a mí lado, brillando más que las estrellas en el oscuro cielo nocturno.

Descubrí que existía y podría haber hecho todo lo posible para poder verla así más a menudo.

—¿Volvemos a la pista de baile? —sonrió y se deslizó con elegancia de su taburete.

—El hecho de que aún puedas caminar con esos zapatos, por no hablar de bailar, es poco menos que un milagro —respondí agradecido.

La afición de Kennedy por los tacones altos me atraía y me seducía. La ligereza y elegancia que mostraba con sus tacones de infarto no era sólo algo que me desconcertara en el tribunal. Incluso en ese momento, no podía apartar la mirada de ella mientras se pavoneaba hacia la pista de baile contoneando las caderas, dando a las palabras *sexy*, *sensual* y *elegante* una nueva definición.

La seguí como hipnotizado y le dije a un tipo con una elegante camisa blanca que estaba a punto de acercarse a Kennedy que saliera de allí lo antes posible.

Esa mujer era mía. Sólo mía. No tenía intención de compartirla. Ni con él, ni con nadie.

Asombrado por mi instinto sobreprotector y por un sentimiento de celos completamente desconocido, rodeé las caderas de Kennedy con las manos y saboreé cómo bailaba sobre mí. Su cuerpo seductor rozaba el mío con intención. Una y otra vez, Kennedy se frotaba contra mí aparentemente al azar, pero ambos sabíamos que su objetivo era volverme loco. Y por Dios, lo consiguió.

Perdí toda fuerza de voluntad y el control sobre mi cuerpo. En lugar de eso, estaba ardiendo, consumido por cada caricia inocente de esa mujer tan sexy.

—Nena, llevemos nuestro baile a otro lugar, ¿qué dices?

Kennedy asintió. Sus mejillas brillaban. ¿Era por el baile o por la anticipación de lo que vendría después? Esperaba que fuera lo segundo.

Tomamos el ascensor hasta la planta baja y evitamos besarnos, sabiendo que podríamos acabar cayendo el uno sobre el otro en el ascensor.

En el animado *Ocean Drive*, miré a mi alrededor y pensé dónde podríamos estar sin ser molestados por lo que estábamos a punto de hacer. Aunque yo no tendría ningún problema en hacerlo en un rincón oscuro de una calle lateral, Kennedy sin duda se merecía algo mucho mejor

que eso.

¿Debería reservarnos una habitación en uno de los lujosos hoteles de *South Beach*? Así podríamos pasar el resto de la noche juntos sin ser molestados y con comodidad.

—Ya sé a dónde vamos —susurró Kennedy tentadoramente, sorprendiéndome una vez más.

Me cogió de la mano y me condujo decididamente a través del *Parque Lummus* hacia la playa.

Sexo en la playa, se me ocurrió, lo que provocó una sonrisa diabólica. Con esas temperaturas, se podía hacer el amor en la playa, sí. Sin embargo, estábamos en *South Beach*, una de las playas más populares y frecuentadas de Estados Unidos. Dudaba que allí estuviéramos a salvo de curiosos indeseables. No es que creyera que uno de ellos pudiera reconocer a Kennedy en la oscuridad y la pudiera fotografiar para exponerla en los medios como la hija lasciva del Fiscal General, pero no quería correr ese riesgo. Además, no podíamos arriesgarnos a que nos detuviera la policía y a que la madre de Kennedy tuviera que recogernos de la cárcel.

Aminoré el paso y, como si Kennedy pudiera sentir mi vacilación, se giró hacia mí y me dedicó una sonrisa confiada.

—Confía en mí, Jameson.

Con su hermosa sonrisa, me envolvió irremediablemente en su dedo, así que tiré por la borda cualquier reserva y la seguí en silencio.

Efectivamente, se dirigió a la playa y poco después oí crujir la arena bajo mis zapatos.

Kennedy se dirigió decidida hacia el agua y fruncí el ceño sorprendido cuando se detuvo frente a una torre de salvamento y extendió los brazos con una sonrisa arrogante.

—Tadaaa —gritó, señalando la torre donde los socorristas se aseguraban de que ningún nadador sufriera daños en el agua durante el día.

Me contagió su sonrisa y sacudí la cabeza con incredulidad.

—¿Estás intentando entrar a la fuerza o cómo entramos?

—Yo no lo llamaría *allanamiento de morada*.

—¿Entonces cómo?

—Si estuviera abierto, la ley dice que no estaríamos allanando. Sólo estaríamos respondiendo a una invitación.

Kennedy subió los escalones, sorprendentemente segura y elegante con sus tacones altos.

—Está abierto —susurró triunfante desde arriba.

—¿Está abierto? —me pregunté. Eso sí que era extremadamente inusual.

Cuando subí, no pude ver a Kennedy por ninguna parte. Desconcertado, miré a mi alrededor y golpeé la puerta, que estaba cerrada. Abierta, una mierda.

Estaba a punto de llamar a Kennedy cuando la puerta del lado se abrió de repente desde dentro y Kennedy asomó la cabeza.

—Por favor, pase Sr. Sharp —sonrió con picardía, lo que me dejó sin habla.

¿Cómo demonios había entrado en la caseta?

Cuando se dio cuenta de mi cara de sorpresa, me guiñó un ojo y señaló hacia la ventana.

—Estaba abierta.

—¿Has trepado por la ventana? —murmuré, asombrado y admirado al mismo tiempo.

—¿Por qué tienes cara de no creértelo? —soltó una risita.

—Porque estoy alucinado con tu energía criminal y, para ser sincero, me excitas bastante, ladronzuela.

Acorté la distancia que nos separaba con dos largas zancadas y cerré la puerta con decisión.

Los ojos de Kennedy se abrieron de par en par ante mi tormentoso acercamiento y sus

mejillas volvieron a adquirir ese dulce tono rojo, diciéndome lo mucho que me deseaba.

Eso era bueno. Porque yo también la deseaba. Y la quería ahora. Ahora mismo.

La atraje hacia mí y estiré mi cara hacia la suya. Pero en lugar de ceder al impulso de besarla, me quedé directamente sobre sus labios y saboreé su aliento caliente y rápido en mis labios.

Finalmente, fue ella quien cerró la brecha entre nuestras bocas apretando con avidez sus labios contra los míos.

Ambos gemimos excitados y nuestras lenguas iniciaron una perversa danza de pasión. Le di la vuelta a Kennedy en la pequeña y desordenada caseta para que se apoyara en la puerta. Luego deslicé el pecaminoso vestido de lentejuelas sobre sus muslos y casi me olvido del condón ante esa visión tan caliente.

Me apresuré a sacarlo del bolso y me arrodillé. Cuando Kennedy se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer, soltó un gemido lujurioso y separó los muslos. Le quité su fino tanga y, sin perder ni un segundo más, enterré mi cara entre sus tentadoras piernas.

Kennedy estaba mojada. Jodidamente mojada. Y olía jodidamente tentador.

Metí la lengua en su hendidura y me serví de su lujuria contenida. La lamí, jugueteé, la mordisqueé y, a juzgar por los ruidos que hacía por encima de mí, la volví loca.

Su lujuria hizo que mi ya dura erección en los pantalones se hinchara aún más. Si seguía jadeando así, me correría en los pantalones. Yo no quería eso. Quería correrme *dentro* de ella. En Kennedy. Y sólo después de habérmela follado con todos los trucos del libro.

Pero quería asegurarme de que estuviera preparada para ello. Que se rindiera a mi insaciable deseo, relajada y satisfecha.

Así que continué lamiéndola y usé dos dedos, que ella absorbió profunda y agradecidamente.

Mi dulce ladrona estaba caliente. Caliente y lista. Para mí.

No pasó mucho tiempo hasta que sentí sus contracciones contra mi boca y Kennedy se entregó a su orgasmo, gimiendo con fuerza.

La estimulé hasta que la última oleada de placer bañó su cuerpo y luego me levanté para tomar lo que tanto necesitaba.

Me apresuré a abrir el envoltorio del preservativo y liberé mi agitada polla de los pantalones. Me puse el condón y agarré a Kennedy por las caderas para levantarla. Ella comprendió inmediatamente lo que iba a hacer y, aunque aún le temblaban las piernas por el orgasmo, me rodeó las caderas con ellas, dándome permiso para penetrarla.

En realidad quería dejarla saborear su orgasmo en paz, pero sencillamente no podía esperar más. Ni un segundo. Así que le daría un segundo orgasmo. Junto a mí. Lo saborearíamos juntos. Antes de volver a hacerlo, y otra vez, y otra vez. Hasta que el sol se alzara sobre el mar y tuviéramos que abandonar nuestro escondite secreto para volver a la realidad.

Me coloqué en su entrada y me deslicé lentamente dentro de ella. Dejé escapar un suspiro e intenté no perder la razón.

Me deslicé más y más, saboreando la forma en que ella recibía toda la longitud de mi polla. Cálida y suavemente envuelta. Empecé a penetrarla, incapaz de reprimir un gruñido animal.

—No tienes ni idea de lo bien que te sientes —jadeé, haciendo fuerza y dejando a Kennedy en el alféizar de la ventana—. Te necesito más profundo. Más fuerte —le confesé el motivo del cambio de posición.

Empujé dentro de ella como un loco y saboreé los sonidos que emitía. Le bajé los tirantes del vestido y maldije al ver sus pechos prominentes rebotando suavemente bajo mis embestidas.

Solté las manos de sus caderas y me centré en sus pechos, que merecían toda mi atención. Rodeé sus yemas en pequeños círculos con mis pulgares, haciendo que se contrajeran

lujuriosamente y haciendo que los gemidos de Kennedy fueran más fuertes.

Y fue entonces cuando perdí el último control sobre mí mismo y me corrí. Me corrí tan fuerte que unas estrellitas doradas brillaron ante mis ojos. En otras circunstancias, habría pensado que me había dado un ataque al corazón.

Mierda, fue increíble.

No me importaba si alguien podía oírnos. Si nuestros gemidos agónicos se oían fuera. Si la gente sospechaba de ladrones por el traqueteo de los muebles, simplemente no me importaba. Todo lo que me importaba en ese momento era mi clímax gigantesco. Y la mujer que me lo estaba dando.

Me pareció una eternidad antes de calmarme a medias y poder dedicarme a los pezones tiesos de Kennedy, que se morían por que me ocupara de ellos para que ella también pudiera disfrutar de su segundo y merecido orgasmo.

CAPÍTULO 39

Kennedy

ME DESPERTÉ con un carraspeo repetido, que poco después se convirtió en una tos penetrante.

Abrí tímidamente los párpados de plomo y reprimí un doloroso gemido. La cabeza me latía con fuerza. Las sienes me escocían desagradablemente. Me ardían los ojos.

Miré con asombro la habitación en la que me encontraba en cámara lenta. O bien se debía a mi estado físico, que me hacía creer que había sido víctima de una explosión y me había golpeado fuertemente la cabeza, o bien seguía soñando y esa habitación sólo existía en mi subconsciente.

—Buenos días —susurró alguien a mi lado y se deslizó hasta mi campo de visión.

Jameson.

—Nos hemos quedado dormidos. —Una sonrisa infantil adornaba su rostro somnoliento, en el que se había formado una oscura sombra de barba.

—Así es. ¿Puedo preguntar cómo demonios habéis entrado aquí? Les ahorraré el *por qué*. Eso ya lo veo.

Jameson y yo nos dimos la vuelta bruscamente, ambos gimiendo. Esta vez, sin embargo, no de placer sino de dolor.

Detrás de nosotros, apoyado en la puerta, había un socorrista en pantalones cortos y sudadera con capucha. Llevaba las gafas de sol mal colocadas en la cabeza y golpeaba con impaciencia las tablas de madera de la torre de salvamento con sus zapatillas de baño.

La visión del bronceado nadador me recordó al instante dónde estábamos. O mejor dicho: dónde estábamos todavía.

Mierda.

Debimos habernos quedado dormidos sobre el duro suelo de madera después de tener sexo.

Lo confirmaba mi espalda, que se sentía como si hubiera sido pisoteada por una horda de elefantes.

—Estaba abierto y buscábamos cobijo de la... er... lluvia —rompió Jameson el incómodo silencio que reinaba en la pequeña sala.

—De la lluvia, ya veo. —El socorrista enarcó ambas cejas y sacudió divertido su rizada cabeza rubia—. Es una estupidez que lleve tres días seguidos haciendo sol.

—¿En serio? Juraría que anoche llovió a cántaros. Pero tal vez lo estaba soñando. De cualquier manera, definitivamente estaba abierta.

—*Nunca* dejamos la torre abierta, precisamente *porque* no queremos que la gente que *huye de la lluvia* se acomode en ella —resopló el hombre de pelo rizado, porque sabía tan bien como Jameson y yo que estábamos diciendo auténticas tonterías.

Parecía estar disfrutando de la discusión. Se le veía en la cara.

Por lo menos no daba la impresión de querer llamar a la policía. Al menos no en ese momento pero las cosas podrían cambiar.

Así que ya era hora de salir de ahí.

Me levanté del suelo y me sacudí el cuerpo. Jameson hizo lo mismo.

—Escucha, ¿por qué no miras a ver si encuentras alguna señal de robo por aquí? Porque debería haberla si realmente entramos ilegalmente. Adelante, echa un vistazo. Adelante —dijo la fiscal dentro de mí.

El hombre de pelo rizado levantó las manos en señal de defensa.

—No pasa nada. No parecéis ladrones. Más bien parecéis dos amantes que se divirtieron mucho juntos anoche. De todos modos, el caos que habéis dejado dice mucho.

¿Caos? ¿Qué caos?

Con la guardia baja, dejé que mi mirada recorriera la pequeña habitación y Jameson hizo lo mismo. Pero aparte de unos cuantos salvavidas y trajes de neopreno caídos, así como unas cuantas tablas de surf tiradas por ahí, no pude ver ningún desorden.

El hombre de pelo rizado soltó una carcajada al vernos.

—Deberíais ver la cara de culpabilidad que ponéis. Valen su peso en oro.

Jameson le dio una sonrisa cansada y me tendió la mano.

—Si no se ha roto nada y no nos estás acusando de allanamiento de morada, sugiero que mi novia y yo limpiemos el desorden y luego nos vayamos a casa. ¿Te parece bien?

—Sugerencia —replicó el hombre de pelo rizado, todavía riendo— tú ordena aquí y yo nos traeré tres cafés mientras tanto. Parece que lo necesitas urgentemente. *No te ofendas*.

El socorrista me guiñó un ojo con picardía y se marchó silbando alegremente, mientras yo me quedaba atrás con las mejillas encendidas, deseando hundirme en el suelo de vergüenza. Jameson sentía lo mismo. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón con una sonrisa y me miró por debajo de los párpados, sorprendido.

—Uy —susurró y empezó a reírse en voz baja.

—Eso no tiene gracia —siseé avergonzada y me dispuse a ordenar la cabaña de forma improvisada.

Mientras lo hacía, los dos condones usados llamaron mi atención. Mis mejillas se encendieron de inmediato, lo que no pasó desapercibido para Jameson. Me agarró por los brazos e intentó atraerme hacia él. Me resistí a medias, pero luego cedí. Mi cabeza se apoyó en el fuerte pecho de Jameson.

—Tranquila, nena. No ha pasado nada, ¿vale?

—¿A eso le llamas *nada*? —murmuré contra su camisa mal abotonada— sólo míranos.

—Lo estoy haciendo. Y veo a dos personas felices, satisfechas y extremadamente relajadas.

Hábilmente ignoró el maldito dolor de cabeza y el hecho de que nos habíamos quedado seriamente dormidos aquí después del sexo. También omitió hábilmente el hecho de que yo parecía un mapache y olía como una mofeta. Le di crédito por ello.

—Somos criminales, Jameson.

Su risa suave se hizo más fuerte ante mi comentario. Su pecho vibró y me hizo mover la cabeza arriba y abajo.

—Eres increíblemente guapa, Kennedy Duran, ¿te das cuenta?

Me separé de él y le di un puñetazo juguetón en el costado.

—Eso no tiene ninguna gracia.

—Sí que lo tiene —se rio Jameson—, sí que lo tiene. Y de qué manera.

—Será mejor que me ayudes a limpiar este sitio y luego nos larguemos de aquí. No quiero saber qué hora es y cómo se supone que voy a enfrentarme a mi madre y a Reagan así.

—Lo haremos juntos —sonrió Jameson—. Somos un equipo, fiscal.

CAPÍTULO 40

Jameson

DESPUÉS DE QUE EL SOCORRISTA, que se presentó como Will, volviera con tres tazas humeantes de café, charlamos con él unos minutos y le dimos las gracias por tomarse con humor nuestra pernoctación ilegal.

En casa, Reagan ya nos estaba esperando, desayunando con su abuela y haciéndonos señas alegremente para que nos acercáramos a la mesa del comedor.

—Parece que tu madre y Jameson necesitan una ducha antes —la paró Carol e hizo una mueca de complicidad en nuestra dirección—. Dejémosles solos media hora y preparemos otro cacao, ¿qué os parece?

Reagan asintió satisfecha y siguió a Carol a la cocina mientras Kennedy desaparecía en el baño y yo rebuscaba en mi equipaje una muda de ropa.

Después de un copioso desayuno con Reagan y Carol, Carol llevó a su nieta al supermercado a comprar los ingredientes que necesitaba para la tarta que quería hacer con Reagan. Kennedy se ofreció a ir, pero Carol insistió en que quería pasar tiempo con su nieta y echó a su hija.

A mí me pareció bien. Eso significaba que podría coger a Kennedy y acurrucarme con ella durante una buena hora antes de que volvieran de su viaje de compras.

Por alguna razón, sentí la necesidad urgente de estar cerca de Kennedy. De tocarla. De sentirla. Ni siquiera me interesaba el sexo, sino simplemente estar cerca de ella. No entendía por qué, pero la idea de que volaríamos de vuelta a Nueva York en unas horas y no sabía si volvería a ver a Kennedy, ni cuándo, ni en qué circunstancias, me hacía sentir ansioso.

Después de comer hicimos las maletas y finalmente a primera hora de la tarde, después de disfrutar de la tarta que Reagan y Carol hicieron, salimos hacia el aeropuerto.

El estado de ánimo era depresivo y abatido. Aunque Reagan estaba deseando ir a Nueva York y al próximo torneo de voleibol, se resistía a despedirse de su abuela y dar la espalda a Florida. Kennedy también parecía ausente y lejana en sus pensamientos. Yo sentía lo mismo. Desde que regresamos de nuestra aventura nocturna, sentía un latido sordo en el pecho. Al mismo tiempo, había un bostezo de vacío en mi cuerpo.

Eché la culpa del mal humor de Kennedy y mío a la noche de copas, pero en secreto sabía que había mucho más que eso. No podía ni quería admitirlo. No en ese momento. No allí.

Por mucho que me resistiera a dejar marchar a Kennedy tras nuestra llegada a Nueva York, me parecía necesario y esencial despejar la cabeza y repasar los últimos días en paz y con la debida distancia.

Devolvimos nuestro coche de alquiler en el aeropuerto y, por el bien de Reagan, intentamos disimular nuestro estado de ánimo deprimido durante el vuelo de vuelta a casa, cosa que más o menos conseguimos.

Cuando llegamos a Nueva York se acercaba la hora de la despedida, que yo quería acelerar y retrasar a partes iguales.

Permanecimos incómodos uno frente al otro en la sala de llegadas, sin saber muy bien qué decir o hacer.

—¿Quieres que te lleve en mi taxi? No habría problema en desviarme para dejarte en casa —le ofrecí, poniendo fin al incómodo silencio entre Kennedy y yo.

Kennedy cogió su maleta y negó con la cabeza, sin apenas darse cuenta.

—Gracias, pero no es necesario. Te costará una cantidad de tiempo innecesaria.

—No me importa, de verdad.

—Lo sé —sonrió ella— pero a mí sí.

Ouch. Eso dio en el clavo. Así que Kennedy estaba intentando deshacerse de mí. Eso dolió. Aunque ya sabía que se distanciaría de mí en cuanto aterrizáramos en Nueva York.

—Seguro que nos veremos pronto en el juzgado —añadió y se despidió.

Reagan se estaba quedando dormida de pie, así que apenas se dio cuenta de nuestra incómoda despedida. Los últimos días fueron tan emocionantes y llenos de acontecimientos para ella como lo fueron para Kennedy y para mí. Aunque de un modo completamente distinto.

Me incliné y le di a Kennedy un tierno beso en la mejilla.

—Hasta pronto, ladronzuela.

Luego cogí mi equipaje y me dirigí a la salida, luchando por no girarme para mirar a Kennedy. Porque por absurdo que sonara, ya la echaba de menos.



—Ahí está nuestro adorador del sol —me saludó Landon a la mañana siguiente cuando entré en mi despacho y arrojé el maletín sobre mi escritorio de mal humor—. ¿O debería decir, nuestro adorador de la fiscal?

—Cállate —gruñí y le empujé para pedir un café a la señora Green, el alma buena de nuestra oficina.

Cuando volví, vi que Landon se había acomodado en mi despacho. Por si fuera poco, Damian se había unido a él.

—En mi agenda no dice nada de una reunión de los tres —refunfuñé y me acomodé en la silla de mi escritorio.

Landon enarcó las cejas con suspicacia.

—Tío, ¿qué clase de bicho te ha picado? Has estado tomando el sol en la playa, tirándote a tu sexy fiscal y haciendo todo tipo de contactos importantes. ¿Por qué estás de tan mal humor? Deberías estar saltando de alegría

—Sí —dije sarcásticamente—. ¿Contento?

Damian frunció el ceño preocupado.

—¿Qué pasa, colega? ¿No ha ido como esperabas?

Normalmente, mis dos mejores amigos y yo estábamos muy en contacto. Pero durante los días en Florida, apenas tuve tiempo de hablar con ellos. Por eso no sabían lo que había pasado.

—Se podría decir que sí —suspiré y me llevé la taza de café a los labios.

Damian y Landon cruzaron los brazos delante del pecho y me atravesaron con sus miradas curiosas.

Resoplé divertido.

—¿Qué queréis de mí?

—Queremos saber qué pasó en Florida. Así que habla. Si no, te echaremos encima a Grace y a Violet. Y ya sabes que esas dos son peores que cualquier sabueso una vez que te hincan el diente —amenazó Damian.

Landon asintió con la cabeza.

—Es una historia jodidamente larga y tengo trabajo que hacer —intenté disimular.

Mis compañeros no estaban impresionados. No se movieron ni un milímetro y ni siquiera pestañearon.

Oh, vaya. Los conocía lo suficientemente bien como para saber que de esa no me iba a librar. No se irían hasta que les hubiera dado un informe completo. Eso era realmente lo último que quería hacer en ese momento. Hablar de ello. Hablar de *Kennedy*.

Aunque... por absurdo que pareciera, tal vez Damian y Landon podrían ayudarme a ordenar mis sentimientos, porque me estaban abrumando. Por mi parte, no sabía dónde tenía la cabeza y me sentía inquieto, vacío y terriblemente molesto desde que llegué a Nueva York.

Respiré hondo y cedí a la presión de los regaños. En breves frases, les conté lo sucedido en Florida y me maravillé de las expresivas emociones que me invadieron.

Evidentemente, el viaje me estaba molestando más de lo que quería admitir. Sólo en ese momento, hablando de ello y expresando mis sentimientos a través de mis palabras, me di cuenta de verdad.

Cuando terminé, Landon silbó apreciativamente e intercambió una mirada significativa con Damian.

—¿Qué estás mirando? ¿Te has quedado sin palabras o qué?

—Se podría decir que sí —sonrió Landon—. Realmente lo has conseguido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? Bueno, ¿qué quiero decir, amigo? Te has encaprichado de la fiscal buenorra. Tu corazón late por la severa reina de hielo, o más bien por la sexy diosa del sol, si hemos de creer tus historias.

—¿Qué clase de tonterías estás diciendo otra vez? —gemí molesto—. ¿Yo enamorado? Eso es imposible.

—¿Por qué? —intervino Damian.

—Pues porque soy inmune al amor. Nunca he estado enamorado.

—Siempre hay una primera vez —sonrió Damian—. Solo tienes que vernos a Landon y a mí.

—¿Vosotros dos? ¿Estáis colados el uno por el otro o qué? —bromeé, aunque sabía que se referían a sus relaciones con Grace y Violet.

Damian llevaba unos años casado con la extremadamente guapa y dulce bailarina profesional Grace Bailey. Landon, por su parte, llevaba más de un año saliendo con la talentosa y entregada profesora de danza Violet Simonelli.

Para ambos era su primer, único y verdadero amor.

A pesar de lo feliz que me sentía por mis mejores amigos, me parecía improbable que hubiera alguien ahí fuera capaz de poner mi vida patas arriba como Grace y Violet habían hecho con Damian y Landon.

Aunque cada día veía en el ejemplo de mis mejores amigos que el amor verdadero y único aparentemente existía para algunas personas, yo no me contaba entre los pocos afortunados a los que se les concedía.

Hasta entonces, ese hecho nunca me preocupó.

Nunca tuve la sensación de estar perdiéndome algo.

—¿Qué quieres hacer ahora? —Damian interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué quiero hacer ahora?

—Sí, ¿qué va a pasar contigo y Kennedy? ¿Volveréis a veros? Si es así, ¿cuándo?

Me encogí de hombros.

—Creo que en el juzgado. Pronto.

Landon puso los ojos en blanco exageradamente.

—Jesús, Jameson. Eso no es lo que Damian quiere decir. Damian quiere saber cuándo os veréis *en privado*.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. No hemos acordado nada. Además, necesito un poco de espacio para digerir los últimos días y entender lo que me pasa.

—Ya te lo hemos dicho: estás enamorado. ¿Quieres que te lo cante para que por fin lo entiendas? —se burló Landon.

—¿Siente Kennedy lo mismo por ti? ¿Te ha dicho algo? —continuó Damian.

—Chicos —suspiré— gracias por preocuparos. De verdad que sí. Pero empiezo a sentir que cometí un error contándoos lo del fin de semana con Kennedy. Hacedme un favor y dejadme en paz, ¿vale?

—¿Por qué? —preguntó Landon, pero Damian le puso la mano en el hombro y le hizo callar.

—No pasa nada, amigo. Necesitas tiempo para procesarlo todo y ordenar tus pensamientos y sentimientos. Lo entendemos. Si quieres hablar, ya sabes dónde encontrarnos.

Asentí con la cabeza.

—Gracias, Damian.

—Está claro. Pero déjame decirte algo: el destino no es una cuestión de azar. Es una cuestión de elección. William Jennings Bryan ya lo sabía. Piensa en ello. Pero no le dediques demasiado tiempo. Si no, al final el destino te quitará la decisión.

CAPÍTULO 41

Kennedy

DESDE NUESTRO REGRESO DE FLORIDA, diez días atrás, estuve intentando bloquear los pensamientos de aquel fin de semana con todas sus grandes y pequeñas escapadas. Lo pensaba hacer hasta que mi cerebro decidiera olvidarlos.

Por desgracia, mi plan no se materializó tan bien como esperaba en un principio.

Conseguí distraerme con trabajo en la oficina durante el día, pero cada vez que tenía que ir al juzgado, no podía evitar echar un ojo en secreto a Jameson. Y, por supuesto, no ayudaba que Reagan preguntara regularmente por él.

No podía negar que Jameson me caía bien de verdad, aunque probablemente me estaba quedando corta.

Después de todo, también me caía bien mi primo. Y mi amiga Tina. Y mi amigo de la universidad Colin. Pero ninguno de ellos me hacía revolotear mariposas en el estómago cuando los veía. No me preocupaba por mi atuendo antes de verlos. Y cuando no los veía durante un tiempo, no sentía el vacío sordo que me atenazaba en ausencia de Jameson.

Jameson Sharp dominaba mis pensamientos. Aparecía en mi mente en los momentos más inoportunos, reclamando una atención que yo estaba decidida a no prestarle.

Me había mudado a Nueva York para llevar por fin una vida autodeterminada e independiente. Quería un nuevo comienzo. Para Reagan y para mí. Los hombres no formaban parte de este nuevo comienzo.

Quería pasar el poco tiempo libre que me daba mi nuevo trabajo con mi hija. No ayudó que un abogado estrella, inteligente, increíblemente guapo y con un talento extraordinario, intentara convencerme de que yo también tenía que pensar en mí misma y en mis necesidades.

¿Qué sabía Jameson? No tenía hijos, así que le resultaba fácil hablar.

Mi hija era lo primero para mí. Siempre. Haría cualquier cosa por ella. Y por eso no me preguntaba nada sobre mi propio bienestar. Sobre mis propias necesidades.

Bueno, al menos no hasta que Jameson entró en mi vida y sacudió las cosas.

Desde nuestro regreso de Nueva York, me atormentaba la idea de si no sería posible combinar un trabajo, una hija y un marido. Una voz en lo más profundo de mi ser no dejaba de susurrarme que Jameson merecía la pena, que Jameson era un hombre al que había que aferrarse con fuerza.

Pero cada vez que le tomaba el gusto a este pensamiento, lo desechaba rápidamente.

Quiero decir, ¿Jameson Sharp? ¿Un abogado famoso de Nueva York? ¿El rompecorazones de todas las mujeres? ¿El mujeriego por excelencia?

Aunque llegara a la conclusión de que podía imaginarme algo más con él que sexo ocasional, no podía creer por nada del mundo que él sintiera lo mismo por mí.

Esto también era apoyado por el hecho de que él obviamente nunca estuvo en una relación comprometida. No es que hubiera investigado.

Bueno, tal vez algunas pequeñas cosas...

No me imaginé que yo era la mujer que podría cambiar su apetito por las mujeres hermosas. No pretendía ser la mujer que domara a Jameson Sharp.

Sí, de acuerdo, sabía que me encontraba atractiva y sexy. Y no se me había pasado por alto que le impresionaban mis conocimientos jurídicos, mi franqueza y mi ambición. Pero, ¿era eso suficiente? ¿Suficiente para sentir algo por alguien? ¿Suficiente para una relación?

Difícilmente.

¿O no?

Enterré la cara entre las manos y dejé escapar un siseo.

—¿Estás bien, Kennedy?

Mi jefe asomó la cabeza por la puerta y me escrutó interrogante.

—Eh... sí, todo bien —me apresuré a decir, poniendo mi sonrisa profesional.

—De acuerdo. Es tarde. ¿No tienes que recoger a tu hija del colegio hoy?

Negué con la cabeza.

—No, Reagan está en un partido fuera de casa en los Hamptons. No volverán hasta mañana.

Mi jefe se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se apoyó en el marco de la puerta.

—Si es así, significa que esta noche no estás ocupada. Como padre, sé lo valioso que es eso. Así que me gustaría que recogieras tus cosas ahora y pasaras una noche agradable y sin tu hija.

—Pero… —intenté protestar pero mi jefe cortó de raíz mi protesta.

—No discutas conmigo, Kennedy. Ve y disfruta de tu tarde libre. Ya son más de las nueve y no tenemos ningún caso sobre la mesa que nos obligue a hacer horas extras. Si no quieres quemarte en nuestro trabajo, tienes que aprovechar este tiempo libre para pensar en ti misma.

Otra persona más que me dice que piense más en mí misma. ¿Se habían confabulado todos o qué?

Suspiré, cerré el expediente en el que estaba trabajando y me levanté en señal de rendición.

—Muy bien, me rindo y me voy.

—Muy bien —asintió mi jefe con satisfacción—. Y no se te ocurra llevarte trabajo a casa. En lugar de eso, pídete algo delicioso de comer, un buen vino y ponte cómoda en el sofá con una buena película. O mejor aún: sal. Conoce la ciudad en la que vives ahora.

—Gracias por tus sugerencias. Lo pensaré.

Sabía que mi jefe sólo tenía buenas intenciones. Era un buen tipo.

Aun así, no me esperaba esa tarde libre, así que necesitaba un momento para trazar un plan.

Conocer mejor mi nuevo hogar parecía una idea tentadora, que me gustaba más y más a cada minuto que pasaba mientras organizaba mis cosas y mi armario. El único problema era que, desde que me mudé a Nueva York, no había tenido muchas oportunidades de informarme sobre los bares y restaurantes de moda de la *Gran Manzana*. No conocía las ventajas de cada uno de los barrios de Manhattan, ni los lugares a los que ir si se quería pasar una buena noche.

Me pregunté brevemente si debía volver a encender el ordenador para investigar un poco en Internet, pero entonces me vino a la cabeza una idea mejor, aunque menos recomendable.

Yo no conocía bien Nueva York, pero Jameson sí.

¿Debía ceder a mi deseo de volver a verle con el pretexto de querer conocer mejor Nueva York?

Decidí que *no*. No, no podía hacerlo.

Había luchado durante cada uno de los últimos diez malditos días, combatiendo

valientemente mi anhelo por él, recordándome a mí misma que se habría puesto en contacto conmigo si se preocupara por mí.

No lo había hecho.

No me llamó. No me escribió e incluso en el juzgado sólo pude verle de lejos, si es que le vi.

¿Es ese el comportamiento de un hombre que estaba interesado en una mujer?

Difícilmente.

Jameson Sharp había conseguido lo que quería: sexo y contactos.

No le interesaba nada más. Su comportamiento lo dejaba bien claro.

Suspirando, salí de mi oficina y decidí buscar en mi teléfono móvil un bar cercano con vistas al horizonte de Nueva York.

Encontré lo que buscaba.

Media hora más tarde, me bajé del taxi frente a un rascacielos con una fachada de cristal de 365 grados en el *Bajo Manhattan* y subí en ascensor a la terraza de la azotea, donde me esperaba una vista espectacular del horizonte neoyorquino de noche. Pedí un *Manhattan* en el bar, a juego con la vista, y me senté en una mesa alta no lejos de la baranda de la azotea forrada de plantas verdes.

Se suponía que debía relajarme y disfrutar de mi velada sin niños ni trabajo con la brisa de las vistas, pero la sensación de relajación no acababa de materializarse. Sin más dilación, pedí otro *Manhattan* para obligarme a relajarme con la ayuda del alcohol, pero ni siquiera el aumento del nivel de alcohol tuvo el efecto deseado.

¡Maldita sea!

Fijé mis ojos resueltamente en el imponente horizonte que se alzaba ante mí en dorado y azul neón. En lugar de la fascinación que me producían los impresionantes rascacielos, el pícaramente sonriente Jameson Sharp se introdujo en mi mente y en mis pensamientos ligeramente achispados.

Me pregunto cómo sería sentarse con él en uno de los acogedores sofás y disfrutar de las vistas del horizonte de Nueva York por la noche en un íntimo abrazo.

¡Argh!

Me alejé enérgicamente de esos pensamientos y pedí un tercer *Manhattan*. Ni siquiera eso pudo desterrar la visión de Jameson Sharp besándome apasionadamente en mi fantasía descontrolada.

Molesta, admití que no podía sacarme a Jameson Sharp de la cabeza. Al contrario. Cuanto más subía mi nivel de alcohol, más perceptible estaba el mencionado abogado en mi cabeza.

Eso me enfadó. Mucho.

¿Por qué demonios Jameson rondaba constantemente mis pensamientos? ¿Por qué no me dejaba en paz de una vez? ¿Por qué no podía olvidarme de él? ¿Y por qué me molestaba tanto todo eso, a pesar de que él me había dejado bien claro con su silencio que no estaba haciendo, pensando ni sintiendo nada de eso?

En un estúpido acto de reflejo, saqué el móvil y marqué su número sin pensarlo.

Sólo cuando empezó a sonar me di cuenta, con el corazón palpitante, de lo que estaba haciendo. Pero antes de que pudiera colgar y tirarme al suelo avergonzada, una voz sonó al otro lado de la línea.

Una voz que no pertenecía a Jameson.

—Hola Kennedy, ¿cómo estás? —dijo la voz desconocida con el bajo de la música de fondo.

—Eh... hola... yo... ¿nos conocemos? —balbuceé, visiblemente sorprendida.

Miré con desconfianza la pantalla del móvil. ¿Me había equivocado de número? No. No, eso

era imposible. En la pantalla aparecía el nombre de Jameson. Así que, a menos que hubiera cambiado su número de móvil, ese número le pertenecía claramente.

—Soy Landon. Socio del bufete de abogados de Jameson y compañero. Jameson, Damian y yo salimos después del trabajo a tomar unas cervezas y Jameson está en el baño en este momento. Por eso los dos estamos teniendo el placer de conocernos ahora —me explicó el tipo al otro lado de la línea—. Espera un momento, por favor. Voy a salir a la puerta, allí se está más tranquilo —gritó, aún intentando ahogar la música de fondo.

Perpleja, me quedé mirando el móvil que tenía en la mano. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué respondía Landon a las llamadas de Jameson? ¿Y por qué charlaba conmigo como si nos conociéramos bien? Que yo supiera, hoy era la primera vez que hablaba con ese Landon.

—Ya está. Se está mejor aquí fuera —anunció sin el fuerte ruido de fondo—. ¿Ha pasado algo? ¿Reagan y tú estáis bien?

Parpadeé y no pude entender lo que decía. ¿Sabía lo de Reagan? ¿Y por qué preguntaba por nuestro bienestar? Esa conversación era cada vez más extraña.

—Estamos bien, gracias. Puedo preguntar… —empecé, pero Landon me cortó.

—¿Así que no llamas por una emergencia, sino porque echas de menos a Jameson?

Hice un sonido indefinible, abriendo y cerrando la boca. ¿Por qué demonios era Landon tan entrometido? ¿Y qué sabía él de Jameson y de mí?

—Para no conocernos, eres bastante directo, Landon. Pero no, voy a decepcionarte. Llamo por razones puramente profesionales. Mejor lo intento en otro momento y te dejo disfrutar de tu merecida noche de chicos.

Me di una palmadita en la espalda por esa respuesta segura y estaba a punto de colgar cuando la interjección de Landon me dio una pausa.

—¿Dónde estás ahora, Kennedy? Por la música de fondo, supongo que no estás en casa.

—¿Y eso qué importa?

—Pura curiosidad.

En ese momento, la música de fondo se apagó y la voz de un presentador llenó la terraza.

“Señoras y señores, únanse a mí para dar la bienvenida a Silvana Silva, cuyas vibraciones lounge llenarán el *Tragaluz* esta noche”.

—Muy bien. Así que estás en el *Tragaluz*. No está lejos de aquí. Por favor, no te muevas, Kennedy. Nos vemos. Nos vemos pronto.

—Espera un minuto, Landon. Yo… —pero el monótono timbre de la línea me dijo que mi objeción no fue escuchada.

Landon cortó la llamada.

Aturdida e incapaz siquiera de empezar a comprender, y mucho menos a procesar, los últimos cinco minutos de mi velada, miré mi teléfono móvil, cuya pantalla iluminada acababa de apagarse.

CAPÍTULO 42

Jameson

—HOLA, colega, han llamado las chicas y han convocado una cena improvisada —me saludó Landon cuando volví a nuestra mesa desde el baño.

Me pasó el móvil y la cartera, que había dejado sobre la mesa, y se levantó.

—¿Ah, sí? Creía que Grace y Violet tenían una noche de chicas esta noche —fruncí el ceño y miré a Damian, que se limitó a encogerse de hombros y a levantarse también.

—Acaban de llamar y nos han dicho que vayamos al *Tragaluz*. Ya sabes cómo son nuestras chicas: lo mejor es hacer lo que dicen. Así que en marcha. Vámonos.

—Bueno, por mí está bien. No importa si comemos aquí, en el *Tragaluz* o en otro sitio.

Seguí a los chicos al aire libre, donde decidimos caminar hasta el *Tragaluz*, que estaba a unos quince minutos, para evitar el tráfico del viernes por la noche. Sin embargo, me costó seguir el ritmo de Landon y Damian, que corrían literalmente hacia el bar de la azotea.

—¿Por qué tenéis tanta prisa? —jadeé, ligeramente sin aliento, cuando nos detuvimos frente al edificio donde se encontraba el *Tragaluz*.

—Ya te lo hemos dicho: no queremos estrés con nuestras chicas —me informó Landon y entró en el ascensor.

—Hablando de chicas, ¿has llamado a Kennedy desde la última vez que hablamos? —preguntó Damian mientras el ascensor nos llevaba a las alturas.

—No —suspiré—. No, no lo he hecho.

—¿Y por qué no? —preguntó.

—Porque...

—¿Por qué...?

—No importa —rebatí, pero Damian no cejó en su empeño.

—No, hombre. No importa. Ahora cuéntame.

—¿Por qué es un problema de repente?

Landon puso los ojos en blanco, molesto.

—Porque estamos atrapados en un ascensor y no tenemos nada mejor que hacer ahora mismo. No lo hagas tan emocionante, Jameson.

—De acuerdo, entonces. Como quieras —cedí—. Si Kennedy quisiera algo conmigo, se habría puesto en contacto, ¿no? Quería llamarla. Pero por alguna razón no tuve el coraje. Esperaba que se me adelantara. Pero no lo hizo. Y eso significa que se aferra a su opinión: no quiere una relación.

—¿Así que quieres una relación con ella? ¿No sólo sexo? ¿De dónde viene este cambio de opinión? ¿Pensé que no estabas enamorado de ella? ¿No fuiste tú quien dijo que eras inmune al amor?

—Obviamente estaba equivocado en todo eso, ¿vale? —odiaba admitirlo delante de mis compañeros, pero no tenía fuerzas para seguir negándolo. Porque cada día sin Kennedy me robaba fuerzas. Mucha fuerza.

—No vamos a decir que *te lo dijimos*.

Le dirigí una mirada molesta a Landon.

—Olvídate de él —habló Damian—. ¿Qué significa eso en lenguaje llano? ¿Qué sientes por Kennedy?

—Lo quiero todo de ella. Su cuerpo y su alma. Su cuerpo solo no es suficiente para mí. Nuestro tiempo en Florida me lo dejó muy claro. ¿Pero qué importa? Ella ha dejado muy claro que no tiene ganas ni tiempo para una relación. Y para bien o para mal, tengo que aceptarlo. Manteniéndome alejado de ella la situación es al menos algo soportable. Es muy difícil no flaquear y llamarla.

Damian y Landon intercambiaron miradas significativas, que no pude evitar ver.

—¿Qué pasa? ¿Qué estáis mirando?

La apertura de las puertas del ascensor puso fin abruptamente a nuestra incómoda conversación y, para ser sincero, lo agradecí.

Porque hablar de Kennedy dolía. La echaba de menos. Más de lo que quería admitir.

Damian saludó amistosamente a la camarera y miró a su alrededor, escrutador.

—Damian Knight. Hemos reservado una mesa para seis y, si no me equivoco, nuestras compañeras ya han llegado...

—Señor Knight. La reserva VIP, por supuesto. Por favor, sígame.

—¿Reserva VIP? —le siseé a Landon, que no hizo ninguna mueca.

—Las mesas normales estaban todas ocupadas. Así que elegimos la siguiente mejor clase. Ya sabes cómo es: ponemos el mundo a los pies de nuestras esposas y ellas nos recompensan generosamente por ello. Se llama *gana-gana*, amigo.

—¿Y por qué la camarera habló de seis personas? ¿Quién es la sexta persona? Espero de verdad que Grace y Vi no hayan arrastrado a alguna amiga que quieran liar conmigo. Porque eso no me apetece nada.

—Espera y verás —rio Landon—. Ya verás.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué estáis tramando? ¿Landon? ¿Damian?

Landon se limitó a reírse y me dio una palmada favorable en el hombro mientras la mesa con Grace y Vi aparecía en mi campo de visión, charlando animadamente con una copa de vino. Pero no estaban solas. Otra mujer, de espaldas a mí, estaba sentada frente a Grace. Su baja estatura y su larga melena rubia me pusieron los pelos de punta y el corazón me dio un vuelco.

Kennedy.

Como si hubiera percibido mi presencia, se giró lentamente hacia mí en ese momento, de modo que nuestras miradas se cruzaron y el relámpago que me fulminó me envió directamente al nirvana.

Como por control remoto, mis pies cerraron la brecha que nos separaba.

Kennedy se levantó y, sonriendo nerviosamente, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Hola —respiré, abrumado, y la tomé en mis brazos sin dudarlo.

—Hola —respiró ella, no menos abrumada, y apoyó la cabeza en mi hombro.

No me di cuenta de que Damian y Landon abrazaban a sus parejas y las acariciaban. Tampoco me di cuenta de que los cuatro se alejaron discretamente, dejándonos a Kennedy y a mí solos en la mesa, que estaba decorada con velas de té parpadeantes.

Sólo cuando liberé a Kennedy de mi abrazo me di cuenta de que estábamos solos y aproveché el momento para animarme.

—No sabes cuánto me alegro de verte. Pero, ¿qué haces aquí? ¿Conoces a Grace y a Violet?

Kennedy resopló divertida y negó con la cabeza.

—De hace unos cinco o diez minutos.

—No lo entiendo —confundido, fruncí el ceño y miré a las dos chicas que estaban en la barra.

—Te llamé. Hace media hora. Pero no contestaste tú, sino tu amigo Landon. Me hizo preguntas extrañas y quería saber dónde estaba. Luego me dijo que no me moviera y colgó. Poco después, Grace y Violet aparecieron y se presentaron ante mí como las parejas de Damian y Landon. Me invitaron a cenar y no se dieron por vencidas hasta que acepté su invitación. El resto ya lo conoces.

Tragué saliva y acaricié el brazo de Kennedy.

—¿Me llamaste?

Ella asintió y se sonrojó sutilmente, haciendo que mi corazón latiera más rápido.

—¿Por qué? ¿Por qué me has llamado?

Ahora le tocó tragar saliva a Kennedy.

—Dímelo. Por favor —susurré, levantándole la barbilla inquisitivamente.

—Quería quejarme —anunció, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua.

—¿Quejarte? ¿De mí? ¿Por qué?

—Porque... se interrumpió y carraspeó—. Porque no puedo olvidarte. Porque pienso en ti todo el tiempo. Y porque... porque te echo mucho de menos.

Kennedy miró al suelo y soltó un siseo.

El pulso me latía con fuerza en los oídos y tuve que sujetarme con fuerza para no perder el control en el acto. Respiré hondo y traté de mantener el tono tranquilo y sereno, que era todo lo contrario de lo que me pasaba por dentro.

—¿Me echas de menos? ¿De verdad?

Kennedy se mordió el labio inferior y volvió a asentir.

—Sé que no sientes lo mismo que yo. Por eso siento que yo…

—¿Qué te hace pensar que no siento lo mismo que tú, nena? —la miré desconcertado y esperé impaciente su respuesta.

—No me has llamado. No me has escrito...

—Tampoco me has llamado. Ni me has escrito —repliqué.

—Además, no eres de los que tienen relaciones...

—Lo dice la mujer que me dejó perfectamente claro que no había lugar para una relación en su vida.

—Así son las cosas. Bueno, así *eran* las cosas. Hasta que llegaste tú y lo pusiste todo patas arriba...

—Entonces, ¿eso significa que hay lugar para una relación en tu vida después de todo? ¿Una relación *conmigo*? —pregunté esperanzado y le tendí la mano.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Una relación conmigo?

—Sí —jadeé, aliviado de tener por fin la oportunidad de decirlo en voz alta—. Sí, Kennedy. Eso es lo que quiero. Y lo quiero con todo mi corazón. Quiero estar contigo. Te quiero en mi vida. Tú y Reagan. Por favor, dime que tú también quieres eso.

Los ojos de Kennedy se llenaron de lágrimas ante mis palabras, haciéndome sentir el impulso de abrazarla de nuevo.

—Me has dado vuelta la cabeza sin remedio, Jameson Sharp. Así que sí, me encantaría ir por la vida contigo —susurró, con la voz entrecortada por las lágrimas, y me rodeó el cuello con los brazos.

La abracé con fuerza y le acaricié suavemente la espalda hasta que su respiración volvió a calmarse lentamente y ella levantó los ojos con una sonrisa.

—Soy muy feliz ahora mismo, ¿lo sabías? —susurró.

—Yo también. ¿Pero sabes qué me haría aún más feliz?

Me incliné hacia sus suaves labios, que me acariciaron tiernamente con su aliento caliente.

—¿Qué? —preguntó Kennedy con los párpados bajos.

—Un beso tuyo, fiscal.

La suave sonrisa de Kennedy se transformó en un deslumbrante resplandor que me hizo olvidar toda la tristeza de los últimos días y semanas.

Cuando posó sus labios sobre los míos, cerré los ojos y me di cuenta de que había llegado. Que estaba exactamente donde quería estar. En los brazos de la mujer que desencajó mi mundo y lo iluminó con sus rayos como el sol en el cielo de verano.

De fondo, oí aplausos alegres y silbidos excitados, que se acercaban cada vez más y que finalmente me devolvieron a la tierra desde las esferas de la ingravidez.

—Bueno, por fin. Ya era hora —sonó la voz de Landon no muy lejos de nosotros.

—¿Podéis tal vez enrollaros más tarde? Tengo mucha hambre, colega.

Kennedy se separó de mí con una sonrisa y dejó que Grace y Violet la estrecharan en un cálido abrazo, mientras Damian me palmeaba la espalda y Landon me guiñaba un ojo descaradamente.

—Gracias —gemí, esperando que esa pequeña palabra pudiera expresar todos los grandes sentimientos de gratitud que quería compartir con mis amigos.

—De nada, tío. Todos necesitamos una patada en el culo de vez en cuando —rebatió Landon, rodeando a Violet con el brazo—. Y ahora vamos a pedir antes de que me caiga muerto de hambre.

Miré a mis mejores amigos, que estaban charlando alegremente en la mesa con una vista impresionante del horizonte, dando la bienvenida a Kennedy entre ellos como si la conocieran de toda la vida.

Entonces Kennedy se giró hacia mí y me tendió la mano invitándome.

Una invitación inequívoca a formar parte de su vida y de la de Reagan a partir de ese momento. Una invitación que significaba mucho para mí. Una invitación que acepté sin dudarlo.

Cogí su mano y la besé antes de sentarme a su lado y brindar por este nuevo y maravilloso capítulo de mi vida.

Epílogo – Kennedy

2 AÑOS DESPUÉS

Jameson y yo nos sentamos en la azotea del loft de Damian y Grace, que ofrecía una vista única del vecino Central Park.

La suave brisa de la noche refrescaba el cálido aire veraniego, lo que hacía que aquella tarde de pleno verano fuera perfecta para una barbacoa.

Grace se sentó frente a nosotros y acarició cariñosamente la cabeza de su hija pequeña, que ese día cumplía seis meses. Damian estaba de pie a unos metros de la barbacoa con Landon, lanzando miradas soñadoras a su mujer y a su hija, lo que le valió una reprimenda de Landon, ya que Damian había olvidado dar la vuelta a los filetes en su entusiasmo.

Reagan se sentó junto a Violet y se maravilló del brillante anillo que lucía en el dedo. Porque la verdadera razón por la que estábamos haciendo una barbacoa y celebrando juntos era el anuncio del compromiso de Landon y Violet.

Mis ojos se dirigieron a Landon, que lanzaba miradas furtivas a su prometida y trataba en vano de ocultar lo feliz y emocionado que le hacía esa velada y la perspectiva de poder llamar pronto a Violet su esposa.

Jameson cogió mi mano y se la llevó a la boca, donde me besó los nudillos con ternura, haciendo que las mariposas de mi estómago volvieran a volar.

Dios, amaba tanto a ese hombre que amenazaba con levantar el vuelo y alejarme de los enjambres de mariposas.

Durante los dos últimos años, Jameson, Reagan y yo nos habíamos convertido en una pequeña familia inseparable, que había pasado por cosas buenas y malas juntos.

Quería mucho a Jameson por estar a mi lado durante la pubertad de Reagan y mediar entre mi hija y yo cuando chocaba demasiada energía femenina. Quería a Jameson por la naturalidad con la que trataba a Reagan como a su propia hija. Y por el amor sincero, ilimitado e incondicional que nos daba a mí y a mi hija cada día.

A través de Jameson, aprendí lo que se sentía al abordar la vida con alegría y facilidad. A Jameson le encantaba experimentar y me contagió su hambre de vida. Me enseñó que estaba perfectamente bien dejarse llevar de vez en cuando y simplemente disfrutar de la vida sin sentirse culpable. Jameson me enseñó que se podía ser obediente y seria, así como despreocupada y bulliciosa.

Gracias a él, por fin acepté mi pasado tal y como era. Ya no intentaba disculparme ni arrepentirme de mi juventud. Al contrario. Gracias a Jameson, ahora sentía algo parecido al orgullo por mi pasado. Di a luz y crié a una hija maravillosa, mi sol personal. También estudié Derecho y gracias al trabajo duro, la diligencia y una moral inquebrantable, llegué a ser fiscal del distrito de Nueva York. Todo ello a pesar de que mi padre me trataba con condescendencia, haciéndome sentir que le defraudaba y que no estaba a la altura de sus expectativas.

Me di cuenta de que mi vida no debía consistir en complacer a mi padre. Y que tenía que dejar ir a la gente que no me aceptaba ni me quería por lo que era, por muy doloroso que fuera.

Quizás ese corte de comunicación le hiciera reflexionar y cambiaría algo en él. O tal vez no. Comprendí que esta circunstancia escapaba a mi control e hice las paces con ella. Me ayudó enormemente admitir y aceptar que no se puede controlar ni cambiar todo en la vida.

Reagan ya se había instalado por completo en Nueva York y se estaba tomando la ciudad en serio. No obstante, hice lo posible para que viajara a Florida con regularidad durante las

vacaciones para que pudiera visitar el mar, a sus abuelos y a sus viejos amigos.

Me sentía muy cómoda en mi trabajo en la Fiscalía de Nueva York y, gracias al apoyo de Jameson, aprendí rápidamente a librar mis batallas en la jungla de la gran ciudad, para ganarlas.

Jameson y yo intercambiábamos regularmente información sobre nuestros casos en la medida en que lo permitía el privilegio abogado-cliente. Evitábamos enfrentarnos en los tribunales por miedo a hacernos daño, pero en casa a veces discutíamos a fondo sobre cuestiones jurídicas en las que no compartíamos la misma opinión.

Me encantaba batirme a duelo con Jameson. En mi opinión, no había abogado más brillante, hábil e imaginativo que él. Me ayudó a desarrollarme profesionalmente, mientras yo me aseguraba de que su brújula moral no se descarrilara.



Nos despedimos de Damian, Grace, Landon y Violet tras una larga y agradable velada, Lo inevitable, que con tanto éxito reprimí hasta entonces, se acercaba cada vez más.

Reagan y yo nos habíamos mudado con Jameson seis meses atrás. Aunque Jameson llevaba mucho más tiempo rogándome de que me fuera a vivir con él y a Reagan también le gustaba la idea, quería proteger a mi hija y a mí misma de la decepción y dejar que la relación creciera y se consolidara en paz.

Sin embargo, después de un año y medio con Jameson, por fin me di cuenta de que, incluso después de diez años juntos, nunca tendría una garantía total de que nuestra relación fuera a buen puerto y cedí a la insistencia de Jameson y Reagan. A veces hay que dejarse llevar por el instinto y dejar que el corazón decida.

Eso es lo que hice cuando me mudé con Jameson. Y eso es lo que hice el mes anterior cuando no tomé la píldora de la primera semana durante diez horas debido a un caso estresante. Según el prospecto, eso significaba que la protección contra el embarazo era limitada, y por eso le pedí a Jameson que usara preservativo. Pero Jameson se limitó a sonreír y me aseguró que estaba preparado para cualquier cosa que pudiera ocurrir o no.

Bueno, y en ese momento, cuatro semanas más tarde, descubriría si lo que decía iba en serio o si la noticia de mi embarazo lo dejaría sin palabras y lo echaría a correr.

En realidad, debería alegrarme por el embarazo. Siempre quise tener un segundo hijo. Con el hombre adecuado y en un momento en el que tenía los dos pies en la tierra, claro está.

Esa tarde sabría si mi sueño se haría realidad o se haría añicos. Porque después de hacerme una prueba de embarazo y visitar a mi ginecólogo, tenía que contarle a Jameson mi pequeño secreto.

El hecho de que ya no bebía alcohol y que probablemente vomitaría todas las mañanas no iba a escapársele por mucho tiempo.

Además, quería que se lo contáramos juntos a Reagan. Porque no sabía cómo reaccionaría ante la noticia de un hermano.

Mientras subíamos en el ascensor hasta el piso de Jameson, él y Reagan se lanzaron miradas misteriosas que me hicieron dudar.

—¿Estáis bien? —pregunté, mirándoles con desconfianza.

—Lo sabremos en un minuto —respondió Jameson crípticamente, reteniéndome mientras intentaba salir del ascensor—. Aguanta —susurró, besándome tan intensa y apasionadamente, como si temiera que aquel pudiera ser nuestro último beso.

—Vale —murmuré al cabo de un rato, respirando con dificultad—. Quiero saber qué está pasando ahora. Algo no va bien. Me estás asustando. ¿Y dónde está Reagan?

—Estoy aquí —llegó la voz de Reagan desde el interior del piso hasta el ascensor—, puedes pasar.

Jameson me sonrió invitadoramente y me cogió la mano.

En silencio, me condujo al interior del piso, cuyo vestíbulo estaba plagado de velas y pétalos de rosas rojas.

Aspiré el aire bruscamente y seguí el camino de rosas y velas que serpenteaba desde el vestíbulo hasta nuestro salón, donde, a pesar de ser pleno verano, el fuego crepitaba en la chimenea y servía como única fuente de luz junto a las tenues lámparas del salón. Un enorme ramo de rosas rojas estaba sobre la mesa de centro, envolviendo la habitación en un seductor aroma floral.

Junto al ramo de rosas había una champañera con una botella de champán espumoso, que normalmente sólo me permitía en mi cumpleaños.

Me volví hacia Reagan y Jameson interrogante, sin atreverme a creer lo que estaba viendo.

Jameson acortó distancias y me cogió la mano. Luego se puso de rodillas y le guiñó un ojo a Reagan con una sonrisa, que le sacó el pulgar.

—Kennedy, cariño —comenzó—, os quiero a ti y a Reagan más que a la vida misma y nada me gustaría más que nos convirtiéramos oficialmente en una familia. Por eso le pregunté a Reagan si le parecería bien que la adoptara y te pidiera que fueras mi esposa.

—Me parece bien. Las dos cosas —Reagan soltó una risita radiante de felicidad.

—¿Y a usted, fiscal? ¿También le parece bien?

Jameson cogió la caja que le tendió Reagan y la abrió. Revelaba un diamante de una belleza impecable que brillaba de un modo tan impresionante que me dejó sin aliento.

—Yo... Dios, Jameson... te quiero tanto y quiero decirte que *sí*, pero...

—¿Pero? —una expresión alarmada apareció en el rostro de Jameson. Parecía realmente sorprendido y dolido.

—Tengo que decirte algo. Algo que debes saber antes de que te dé una respuesta a tu pregunta. Suponiendo que aún quieras preguntarme.

Jameson me escrutó ansiosamente de pies a cabeza.

—¿Estás enferma?

—No. Jesús, no —me apresuré a decir.

—¿Ya no me quieres?

—¡Ni siquiera puedes pensar eso!

—¿Entonces qué pasa?

Miré a Reagan y le tendí los brazos.

—Ven aquí, ratoncita.

Reagan se acercó a mí y me miró con los ojos muy abiertos.

—Iba a contártelo con calma, ratoncita, pero como Jameson y tú habéis ideado esta gran sorpresa para mí, voy a tener que confesarte mi sorpresa.

—¿Qué pasa, mamá?

Acaricié el pelo de Reagan y respiré hondo.

—Cariño, ya no soy un jovenzuelo. Si me haces arrodillarme en el suelo durante mucho más tiempo, tendrás que compensarme con un largo masaje de rodillas —intervino Jameson—. No es que esa idea no me encante.

—Yo… —susurré sin ton ni son, mirando directamente a los cálidos y brillantes ojos de

Jameson, que me daban la seguridad de que todo iría bien— estoy embarazada.

Ahora se sabía.

Hubo un silencio absoluto en el salón. Había tanto silencio que se podía oír caer un alfiler al suelo.

Sólo mi corazón latía tan fuerte anticipando una reacción que mis tímpanos amenazaban con estallar.

Pero no fue mi corazón, sino el grito de alegría de Reagan y Jameson lo que me hizo estremecerme.

Me apreté el corazón y vi cómo se abrazaban y reían felices.

—¿Sois felices? —pregunté con cautela porque quería estar segura.

—¿Somos felices? —Jameson estiró los brazos hacia mí y me atrajo hacia sí con Reagan—. ¿Me estás tomando el pelo? La mujer de mis sueños está embarazada de mí. No sólo me va a dar una, sino dos hijas. O una hija y un hijo. Cualquiera de las dos cosas me parece bien. Es el mejor regalo de compromiso que podrías haberme dado.

—¿Y tú, ratoncita? —pregunté con voz temblorosa, porque la reacción de Jameson me conmovió hasta las lágrimas.

—A mí me parece estupendo. Al fin y al cabo, solo faltan unos años para que me vaya de casa. Y mi hermanito se asegurará de que no me eches tanto de menos y me dejará disfrutar de mi libertad porque os mantendrá a ti y a Jameson en vilo todo el tiempo.

—Muy inteligente —solté con una sonrisa y acaricié la mejilla de mi sol—. Por lo visto pasas demasiado tiempo con Jameson. Sus duras estrategias de abogado ya se te están pegando.

—Jameson es el mejor padre que puedo imaginar, mamá. En mi opinión, deberías casarte con él.

Jameson levantó una comisura de los labios y me hizo un gesto alentador con la cabeza.

—Eso es, fiscal. Definitivamente deberías casarte conmigo. ¿Qué me dices? ¿Estás de acuerdo?

Agarré la cara de Jameson y le sonreí. Mi mundo. Mi universo. Mi felicidad.

—Sí —susurré, bajando mis labios hacia los suyos en señal de redención—. Sí, estoy de acuerdo.



Resumen de la serie

LOS IRRESISTIBLES ABOGADOS MULTIMILLONARIOS DE NUEVA YORK

Volumen 1:
Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:
Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:
Enamorada del jefe rival
(Jameson & Kennedy)

Puede acceder a la serie haciendo clic AQUÍ o escaneando este código QR:

MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de automovilismo. A los fans de Drive to Survive les encantará.

Titan Racing 1 – Nunca te enamores del jefe: Allegra & Hunter

Titan Racing 2 – Nunca beses al adversario: Riley & Dante

Titan Racing 3 – Nunca te cases con el multimillonario: Dakota & Grayson

Titan Racing 4 – Nunca te acuestes con el enemigo: Kenzie & Cesare 1

Titan Racing 5 – Nunca tengas un bebé con el director general: Kenzie & Cesare 2

La serie Colorado College:

Amor prohibido sobre el hielo

Besos prohibidos sobre el hielo

Segundo chance sobre el hielo

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas AQUÍ. También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capitolo extra del secondo volume** di questa serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este código QR:



También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

Antes de partir

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Source: depositphotos.com

Photo ID & Credit:

32140443, aarrttuurr

62324183, lunamarina

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com